

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

15
C

MAUPASSANT

LOS
DOMINGOS
UN BURGUESES
DE PARIS

Versos

PQ2349

D5

S6

1934



1020026642



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





RICARDO COVARRUBIAS

OBRAS COMPLETAS
DE
GUY DE MAUPASSANT
(EDICIÓN ILUSTRADA)

848.8
Num. Clas. M. 452 d
Num. Auto. 30527
Num. Adq. 8
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificación
Catalogo

Obras completas de Guy de Maupassant.

Versión castellana de Luis Ruiz Contreras.

Los domingos de un burgués de París.

(55 dibujos de Dupuis, grabados en madera por Lemoine.)



Versos.

(Traducción de R. C.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

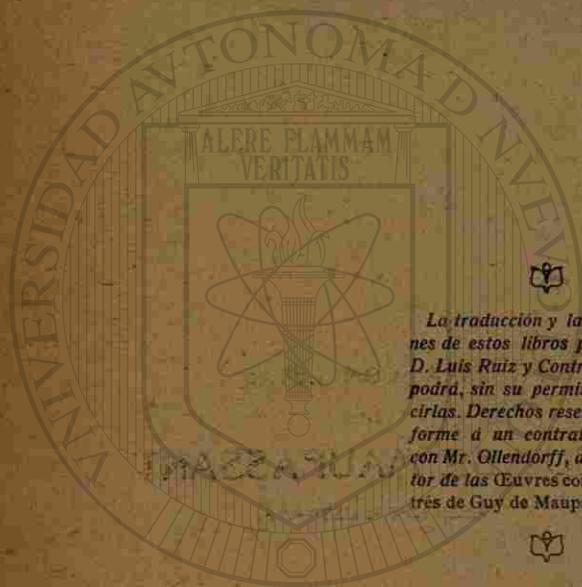
"ALEJANDRO DE LOS RÍOS"
MEXICO

Madrid, 1905.

"Ediciones literarias y Artísticas"

099766

30527



La traducción y las ilustraciones de estos libros pertenecen a D. Luis Ruiz y Contreras y nadie podrá, sin su permiso, reproducirlas. Derechos reservados, conforme a un contrato celebrado con Mr. Ollendorff, de París, editor de las Œuvres complètes illustrées de Guy de Maupassant.

843
M.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

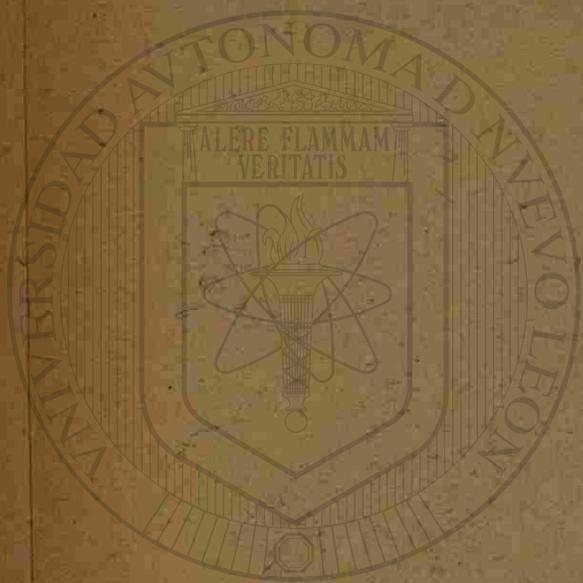
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS DOMINGOS DE



UN BURGUES DE PARIS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Madrid, Imprenta de Antonio
Marzo, San Hermenegildo,
32 duplicado. Teléfono 1.977.



PREPARATIVOS DE VIAJE

EL señor Patissot, natural y vecino de París, cuando hubo probado en el Colegio Enrique IV su desaplicación y sus cortos alcances— como tantos otros —, fué admitido en un Ministerio, por mediación de una de sus tías, dueña de un estanco del cual era cliente asiduo un jefe de negociado.

Ascendió con suma lentitud, y es posible que á la vejez le sorprendiera la muerte sirviendo una plaza de oficial cuarto, á no habersele ofrecido favorable y bondadoso el azar, que á veces preside los destinos de los hombres.

Al presente, ha cumplido cincuenta y dos años, á cuya edad proyecta recorrer como viajero curioso los alrededores de París, alejándose de las murallas.

La historia de su encumbramiento puede ser útil á muchos empleados, como la de sus correjas lo será tal vez ó muchos burgueses que las tomarán por norma de sus excursiones, evitando con su ejemplo ciertas malandanzas que, por no estar advertido, no pudo prever.

En 1854, el señor Patissot cobraba mil ochocientos francos nadamás. Por una desgraciada condición de su naturaleza, fué repulsivo á sus jefes, que le dejaban pudrirse — aguardando eterna y desesperadamente un ascenso: el ideal de todo empleado.

Era laborioso y puntual, pero nunca supo lucir sus méritos, y por añadidura, era demasiado altivo, como él decía.

Su altivez se redujo á no saludar de un modo servil á sus jefes—como lo hacían otros; y á no ser adulador, como lo eran, en su opinión, muchos de sus compañeros—á los cuales no quería señalar. Su excesiva franqueza molestaba también á las gentes,



protestando—al fin y á la postre, como la mayoría, contra los padrinos, las injusticias, los favores otorgados á ciertos advenedizos, ajenos á la burocracia.

Pero, su voz acusadora, no repercutía fuera del zaquizamí donde se desojaba trabajando, según su frase:

«Me desojo, por activa y por pasiva, caballero.»

En primer lugar, como empleado, en segundo como francés y en tercero como un hombre de orden, se asimilaba en principio á todo gobierno; era fanático del Poder... excepción hecha del de sus jefes inmediatos.

Aprovechaba todas las ocasiones para saludar al Emperador—teniendo á honra pararse y descubrirse á su paso—, y sentíase orgulloso de acción tan sencilla.

Como tantos, á fuerza de admirarle, acabó por

ser un remedo suyo, afeitándose, peinándose como él, imitando sus gustos y su andar.

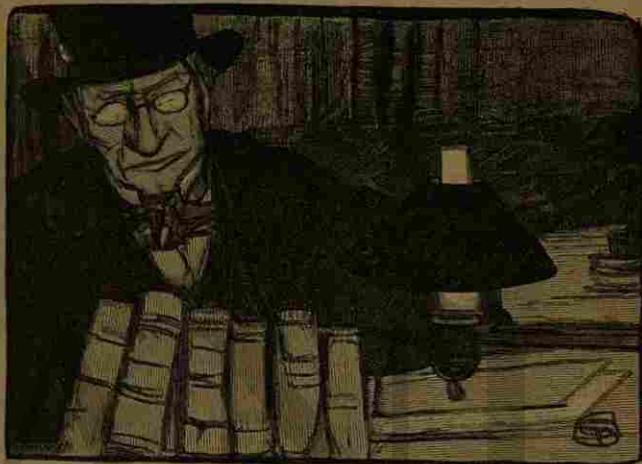
¡Cuántos hombres, en cada país, resultan la efigie del soberano!

Es posible que la figura y las facciones de Pattissot, le asemejaran algo á Napoleón III; y cuando se hubo teñido los bigotes y la perilla, fué su retrato.

A veces, encontraba en la calle á otro caballero también cuidadosamente semejante al emperador, y sentía un desprecio altivo y celoso.

Aquel afán de imitación, obsesionándole, ya era su pensamiento único; y oyendo á un ujier de las Tullerías que imitaba la voz del Soberano, se propuso hablar en lo sucesivo con ciertas entonaciones y una parsimonia estudiada.

Llegó á ser más que un remedo, una copia exacta de la imperial persona; de tal modo, que pudiera prestarse á confusiones, y hasta los jefes murmuraron, pareciéndoles importuno y grosero tan ostentoso alarde. Llegaron los rumores al ministro y mandó llamar al empleado, para cerciorarse por sus ojos. Al verle, no pudo contener la risa y repitió varias veces: «¡Tiene gracia! ¡mucho gracia!» Su regocijo



halló eco, y al otro día, el jefe inmediato de Pattissot, propuso á éste para un ascenso de trescientos francos; y le fué concedido al punto.

Ya en adelante, ascendió con regularidad, gracias á sus facultades y á sus talentos de mono.

Una vaga inquietud, algo semejante á un presentimiento de fortuna poderosa, que se cernía sobre su cabeza, preocupó á sus jefes, los cuales tuvieron con él deferencias y atenciones desacostumbradas.

Pero la proclamación de la República fué para

el imitador imperial, un desastre. Sintióse anonadado, sumergido, preso de la más triste adversidad, loco de angustia. Dejó de teñirse, afeitóse completamente y se hizo cortar el pelo al rape, adquiriendo así un aspecto paternal y bondadoso, nada comprometedor.

Pero sus jefes, resentidos por la influencia que había ejercido en ellos la perfecta semejanza y volviéndose republicanos de pronto por instinto de conservación, le postergaron, sañudos, oponiéndose á sus gratificaciones y dificultando sus ascensos. También él cambió de ideales políticos. Pero, la República no era una persona de carne y hueso á la cual se pudiera imitar, y los Presidentes no duraban, reemplazándose con rapidez diversas figuras. Patisot era víctima de las más crueles confusiones, del más terrible desaliento, ante la inutilidad manifiesta de su espíritu de imitación, fracasado en una tentativa estéril hacia el último de sus ideales: Thiers.

Seguro de que necesitaba una exteriorización distinta y nueva de su personalidad, estuvo largo tiempo abstraído en sus investigaciones, y una mañana se presentó en la oficina llevando en el som-



brero un lazo tricolor. Sus compañeros le miraron con asombro; aquella extravagancia les dió que reír mucho aquel día, y el siguiente, y toda la semana entera y todo el mes. Patisot era incommovible, y su grave actitud acabó desconcertándolos. Otra vez inspiró cierta inquietud á los jefes, y se preocuparon de aquella manifestación inesperada. ¿Ocultaría un misterio? ¿Era una inocente muestra de patriotismo? ¿Era un testimonio de afecto á la República? ¿O acaso el secreto distintivo de una congregación poderosa? De ser así, para ostentarlo como lo hacía, necesitaba

tener la seguridad completa de una protección oculta y formidable. De todos modos, era necesario estar constantemente sobre aviso; la calma imperturbable de aquel hombre, al cual no desconcertaban las burlas, era muy significativa y aumentó las inquietudes y las preocupaciones.

Volvieron á tratarle con muchos miramientos, y su extraordinaria impasibilidad le valió un ascenso; el primer día del año 1880 le nombraron oficial primero.

Siempre hizo una vida sedentaria. Solterón recalcitrante, odiaba el barullo y las confusiones, buscando en todas partes el reposo y la comodidad. Pasaba los domingos leyendo novelas de aventuras y trazando primorosas falsillas que ofrecía después á sus colegas. En sus muchos años de servicio, sólo en tres ocasiones pidió licencia—de ocho días, para mudarse de casa—. Pero, aprovechando las fiestas en que repican gordo, tomaba un tren de recreo que le condujese á Dieppe ó al Havre, para fortalecer su espíritu con el espectáculo imponente del mar.

Embotábase un exceso de buen sentido, rayano en estupidez. Vegetaba tranquilo, en una castidad

venerable—su naturaleza no era exigente—con economía, con templanza, cuando le turbó de pronto una horrible inquietud.

En la calle, al anochecer, tuvo un desvanecimiento instantáneo, precursor, á su juicio, de un ataque cerebral. Fué á casa de un médico y obtuvo—mediante cinco francos—el siguiente diagnóstico:

«Señor X... cincuenta y dos años, empleado, célibe—temperamento sanguíneo. Propenso á congestionarse—. Lociones frías. Alimentación moderada. Mucho ejercicio.

Montellier. D. M. P.»

Patissot quedó aterrado, y durante un mes, para trabajar en la oficina, rodeóse la cabeza con un paño humedecido. A lo mejor, mientras rasgueaba con pulcritud un oficio, le caía una gruesa gota de agua, obligándole á copiarlo de nuevo. Con mucha frecuencia releía el dictamen facultativo, buscándole una interpretación oculta, con la esperanza de penetrar en lo más hondo el significado verdadero de sus frases, y descubrir los ejercicios más



opor-
tunos que
le permitieran
defenderse contra la
cruel apoplejía. Consultó

á sus compañeros mostrándoles el funesto diagnós-
tico. Alguien le aconsejó como infalible y rápido en
sus efectos, el *boxeo*.

Inmediatamente indagó dónde había un maestro
de *boxer*, y á la primera lección le dieron un puñe-
tazo tan horroroso en las narices, que no le queda-
ron ganas de repetir aquel ejercicio saludable.

Tampoco el juego del bastón le satisfizo: era fati-
goso; y la esgrima le produjo una laxitud que no
le dejaba dormir por la noche.

Tuvo una idea luminosa: recorrer á pie los alre-
dedores de París y visitar algunos puntos de la po-
blación, que desconocía.

Necesitaba equiparse bien para sus excursiones
domingueras, y reflexionando acerca de los prepa-
rativos convenientes, pasó la semana. El 31 de
Mayo puso en práctica sus propósitos.

Instruido por la lectura de los prospectos que
pobres diablos tuertos ó cojos ofrecen, importu-
nando, en cada esquina, visitó algunos almacenes
con objeto de curiosarlo todo para
saber lo que le convendría luego ad-
quirir.

En una «Zapatería Norteamerica-
na» preguntó si tendrían unas botas
recias para excursiones, y el zapa-
tero le hizo ver una especie de apa-
ratos con blindaje de cobre, lo mis-
mo que los buques de guerra, y con
tachuelas como rejonas que, al decir
del comerciante, habían sido he-



chos con piel de bisonte de las Montañas Rocosas.

De tal modo le agradaron, que le dieron tentaciones de comprar dos pares. Con uno tenía suficiente. Y se fué tan satisfecho llevandó su adquisición bajo el brazo, que se rendía con aquella carga.

Adquirió también unos pantalones de faena—como los usan los carpinteros—y unas polainas de lona impermeable que le cubrieran hasta la rodilla.

Necesitaba inevitablemente una mochila para las provisiones, un anteojo de campaña, para reconocer los más apartados lugares y un plano de los que usa el Estado Mayor, con el cual podía ir á donde quisiera, sin preguntar á los campesinos y á los caminantes.

Luego, para sentir menos calor, resolvióse á comprar una de las chaquetas de alpaca muy anunciadas por la casa Raminau, como de primera calidad, por la módica suma de seis francos y medio.

Dirigióse al Bazar de sastrería, y un buen mozo, de figura distinguida, con los cabellos muy bien

peinados, las uñas pulidas y sonrosadas como las de una señora elegante, sonriendo amablemente, le presentó la prenda que pedía.

Un tanto receloso, Patissot, atrevióse á decirle:

—¿Pero dará buen resultado?

El comerciante, volviendo la cabeza, con un azoramiento bien fingido, con vacilaciones propias de un hombre que no quiere abusar de la confianza del cliente, dijo, bajando la voz:

—Naturalmente, señor mío, á usted no se le oculta que por tan ínfimo precio no se puede



ofrecer una calidad semejante á... ésta, por ejemplo.

Y cogió una prenda que, á simple vista, resultaba mejor.

Después de mirarla detenidamente, Patissot quiso conocer el precio.

—Doce francos y medio.

Una verdadera tentación. Pero, antes de resolverse, quiso cerciorarse más, haciendo una pregunta, mientras el buen mozo, que le atendía, observaba sus vacilaciones:

—¿Y ésta, es de buena clase? ¿Usted la garantiza?

—Sí; la garantizo. Es resistente y ligera. Sin embargo, no puede mojarse. ¡Ah! Como de buen uso y de mucha duración, lo es; pero ya comprende usted que hay géneros y géneros. Para su precio, es inmejorable. Doce francos y medio; una insignificancia. Naturalmente, las de veinticinco francos, resultan mejores. Por veinticinco francos puede adquirirse una chaqueta de alpaca magnífica, tan resistente y de tanta duración como un traje de paño. Cuando se moja, basta pasarle una plancha para tenerla flamante otra vez. Su color es

permanente; ni el sol ni la humedad lo atacan. Es muy sufrida, muy ligera, y en caso necesario también abriga.

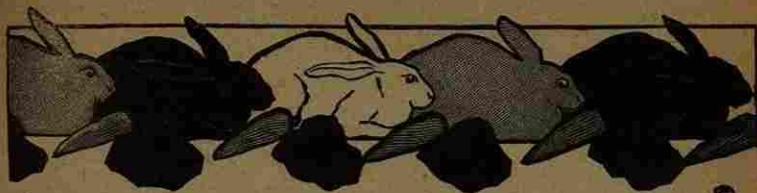
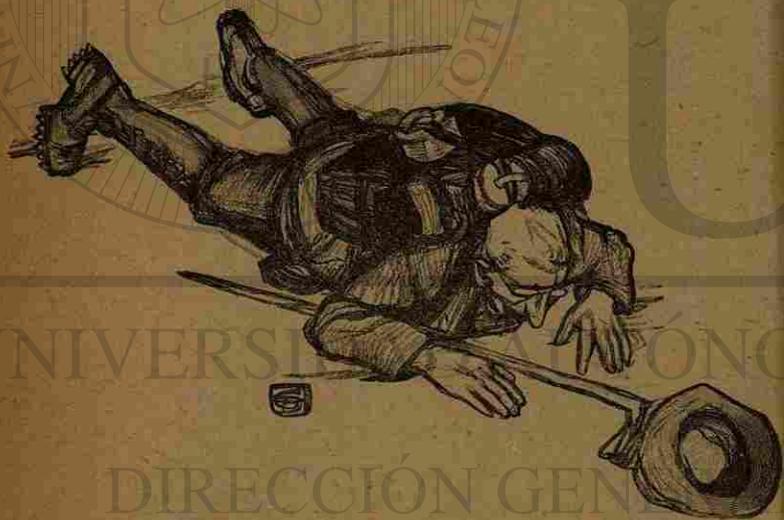
Presentaba la prenda, haciéndola brillar, estrujándola, sacudiéndola, mirando al trasluz; sometía su excelente calidad á toda clase de pruebas, acompañándolas con un discurso incesante y persuasivo; disipaba las dudas al par con el gesto y con la retórica.

Patissot, absolutamente convencido, decidióse por la chaqueta de veinticinco francos. El buen mozo, mientras empaquetaba la compra, seguía perorando aún y repitiendo con énfasis la excelencia de la mercancía. En cuanto Patissot hubo pagado, el comerciante calló, despidiéndole con un correcto saludo y con una sonrisa protectora; no abandonó la puerta viendo alejarse al cliente, quien, á pesar de sus esfuerzos, no podía corresponder á su atención, saludándole, porque llevaba en cada brazo un paquete.

De regreso en su casa, Patissot preocupóse de fijar su itinerario; luego quiso probarse las botas, cuyos herrajes las hacían resbalar como patines. Fuésele un pie, y cayó, escarmentando para lo sucesivo.

Puso entre dos sillas el traje y las polainas, contemplándolo todo gozosamente, y al acostarse, pensaba:

—¡Cómo no se me habrá ocurrido mucho antes hacer excursiones por la campiña!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año. 1925 MONTAÑEY, MEXICO

PRIMERA SALIDA

PATISSOT estuvo inquieto y sin gusto para el trabajo, durante la semana, en la oficina, soñando en la excursión proyectada para el domingo próximo. De pronto, le turbaba un ansia devoradora de vagar por el campo, de recogerse á la sombra de los árboles: la sed infinita de un ideal campestre, que obsesiona en los albores primaverales á los parisienses.

El sábado se acostó apenas anoecía, para levantarse de madrugada el domingo.

La ventana de su alcoba tomaba luz de un patio estrecho y sombrío, una especie de chimenea por donde continuamente circulaban todas las pesilencias de los hogares humildes. Fijó la mirada en

el trozo de cielo que aparecía entre los aleros del tejado. Las golondrinas pasaban y repasaban velozmente, cruzando en sus revoloteos aquel retazo azul, inundado ya por el sol. Patissot imaginaba que, desde aquellas alturas, las golondrinas podían admirar la campiña, las verdes laderas, los bosques tupidos, un horizonte variado y extenso.

Acometióle un ansia frenética de perderse á lo lejos entre la frescura del follaje. Vistióse de prisa, calzándose las botas formidables, y se abrochó las polainas, tarea en la cual entretuvo algún tiempo, por falta de costumbre.

Después de echarse á la espalda la mochila, llena de comestibles y botellas de vino—porque seguramente le abriría el apetito la caminata—empuñando su cayado, salió á la calle.

Avanzaba con un paso bien sostenido—el de los cazadores, á su



ver—, silbando canciones alegres, que aligeraban su marcha. Los transeuntes, para verle, se detenían. Ladróle un perro; un cochero le dijo al pasar: «¡Buen viaje!» Todo le importaba un ardite; andando más de prisa cada vez, hacía el molinete con su cayado.

Despertaba la ciudad alegre y bulliciosa entre la brillantez y los ardores de un claro día primaveral.

Las fachadas relucían, los canarios trinaban en sus jaulas y una satisfacción expansiva derramábase por las calles, iluminando los rostros de las gentes, provocando sonrisas, como si la esplendorosa luz del sol sembrara el goce sobre la tierra.

Encaminóse hacia un embarcadero para tomar el vaporcito que le dejaría en Saint-Cloud; y entre la sorpresa y el asombro de los transeuntes, atravesó la calle de la Chaussee-d'Antin, el bulevar, la calle Real, comparándose humorísticamente con el Judío Errante.

Al pretender andar por las aceras, los herrajes de sus botas resbalaron sobre la pulida superficie de granito, y se desplomó pesadamente su pobre

humanidad, con gran estrépito dentro de la mochila. Se levantó con ayuda de vecinos, y emprendió su marcha de nuevo, pero más despacio, hasta la orilla del Sena, donde aguardó á que llegase un vaporcito.

En el horizonte lejano, lo vió aparecer, bajo los puentes, primero diminuto, después agrandándose poco á poco hasta que, á sus ojos, pasando ya del tamaño verdadero, adquirió las proporciones de un buque de alto bordo. Llegó á suponer, agi-



gantando sus ideas, que se disponía para un largo viaje á través del Océano, ansioso de admirar costas ignoradas y costumbres desconocidas.

Al atracar el vaporcito apresuróse Patissot á embarcarse. Muchas personas había ya sobre cubierta luciendo sus galas domingueras, trajes vistosos, cintas de vivos colores en los sombreros y rostros acalorados. Patissot, abriéndose camino hasta llegar á la proa, estuvo de pie queriendo imitar la postura de los marineros, muy esparrado, para convencer á todos los presentes de que tenía costumbre de navegar. Pero, temeroso

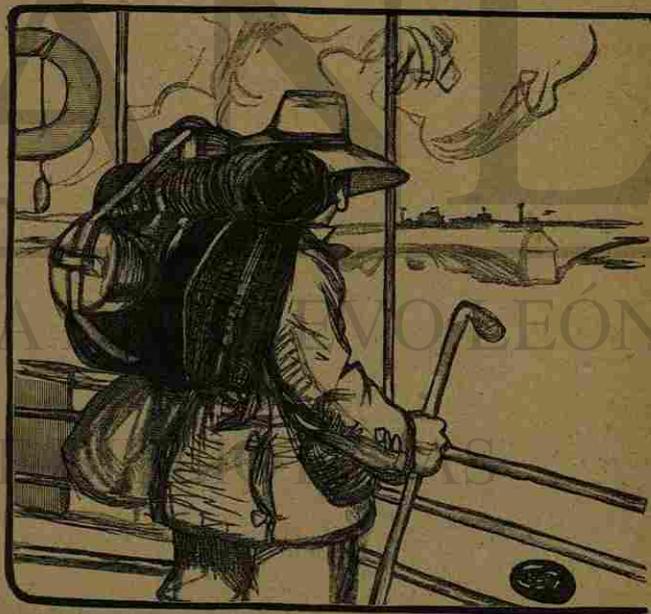


de que un vaivén le hiciera perder el equilibrio, se apoyaba con fuerza en el cayado.

Pasada la estación de Point-du-Jour, ensancha el cauce del río, reflejando en la tranquila superficie de las aguas los resplandores del sol; luego de pasar entre dos islas, el vaporcito bordeaba una revuelta de la costa, cuya extensión verde salpicaban muchas casitas blancas. Un aviso advirtió que habían llegado á Bas-Meudon, luego á Sévres, al fin á Saint-Cloud, y entonces Patissot puso los pies en tierra.

Parado en el muelle, desdobló su plano, estudiando la dirección que debía tomar para no equivocarse.

Pero, no era posible una equivocación. Iba derecho hasta La-Celle; después le bastaba encaminarse por la izquierda, luego correrse un poco hacia la derecha, y siguiendo ya un camino franco, podía llegar á Versailles y recorrer los jardines, antes de anochecer.



El camino estaba en cuesta, subiendo siempre, y Patisot, cargado con la mochila, oprimido por las polainas, y arrastrando sus botas, más pesadas que grilletes, iba fatigado. De pronto se detuvo, con visible desaliento. En la precipitación de sus preparativos había olvidado el anteojo de campaña.

Por fin vislumbró el bosque, y, á pesar del espantoso bochorno, á pesar de su cansancio y del sudor abundante que le inundaba la frente, á pesar de lo molesto de sus arreos y de los tirones que le daba la mochila, corría, ó más bien trotaba, dirigiéndose ansioso hacia la espesura, brincando con muchas contorsiones y poco avance como un matalón viejo y asmático.

Al poderse guarecer por fin bajo los árboles y disfrutar la frescura deliciosa de la umbría, sintió un estremecimiento de ternura, contemplando las flores diversas, amarillas, azules, rojas, moradas, unas casi escondidas á raíz de tierra, otras meciedo sus corolas en el extremo de un tallo largo y delgado. Insectos de varios colores y de varias formas, abotagados ó esbeltos, de contextura extraordinaria, diminutas fieras monstruosas, revoloteaban ó hacían ascensiones lentas á lo largo

de una hierbecilla que se arqueaba no pudiendo resistir su minúsculo peso. Patisot en aquel instante admiraba sinceramente la Creación; y como estaba fatigado, reflexionó que sería muy oportuno sentarse.

Decidióse á comer, no porque le azuzara el apetito, sino por entretenerse, y al abrir la mochila tuvo una decepción inesperada y estupenda. Seguramente cuando al resbalar midió la calle, se había roto una de las botellas, y retenido el líquido por la envoltura impermeable, convirtió durante la caminata en sopas de vino las abundantes provisiones.

A pesar de todo, comió un pedazo de carne asada—no sin haberla enjugado lo más posible con el pañuelo—, una loncha de jamón, unas cortezas de pan, blanduchas y enrojecidas, rociándolo todo con unos tragos de Burdeos agriado, cubierto de una sonrosada espumilla de aspecto desagradable.

Y cuando hubo descansado largamente, después de consultar de nuevo el plano, se puso en camino.

Al cabo de mucho andar, se vió en un paraje algo intrincado, en una encrucijada, sin saber hacia qué parte debía dirigirse. Trató de orientarse por

la posición del sol, discurriendo mucho, estudiando las múltiples líneas que se cruzaban, figurando en el plano los caminos, y acabó por convencerse de que no sabía por dónde andaba, completamente desorientado.

Ante sus ojos, abríase un espléndido paseo, cuyo follaje, poco tupido, cernía el sol, besando las margaritas blancas ocultas entre la hierba. El silencio y la calma de aquel interminable camino, sólo eran turbados por el zumbir monótono de un abejorro que le seguía. Ya deteniéndose un instante sobre una flor y avanzando luego, zumbándole al



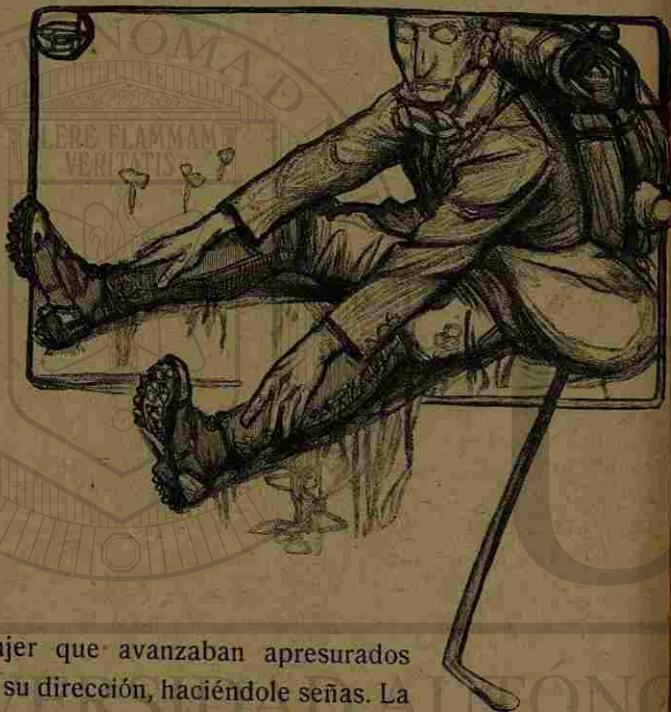
oído al pasar junto á su rostro, para libar más adelante los néctares de otras flores. Parecía de terciopelo pardo con rayas amarillas, aquel abotagado cuerpecillo que dos élitros diminutos arrastraban.

Patissot contemplaba con interés las evoluciones del insecto, cuando reparó en algo que se removía entre la hierba. De pronto se detuvo y hasta retrocedió algo inquieto; después, observando con muchas precauciones, vió una rana del tamaño de una nuez, que se alejaba del camino, saltando.

Inclinóse para cogerla y el animalito pudo escapar de sus manos. A gatas la siguió, avanzando suavemente para no asustarla, y sobre sus hombros, la mochila enorme le daba el aspecto de una tortuga monumental.

Cuando estuvo junto al sitio donde la rana se había parado, tomó sus medidas, y precipitóse con las dos manos por delante, cayó acariciando el césped con las narices, y se incorporó apretando entre sus dedos un puñado de tierra, pero sin haber cogido la rana. La buscó inútilmente: había desaparecido por completo.

De pronto vió á lo lejos á un hombre y á una



mujer que avanzaban apresurados en su dirección, haciéndole señas. La mujer agitaba la sombrilla en el aire, y el hombre, á pesar de ir en mangas de camisa, con el chaqué al brazo, sudaba el infeliz la gota gorda.

—¡Caballero! ¡Caballero!—voceaba la señora dirigiéndose á Patissot, cada vez más apresurada.

—¡Señora!—dijo Patissot, enjugándose la frente con el pañuelo.

—¡Nos hemos perdido! ¡No sabemos por dónde andamos! ¡Nos hemos perdido!

No atreviéndose Patissot á confesar que se hallaba en el mismo caso, dijo con gravedad suficiente para cubrir su inquietud:

—Estamos camino de Versalles.

—¿Cómo es posible? ¿Dice usted camino de Versalles? ¡Y nosotros íbamos á Rueil!—exclamó la señora.

Turbóse Patissot; pero ya puesto en el trance, hizo de tripas corazón, y replicando con aplomo, dijo:

—Señora: con el plano del Estado Mayor á la vista, voy á demostrar que nos hallamos camino de Versalles.

El marido, con aspecto de inmensa desolación, acababa de llegar junto á ellos.

La mujer, bastante joven, bastante bonita—una morena vivaracha—, encaróse con el infeliz, arrojándole al rostro las palabras:

—¡Mira, mira lo que hiciste! Ya lo ves: hemos venido á parar á Versalles. Mira el plano del Estado Mayor que nos ofrece con tanta bondad este

caballero. Miralo... si sabes; porque ya dudo que seas capaz de comprenderlo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es posible que haya hombres tan estúpidos? Ya te dije que tomáramos el camino de la derecha; pero tú, emperrado en saber siempre más que yo, no quisiste. Ya lo ves; ya ves á dónde conducen tus obstinaciones.

El pobre hombre, anonadado en absoluto, atrevióse apenas á replicar:

—Pero, hija mía, si tú fuiste quien...

Ella le interrumpió, sumergiendo al infeliz en un diluvio de palabras, reprochándole toda su vida matrimonial, desde que se casaron hasta la hora presente.

Dirigiendo miradas lamentables hacia la espesura, como si quisiera penetrar con los ojos en lo más profundo, el hombre lanzaba de cuando en cuando un chillido penetrante, un chillido indescriptible, de tal naturaleza, que no hay en el idioma voces ni acentos para remedarlo; un chillido agudo, que llenaba de inquietud á Patissot, pero que no parecía extrañar á la mujer.

La cual, de pronto, sonriendo amablemente al empleado, le dijo:

—Si este caballero es tan amable que acepte nuestra compañía, iremos con él para no extraviarnos de nuevo y exponernos á tener que dormir en el bosque.

No pudiendo negarse, Patissot hizo un saludo cortés; pero le torturaban horribles dudas. ¿Hacia dónde podía encaminar sus pasos?

Anduvieron á la ventura. El marido, lanzaba de cuando en cuando su estridente chillido. Anochecía.

El velo de frescura que baja sobre los campos á la hora del crepúsculo, iba extendiéndose lentamente, y una emoción poética, dulce, se mezclaba con el bienestar encantador que se respira entre los árboles al acercarse la noche.

La mujer, apoyada en el brazo de Patissot, proseguía lanzando sobre la cabeza del pobre marido un chorro de injurias; pero el marido, sin contestarla, sin atenderla tal vez, iba chillando ya desahoradamente.

Patissot, á cada punto más inquieto, se decidió á preguntarle:

—¿Qué le sucede?

Y el infeliz, con lágrimas en los ojos, respondió:

—¡Se me ha perdido el perro!

—¡Ah! ¿Traían ustedes un perro?

—Sí, señor. Un perro que no había salido nunca de las calles de París, que no había visto el campo jamás, y al sentir la frescura de la hierba, se puso tan contento que, después de revolcarse largo rato, echó á correr como un loco. Yo le llamaba, pero todo ha sido inútil. Se internó en el bosque y continuará corriendo ¡hasta que reviente de fatiga y se muera de hambre!

Lanzó un estrepitoso chillido al acabar la frase.

La mujer, encogiéndose de hombros como si dejase caer la carga de toda responsabilidad, exclamó:

—¡Un hombre tan bestia como tú no debe tener ni perro!

De pronto, el marido se detuvo, palpándose todos los bolsillos, febrilmente. La mujer le miraba:

—¿Qué haces, hombre, qué haces?

—Al ponerme al brazo el chaqué, no tuve la precaución de sacar la cartera... y la he perdido... con todo el dinero...

La mujer tembló de cólera: la sofocaba su indignación:



—¡A buscarla en seguida!, ¡en seguida!

El infeliz respondió suavemente:

—A buscarla... Bien... ¿Y dónde nos encontraremos después?

—¡En Versalles!—dijo Patisot gallardamente.

Y teniendo alguna referencia, lanzó el nombre de un hotel de Versalles.

El infeliz comenzó á desandar lo andado; clavaba los ojos en el suelo y repetía con frecuencia el agudo chillido.

Tardó mucho en desaparecer, y aún se oían sus inimitables llamadas al perro extraviado, cada vez más agudas y más penetrantes á medida que la noche iba cerrando y su esperanza desfallecía.

30527

Patissot gozaba de un delicioso bienestar envuelto por la sombra de la noche, y en lo más agreste del bosque, sumergido en languideces crepusculares junto á una mujer que se apoyaba en su brazo.

Y por vez primera en su vida—falta de todo encanto que no fuera el egoísmo vulgar—presintió el poético abandono y el dulce atractivo que disfrutan un hombre y una mujer entregándose á los goces y á las ternuras que la naturaleza ofrece.

Buscando palabras galantes, no supo encontrar ninguna que resultara conveniente y propia de aquella ocasión.

Llegaron á una carretera que cruzaba con el paseo. A la derecha veíase un grupo de casas.

Pasaba un hombre. Patissot, resuelto á salir de dudas, preguntóle tímidamente, casi tembloroso:

—¿Qué pueblo es aquél?

—Bougival.

—¡Bougival! ¿Está usted seguro?

—¡Tan seguro!

La señora no pudo contener la risa. Pensaba en su marido buscándola en un hotel de Versalles, y el chasco del infeliz la parecía una graciosa burla.

Comieron á la orilla del río, en un restaurant campestre.

Ella estuvo encantadora. Refirió historias picarescas para encandilar á su acompañante, y al despedirse le dijo:



—¡Estoy aviada, sin llevar ni un céntimo sobre mí!

Patissot, galantemente, sacó el portamonedas, ofreciéndose á darle todo lo que necesitara. La puso en la mano una monedita de oro, y ella, diciéndole «gracias» muy formal—y sonriente luego—, haciendo monadas, anudó las bridas del sombrero, quiso ir sola—pues ya estaba en buen camino—y se fué, como un pájaro que abandona la jaula, mientras Patissot, lánguido y triste, sumaba de memoria los gastos de su primera excursión.

Y al día siguiente, como tuvo mucha jaqueca, no fué á la oficina.



EN CASA DE UN AMIGO

DURANTE toda la semana, Patissot refirió sus aventuras, describiendo poéticamente los lugares que había recorrido, indignándose al observar el poco entusiasmo que su narración despertaba entre su auditorio. Unicamente un antiguo empleado taciturno, el señor Boivin, por mote Boileau, escuchaba muy atentamente. Dicho señor, vivía en una casa de las afueras, consagrando sus atenciones á un jardincito; al decir de las gentes, era dichoso en aquel retiro, donde se lograban sus aspiraciones modestas. Después de su primera salida, Patissot apreciaba sus gustos, y la convergencia de sus aspiraciones fué motivo para que

intimaran desde luego. El señor Boivin, queriendo cimentar aquella simpatía naciente, le invitó á un almuerzo para el domingo próximo en su casita de Colombes.

Patissot tomó el tren de las ocho, y después de innumerables pesquisas, descubrió en el centro del pueblo un pasadizo angosto y oscuro, una especie de cloaca inmundada y fangosa entre dos altos muros, y vió en el fondo una puerta desvencijada, con los cuarterones podridos, cerrándose por medio de una cuerda que se arrollaba á dos clavos. Al abrir, encontróse frente á frente con algo que tenía el aspecto de una persona y era sin duda una mujer. Cubría su pecho con una envoltura de trapos sucios, y colgaba de sus caderas una saya hecha jirones; entre sus pelos enmarañados revoloteaban plumas de pichón. Había clavado en el forastero sus ojillos grises, como si quisiera devorarlo. Después de un silencio, preguntóle:

—¿A quién busca usted?

—Al señor Boivin.

—Aquí vive: ¿Y qué le quiere usted al señor Boivin?

Patissot dudaba, muy turbado.

—Creo que me aguarda.

La mujer, tomando una expresión más feroz todavía, repuso:

—¡Ah! ¿Es usted el amigo que ha de almózar con nosotros?

Patissot balbució un «¡sí!» tembloroso, y la mujer, torciendo el gesto hacia el interior de la casa, gritó como una furia:

—¡Boivin! aquí le tienes.

El insignificante señor Boivin apareció en el umbral de una especie de barracón de yeso cubierta de cinc que, teniendo sólo planta baja, ofrecía el aspecto de un invernadero. El pobre hombre llevaba pantalón de hilo blanco lleno de manchas de café, y cubría su cabeza con un sombrero de paja estropeado y grasiento.

En cuanto hubo saludado á Patissot quiso llevarle á lo que llamaba su jardín—situado al extremo de otro pasadizo—lóbrego y de las dimensiones de un pañuelo, rodeado de casas tan altas, que nada más recibía un poco de sol durante un par de horas en el centro del día.

Matas de pensamientos, de claveles, de alhelies y algunos rosales agonizaban en el fondo de aquel

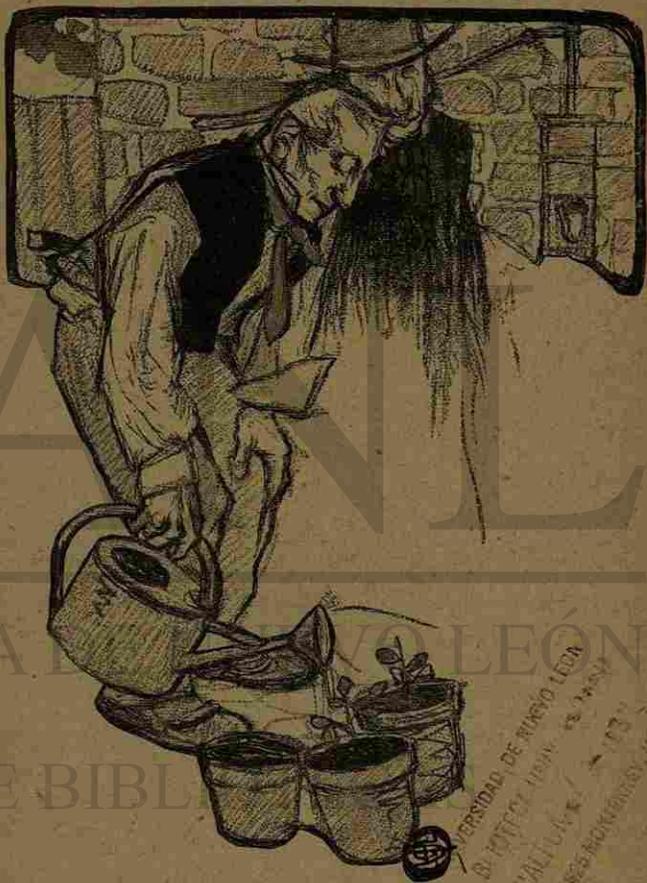
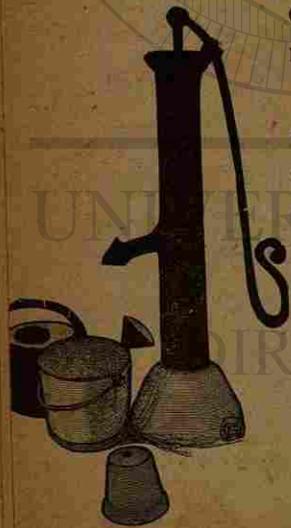
pozo sin ventilación, sin aire, y abrasado por las reverberaciones de los edificios contiguos.

—No tengo árboles—decía Boivin—, pero los muros de las casas próximas me dan tanta sombra como un bosque.

Luego, cogiendo á Patisot por un botón de la levita, le dijo en voz baja:

—Espero que me haga usted un favor. Ahora ya conoce usted á mi parienta. No es muy agradable ni muy complaciente que digamos. Hoy, para honrar la presencia del forastero, me hizo vestir una ropa más aseada que de costumbre; pero si me mancho, estoy perdido. Espero de usted que me ayude á regar mis plantas.

Accedió Patisot muy gustoso, y arremangándose la camisa, después de quitarse la levita, se puso á dar á la bomba, que silbaba, resoplaba y roncaba como el pecho de un tísico, dejando correr un hilillo de agua imperceptible apenas. Hicieron falta diez minutos para llenar una regadera. Patisot estaba chorreando; el señor Boivin le guió.



—Echele á esta planta..... un poco más..... ¡Ya tiene bastante! A esta otra.

La regadera, desestañada, se salía, dejando caer sobre las botas de Patissot más agua que sobre las flores; el barro salpicaba su pantalón. Veinte veces llenó la regadera, y otras tantas bañó sus pies y cubrió de sudor su frente haciendo gemir la bomba.

Cuando paraba, extenuado, el señor Boivin le decía suplicante:

—Una regadera más, una sola, y será lo suficiente.

Para mostrarle su agradecimiento, le regaló una rosa, pero estaba ya tan abierta, que apenas la hubo

puesto en el ojal, se deshojó por completo, dejándole como una condecoración, una especie de perita verde que le sor-



prendió mucho. No se atrevió á decirle nada, creyéndose obligado á mostrarse discreto. Boivin tampoco lo tomó en cuenta, como si no lo hubiese reparado.

La voz de la señora de la casa resonó como un gruñido:

—¿Vienen, ó no vienen? Ya todo está dispuesto.

Se dirigieron hacia la casilla, temblorosos como dos culpables que temieran recibir un castigo.

Si el jardín era sombrío, la casa, por el contrario, recibía un baño de sol, no habiendo estufa tan calurosa como sus habitaciones.

Tres platos con sus respectivos cubiertos de estaño, bastante sucios, adheríanse al tablero grisiento de una mesa de pino, en medio de la cual una cazuela de barro contenía filamentos de carne muy hervida, recalentados en agua sucia, donde nadaban algunas patatas.

Sentáronse. Comieron.

Un jarro lleno de agua teñida ligeramente con vino, atraía las miradas de Patissot. Boivin le dijo á su mujer, algo turbado:

—¿No podrías darnos un poco de vino puro, y te lo agradeceríamos?

Ella le sumergió en una mirada furiosa:

—¿Para qué os emborrachéis los dos, no es cierto, y para que luego paséis toda la tarde alborotándome la casa? Ya me guardaré yo bien de que tal suceda.

Calló. Después del guisado puso en la mesa unas patatas hervidas, aderezadas con un poco de manteca blanca, y cuando acabaron de comerlas en silencio, exclamó:

—Ya no hay más. Pueden irse á donde quieran.

Boivin la contemplaba estupefacto.

—¿Y el pichón? ¿El pichón que has desplumado por la mañana?

La mujer se puso en jarras, provocativa y amenazadora:

—¿Es que no habéis comido bastante? Que me traigas invitados á casa no es motivo para devorar todo lo que tenemos. Y por la noche, ¿qué comería yo, señor mío?

Los dos hombres se levantaron, y en el umbral de la puerta, el insignificante señor Boivin, por mote Boileau, dijo á la oreja de Patissot:

—Aguárdeme un instante, y nos largamos.

Entró en otro cuarto para vestirse, y Patissot oyó desde fuera el siguiente diálogo:

—Dame un franco; te lo pido por favor.

—¿Para qué necesitas un franco?

—Hay circunstancias imprevistas. Nadie sabe lo que puede ocurrir, y en toda ocasión es prudente llevar dinero en el bolsillo.

La mujer gritó con toda su alma para que se la oyera bien:

—¡Estás fresco! No te daré nada, nada. Ya que tu amigo almorzó aquí, justo es que pague lo que gastéis ahora, yendo juntos.

El señor Boivin volvió á reunirse con Patissot, el cual, esforzándose todo lo posible por aparecer fino y amable, inclinóse ante la dueña de la casa, balbuceando:

—Señora... Muy agradecido... Nunca olvidaré sus atenciones.

Ella respondió:

—Bien. Ahora miren ustedes lo que hacen; porque si me lo trae borracho, tendrá que vérselas conmigo. Ya lo sabe.

Se fueron.

Llegaron á la orilla del río, frente á una isla cu-

bierta de plátanos. El señor Boivin, lanzando á la corriente una tierna mirada, oprimió el brazo de su amigo, suspirando:

—Ya sólo faltan ocho días, ocho solamente, señor Patissot,

—¿Y para qué faltan solamente ocho días?

—¡Para que principie la pesca!

Patissot al oír esta palabra sintió una especie de escalofrío semejante al que produce la presencia de una mujer que ha de trastornarnos.

Preguntóle interesado:

—¡Ah! ¿Usted pesca, señor Boivin?



—¡Si pesco! ¡Naturalmentel La pesca es mi afición favorita.

Patissot continuó interrogándole con sumo interés. Boivin enumeraba todas las clases de peces que juguetean bajo aquellas aguas turbias. A Patissot le parecía estarlos viendo. Boivin le describía los anzuelos más convenientes, los cebos más apetecidos, los lugares y las épocas más oportunas para cada especie... Patissot se iba sintiendo ya más pescador que el mismo Boivin. Conviniéron en que al domingo siguiente inaugurarían juntos la temporada, para que fuera practicándose Patissot, el cual se felicitaba de haber tropezado con un verdadero maestro.

Detuviéronse para comer, ante una especie de tabuco frecuentado por los marineros y toda la crápula de las cercanías.

Junto á la puerta, el señor Boivin tuvo la precaución de advertir:

—No tiene un aspecto muy lucido, pero sirven muy bien.

Sentáronse á la mesa. En cuanto bebieron el segundo vaso de vino, Patissot comprendió por qué la señora Boivin lo aguaba tanto; el viejo se ma-

reaba. Discursó, levantóse, quiso hacer habilidades, intervino para poner paz en una riña de borrachos, y hubieran salido mal parados él y Patissot



sin el amparo del camarero. A la hora del café ya estaba tan borracho que no podía moverse, á pesar de los esfuerzos que había hecho su amigo para que no bebiera. Cuando salieron, Patissot le llevaba de un brazo.

Avanzaron en la obscuridad, á través de la llanura, y después de mucho divagar se vieron ro-

deados por un bosque de arbustos que les llegaban á la altura de las narices. Era una viña con estacas para sostener los pámpanos.

Andaban sin tino, vacilantes, abrumados, dando vueltas en un pequeño círculo, sin hallar salida.

Al cabo, el insignificante señor Boivin, llamado Boileau, se desplomó, hiriéndose en una mejilla con una estaca, y se quedó en el suelo gritando con toda la fuerza de sus pulmones, con toda la obstinación de su borrachera, mientras Patissot, desconcertado en absoluto, lanzaba estas palabras á los cuatro vientos:



—¿No hay nadie por aquí? ¿No hay nadie por aquí?

Al cabo, acercóse un labriego y los acompañó hasta el camino.

Aterrábale á Patissot llegar á la casa de Boivin.

Abrióse bruscamente la puerta, y, semejante á las antiguas furias, apareció la señora Boivin con una vela en la mano.

Al ver en qué forma llegaba su marido, lanzóse hacia Patissot, vociferando:

—¡Ah, canalla! ¡Bien sabía yo que lo emborracharía!

El infeliz Patissot, con un miedo espantoso, dejó caer á su amigo en el barro de la callejuela, y corriendo cuanto pudo, encaminóse á la estación.



PESCADORES DE CAÑA

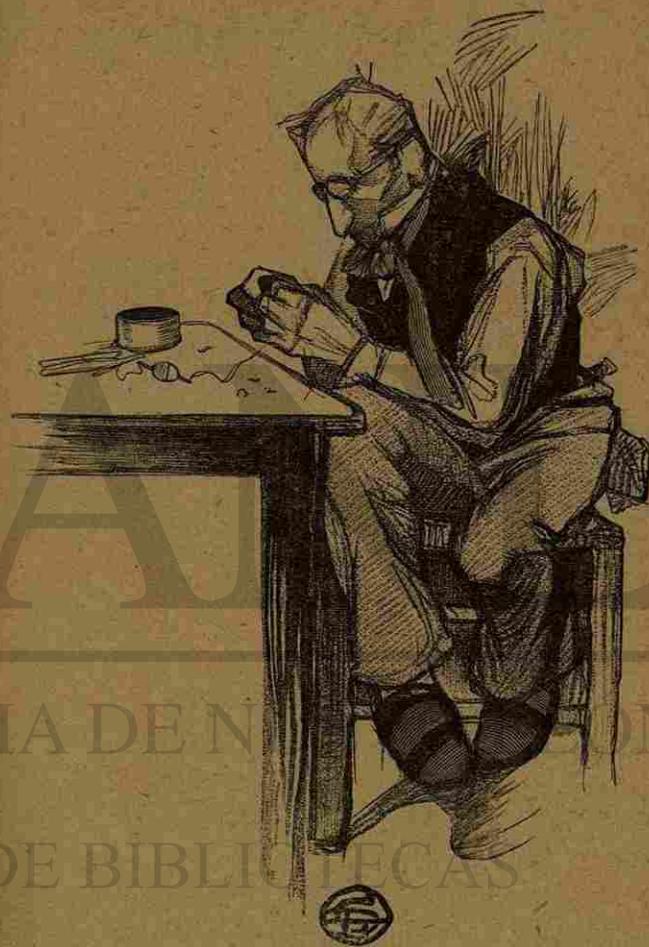
LA víspera del día fijado para echar por vez primera un anzuelo en el río, el señor Patissot compró, mediante 80 céntimos, un ejemplar del *Arte de pescar con caña*. En ese libro halló muchas cosas útiles; pero lo que más le agradaba era la forma en que se referían, y aprendió de memoria estos párrafos:

«En una palabra: ¿Quiere usted, sin preocupaciones, sin documentos y sin reglas, quiere usted salir triunfante y pescar con éxito á la derecha, á la izquierda ó de frente, descendiendo ó remontándose, con apariencia de conquista que no admite dificultad? Pues bien: pesque usted antes de una tormenta, mientras descarga y cuando ha pasado, cuando el cielo se entreaire y aristas de fuego

desgarran las nubes, cuando tiembla la tierra, estremecida por los prolongados rugidos del trueno; en tales circunstancias, sea por avidez, sea por terror, todos los peces, agitados y turbulentos, abandonan sus costumbres para lanzarse á una especie de batuda universal.

»Aprovechando la confusión, ya siga los preceptos que señalan ciertas probabilidades, ó ya los olvide, vaya de todos modos á pescar, seguro de obtener un triunfo.»

Para poder cobrar simultáneamente peces de todos tamaños, compró tres cañas de las que, divididas en varios fragmentos, que se insertan unos dentro de otros, toman la forma de un bastón. Para los gubios compró anzuelos del núm. 15, del núm. 12 para los sargos, y con los del 7 se proponía llenar su cesta de carpas y barbillos. No compró lombrices de agua, seguro de hallarlas en cualquier parte, pero hizo buena provisión de gusanos blancos. Tenía un tarro lleno, y por la tarde, al salir de la oficina, los contemplaba. Los repugnantes animalitos esparcían un hedor asqueroso, removiéndose y caracoleando entre el salvado como lo hacen en la carne podrida; Patissot quería ejer-



citarse aprendiendo á clavarlos en el anzuelo. Cogió uno con bastante repugnancia, y apenas lo aplicó á la punta acerada y corva, se le reventó, vaciándose por completo. Hizo veinte veces la prueba con igual resultado, y seguramente pasara la noche entretenido en aquella desmañada maniobra si no temiera que se le agotasen las provisiones.

Tomó el primer tren de la mañana. La estación estaba llena de aficionados provistos de sus cañas de pescar. Unas, como las de Patisot, parecían gruesos bastones, y otras que no se desarmaban, de una sola pieza, alzábanse disminuyendo hacia el extremo superior.

Todas juntas formaban una especie de bosque de troncos delgados, que se mecían cruzándose y chocando como espadas, sobre un oleaje de sombreros de paja de alas anchurosas.

El tren se puso en marcha, y las cañas asomadas á las portezuelas y erguidas en las imperiales, le daban el aspecto de una gigantesca oruga que se arrastrara sobre la vía.

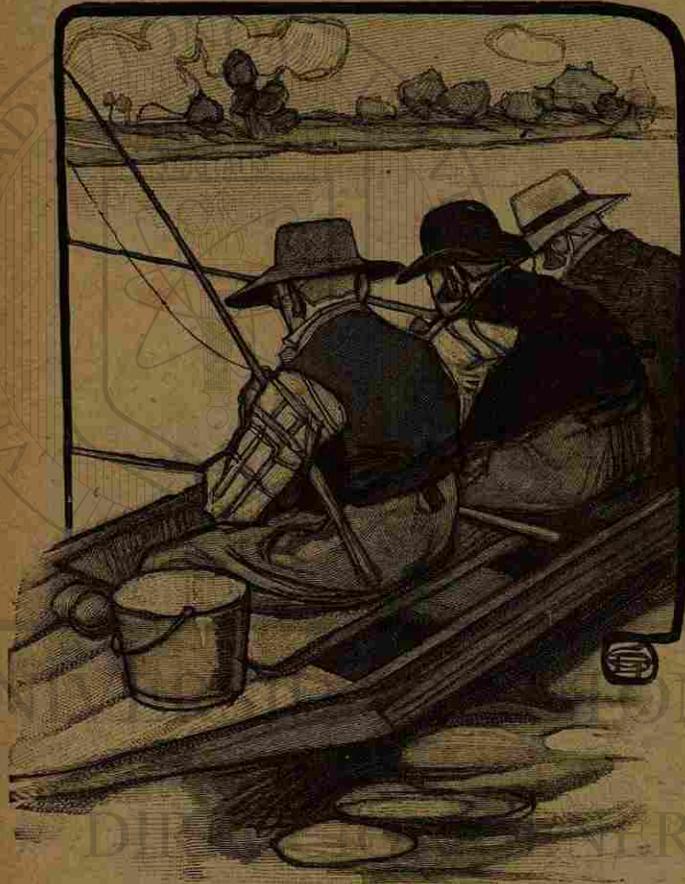
Se apearon en Courbevoie, tomando por asalto la diligencia de Bezons. Un tropel de pescadores

encaramóse apiñado en la imperial, y como iban las cañas en alto, el coche avanzaba como un enorme puerco espín.

A lo largo de la carretera veíanse constantemente hombres que llevaban la misma dirección, como si formaran una romería interminable hacia una Jerusalén desconocida. Todos iban provistos de cañas, recordando con su aspecto á los viejos peregrinos que regresaban de Palestina; y llevaban todos también un tarro de hoja de lata pendiente á un costado, traqueteándose con el apresuramiento.

En Bezons apareció el río. En ambas orillas una doble hilera de hombres enlevitados y otros con





trajes de dril ó con blusa, de mujeres, niños y hasta jóvenes casaderas, pescaban.

Patissot dirigióse hacia la presa donde le había citado su amigo Boivin, el cual le recibió con bastante indiferencia. Acababa de ponerse al habla con un señor grueso, de unos cincuenta años próximamente, robusto en apariencia, y con el rostro muy tostado por el sol. Entre los tres alquilaron una lancha y fueron á colocarse al pie de la presa, donde acuden los peces atraídos por el agua removida.

Boivin se preparó con ligereza, y después de lanzar el anzuelo bien preparado, quedóse inmóvil, con la mirada fija en el flotador de corcho, cuyos movimientos absorbían toda su atención. Pero de cuando en cuando sacaba del agua el sedal para lanzarlo un poco más lejos. El señor grueso, cuando hubo sumergido sus anzuelos bien cebados, dejó su caña apoyada en las bordas, y después de llenar su pipa tranquilamente la encendió, y cruzándose de brazos distraíase viendo correr el agua, sin preocuparse poco ni mucho del flotador. A Patissot se le reventaban todos los gusanos. A los cinco minutos, dirigiéndose á Boivin, le dijo:

— Señor Boivin: Si fuera usted tan amable que me cebara el anzuelo con estos animalitos. Por más que lo procuro, no acierto á enfiarlos.

Boivin levantó un instante la cabeza, murmurando:

— Le ruego á usted que no me interrumpa, señor Patisot; no estamos aquí para perder el tiempo.

A pesar de lo cual, cogiendo el anzuelo que su amigo le ofrecía, lo cebó. Patisot, lanzando el sedal, imitaba como un humilde aprendiz los movimientos del maestro.

La superficie del agua, removida sin cesar por el sobrante de la presa, ofrecía un apoyo inseguro á la lancha, sacudida por bruscos movimientos y girando como un peón, á pesar de hallarse amarrada en corto. Absorbido por la pesca sentía Patisot un malestar vago, angustioso, un dolor de cabeza, un desvanecimiento extraño.

Y mientras el flotador no daba señales de que los peces acudieran al cebo, el señor Boivin, excitado, revelaba su inquietud en gestos agrios y en abatimientos dolorosos; dolíase Patisot de todo, como si se hallara bajo la presión de un desastre: sólo el señor grueso, inmóvil, fumaba la pipa con

absoluta indiferencia, con apacible tranquilidad, sin preocuparse de su caña poco ni mucho.

Al cabo, Patisot, desolado, inclinóse hacia él y con voz doliente le dijo:

— ¿No pican?

El otro respondióle con mucha naturalidad:

— ¡Rediez!

Aquella interjección sencilla, que denotaba una entereza de ánimo prudente, asombró á Patisot.

— ¿Tuvo usted mejor fortuna otras veces?

— ¡Jamás!

— ¿Cómo jamás?

El señor gordo, lanzando al aire más humo que una chimenea de fábrica, soltó estas frases, que desconcertaron á su compañero:

— Me fastidiaría mucho que picaran. No vengo en busca de pesca; vengo porque aquí se pasa muy agradablemente la tarde, porque se alborota el agua como en el mar, y sacude las barcas. Traigo una caña, solamente para no diferenciarme de los otros que vienen á pescar.

Al señor Patisot, en cambio, lo que menos gracia le hacía era el balanceo; su angustia, vaga en

un principio, tomó al fin caracteres bien determinados. Positivamente, como si la barca sufriese los embates de las olas, habíase mareado.

Para librarse del malestar que le amenazaba, propuso volver á la orilla; pero Boivin, furioso contra él, negóse á complacerle y estuvo á punto de abofetearle por su importuna proposición. Afortunadamente para el infeliz empleado, más compasivo el señor gordo, se impuso, y arrimó á la orilla la barca.

En cuanto las angustias de Patissot desaparecieron, se preocuparon los tres de almorzar.

Podían elegir entre dos establecimientos.

Uno reducido, con aspecto de ventorrillo, frecuentado por toda la hez de los pescadores. Otro que se llamaba *La Quinta de los Tilos*, tenía el aspecto de una residencia familiar y allí se acogían los pescadores más distinguidos: la crema de la caña. Sus dueños, enemigos de nacimiento, lanzábanse miradas terribles, llenas de odio, distanciados por un terreno de bastantes anchuras, donde se alzaba la casita blanca del guarda y del peón de la presa. Los dos representantes de la ley también tenían opiniones contrarias, interesándose uno por

el ventorrillo y otro por la quinta. Las constantes disensiones de aquellos tres edificios aislados, eran una minúscula reproducción de la Historia universal. En todas partes las mismas rivalidades y los mismos desacuerdos.

Boivin, asiduo en otras ocasiones del ventorro, lo propuso, recomendándolo:

—Sirven con mucha limpieza y económicamente. Ya lo verán. Sólo me falta, señor Patissot, advertirle que no conseguirá emborracharme como el domingo pasado. Mi mujer está furiosa y ha hecho juramento de no perdonárselo á usted en toda su vida.

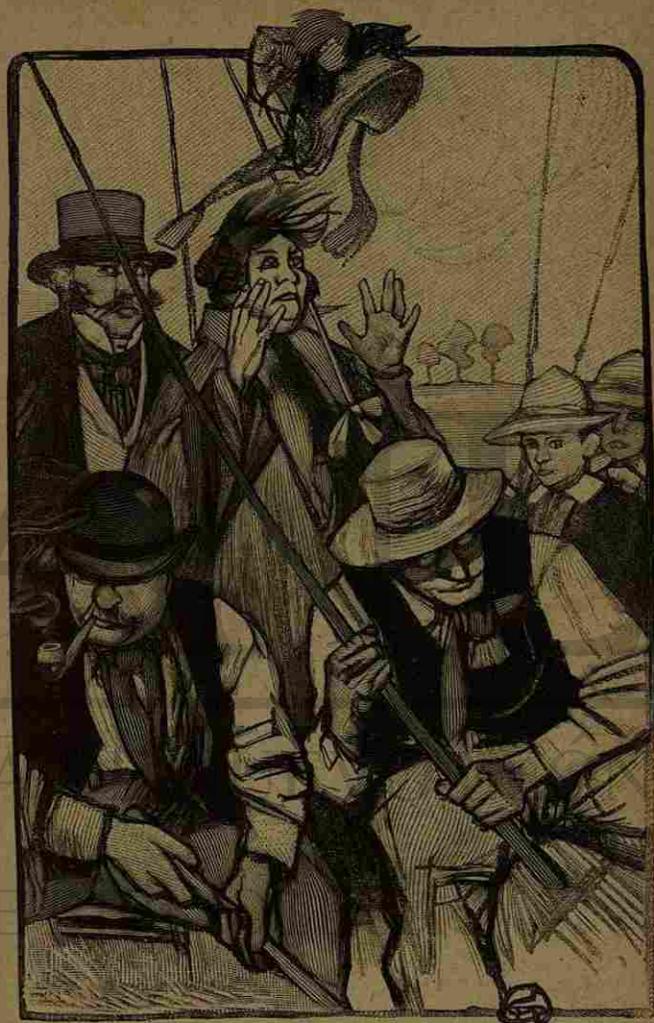
El señor gordo manifestó su resolución de almorzar en la *Quinta de los Tilos*, un establecimiento, á su juicio, excelente, donde guisaban tan bien como en las mejores fondas de París.

—Haga usted lo que le plazca—replicó Boivin—; pero yo no renuncio á mis costumbres.

Y se fué hacia el ventorrillo.

Patissot, al cual tenía muy descontento, no le siguió, entrando en la *Quinta de los Tilos* con el señor gordo.

Almorzando, tranquilamente, discurrieron acer-



ca de varios asuntos, en absoluta conformidad, convencidos al fin de que simpatizaban.

Levantándose de la mesa, empuñaron otra vez las cañas de pescar. Los dos nuevos amigos, departiendo agradablemente á lo largo de la ribera, se detuvieron bajo el puente del ferrocarril, echando al agua los aparejos sin interrumpir la conversación. Los peces no picaban allí tampoco, pero Patisot ya no se impacientaba.

Una familia se acercó á ellos. El padre, con patillas de magistrado, llevaba una caña larguísima. Tres muchachos de corpulencia y de estaturas distintas, llevaban también aparejos de tamaño distinto, conforme á la edad de cada uno, y la madre, muy rolliza, manejaba, con pulcritud femenina, una preciosa caña con un lazo de color en la empuñadura.

El caballero saludó, preguntando:

—¿Es buen sitio este, señores míos?

Disponiase Patisot á contestarle, cuando el señor gordo anticipó un juicio decisivo:

—¡Excelente!

Y la familia, sonriendo, se instaló en torno de los dos pescadores.

Entonces acosó á Patisot el deseo irresistible de pescar algo, cualquier cosa, un pez como un mosquito para que aquellas gentes le admirasen; maniobraba con su aparejo como el mismo Boivin, imitando lo que le vió hacer por la mañana. Dejó que la corriente arrastrara el flotador hasta que la parte del sedal no sumergida tocase á la superficie del agua en toda su extensión. Dando una sacudida, levantaba por el aire los anzuelos; después, haciéndoles describir un semicírculo, sumergíalos nuevamente más allá, para ver el flotador de nuevo arrastrado por el agua. Llegóse á imaginar que, adiestrado en aquella maniobra, la realizaba con elegancia, cuando al descubrir el anzuelo una de sus rápidas curvas, lanzado por un tirón rudo, quedó sujeto en algo, á la espalda. Dió Patisot un tirón más fuerte para desengancharlo, y, describiendo una órbita de meteoro, apareció sobre las aguas del río un magnífico sombrero de señora, cubierto de flores y cintas.

Aterrado, volvió la cabeza, desprendiéndose de sus manos temblorosas la caña, que siguió al som-

brero, arrastrados por la corriente del río, y entre tanto, el señor gordo se revolcaba muerto de risa.

La señora, sorprendida y despeinada, entregábase á sus propios furros; el marido, terriblemente incomodado, exigió que se le pagara el sombrero, y Patissot pagó triple de lo que valía.

Luego alejóse la familia, reposadamente.

Patissot, empuñando con insistencia otra de sus cañas, tuvo el cebo en remojo hasta el anochecer. Su compañero dormía tumbado tranquilamente sobre la hierba de la orilla, y hasta las siete no despertó, diciendo al punto:

—¡Vámonos!

Entonces Patissot, decidido á recoger sus inútiles trebejos, retiró del agua el sedal dando el tirón de costumbre. Una sorpresa le aguardaba; una sorpresa tan grande que le hizo perder el equilibrio y arrancó á sus fauces un grito desentonado, entusiasta. Balanceábase al extremo del sedal un pez como una sanguijuela. Estaba cogido por el vientre;



había tropezado en el anzuelo por casualidad.

Aquello fué un triunfo, una gloria inesperada. Patissot quiso que se lo frieran para comérselo él solo.

Durante la comida continuó intimando con el señor gordo, su acompañante. Supo que vivía en Argenteuil, que navegaba por el río, á la vela, desde su juventud, sin fatigarse nunca de semejante diversión, y fué invitado á un almuerzo en casa de su nuevo amigo para el domingo siguiente, quedando proyectada una larga excursión acuática en el esquife *Plongeon*, propiedad exclusiva de aquel señor gordo.

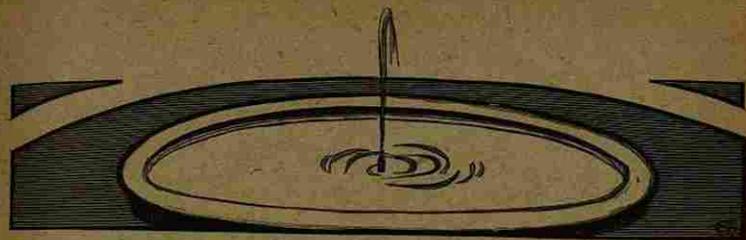
Le interesaba de tal modo el diálogo, que llegó á olvidarse de su pesca; pero cuando estaba tomando el café se le vino á la memoria recuerdo tan grato, y exigió que se lo sirvieran inmediatamente.

Comió el pececillo

—del tamaño de una cerilla—con mucha parsimonia, relamiéndose, orgulloso de su fortuna.



Y por la noche, subido á la imperial del ómnibus, refería sencillamente, á cuantos le prestaban oídos, que había pescado en todo el día catorce libras de peces.



DOS HOMBRES CÉLEBRES

HABÍA prometido el señor Patissot á su nuevo camarada que pasarían juntos el domingo siguiente; pero una circunstancia imprevista desbarató sus proyectos.

Una tarde, atravesando el bulevar, encontróse á uno de sus primos, al que no veía casi nunca.

Era un periodista complaciente, amable, bien relacionado, y se le ofreció para darle á conocer un mundo nuevo.

—Vamos á ver: ¿Qué proyectas para el domingo?

—Una expedición acuática en Argenteuil.

—¡Oh! Pasar el día en el río, fatigarse reman-

do, es cosa muy aburrida, y sobre todo, monótona. No; el domingo irás conmigo. Te presentaré á dos hombres eminentes, á dos glorias nacionales; quiero que veas cómo viven los famosos artistas.

—Voy al campo, no sólo por divertirme, sino por prescripción facultativa.

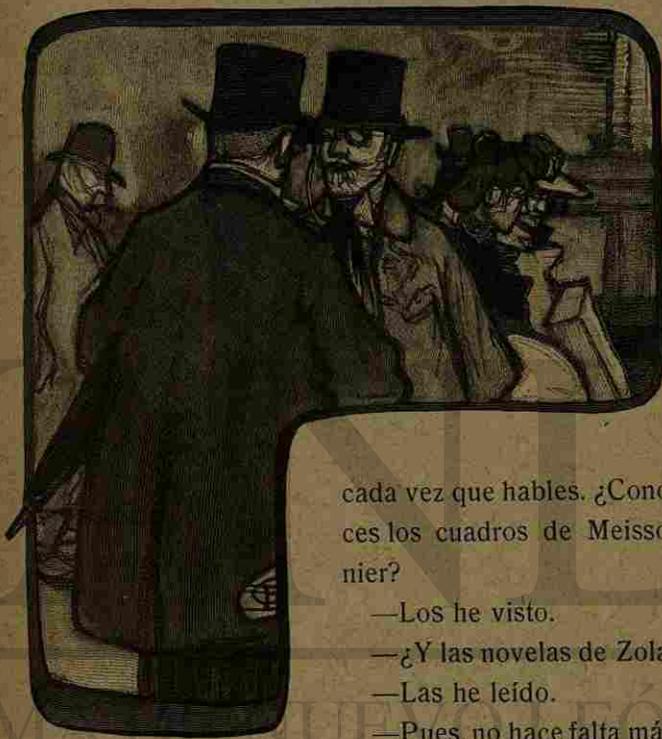
—Pues, al campo iremos. De paso verás á Meissonier, el ilustre pintor, en su finca de Poissy; luego, andando, llegaremos á Medan, á la casa de Zola. Precisamente necesito hablarle.

Patissof, radiante de júbilo, aceptó.

Para presentarse dignamente, compróse una levita nueva; no le parecía correcto visitar á tan eximios personajes llevando un traje deslucido por el uso; le preocupaba mucho el temor de soltar alguna sandez, como lo hacen con frecuencia los que hablan de artes que no practican y que apenas conocen, y no le quedaba ya tiempo suficiente para ilustrarse.

Comunicó á su primo tales preocupaciones, y el periodista le contestó, riendo grandemente:

—No te apures; límitate á entusiastas elogios; nada más elogios; elogios del principio hasta el fin,



cada vez que hables. ¿Conoces los cuadros de Meissonier?

—Los he visto.

—¿Y las novelas de Zola?

—Las he leído.

—Pues, no hace falta más.

De cuando en cuando, citas el título de una novela ó de un cuadro, y añades á continuación: «¡Magnífico! ¡Incomparable! Sobre todo, la ejecución... La manera... el estilo... ¡Asombroso!» Es un recurso fácil é infalible para salir del paso. Ya sabes que

tanto Meissonier como Zola, evitan los halagos de su celebridad en vez de apetecerlos; pero las alabanzas gustan siempre á los artistas.

El domingo por la mañana fueron á Poissy.

A pocos pasos de la estación, al extremo de la plaza de la iglesia, estaba situada la finca de Meissonier.

Abriendo una puerta pintada de rojo, entraron en la huerta; y deteniéndose á la sombra de un magnífico emparrado, el periodista preguntó á su primo:

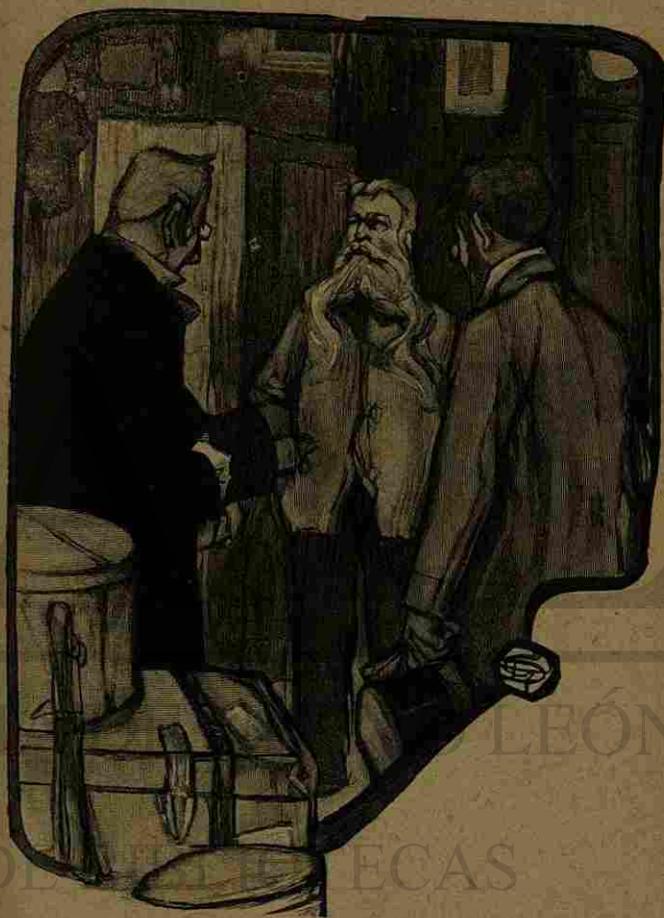
—¿Cómo te imaginas tú á Meissonier?

Patissot, indeciso, callaba; por fin dijo:

—Un hombre de poca estatura, pero gallardo, pulcro, elegante.

—Vas á verlo—repuso el periodista, sonriente.

Descubrieron á la izquierda un pabellón de original aspecto, y á la derecha, la casa. Era un edificio extraño con reminiscencias de todo; había en sus apariencias algo de castillo gótico, de morada señorial, de quinta, de cabaña, de palacete, de catedral, de mezquita, de pirámide. Un estilo extraordinariamente complicado, capaz de volver loco á un arquitecto metódico, empeñado en clasificarlo;



un estilo monstruoso y elegante á la vez, obra del pintor, ejecutada bajo sus órdenes.

Entraron. La salita estaba llena de baules. Apareció un hombre rechoncho, vistiendo blusa. Lo más notable de su fisonomía, era la barba; una barba de profeta, que le invadía el rostro, abundante, inverosímil, caudalosa como un río, flotante como una cascada.

Saludó al periodista diciendo:

—Perdone usted que le reciba de tan mala manera. He llegado anteayer y aún está revuelto y en desorden todo. Hagan el favor de tomar asiento.

El periodista continuó de pie, disculpando su prisa con palabras corteses:

—Admirable maestro: pasando junto á su finca, no supe resistir al deseo de saludarle. Ya satisfecho, me retiro.

Patissot, azorado, á cada palabra del otro hacía una reverencia, como si le obligara un resorte, y murmuró al fin balbuciente:

—¡Preciosa finca!

El pintor, sintiéndose halagado, sonrió y le propuso recorrerla.

Primero visitaron un pabelloncito de apariencia

feudal—el estudio antiguo del maestro—que se abría sobre una terraza. Luego atravesaron una sala



espaciosa, un comedor, un vestíbulo adornado con magníficas obras de arte, deliciosos tapices de Beauvais, Gobelinos y de Flandes.

La múltiple riqueza ornamental de la fachada, en el interior se convertía en un lujo prodigioso de escaleras. Magnífica escalera principal, escalera de ca-

racol reservada, en una torre; escalera de servicio, en

otra; ¡escaleras en todas partes!

Patissot, curioso, abrió una puerta, retrocediendo al punto, sorprendido. Era una especie de santuario aquel evitable aposento, cuyo nombre pronuncian sólo en inglés las personas distinguidas;

un santuario encantador y original, de un gusto exquisito, decorado como una pagoda, cuyo adorno costaría sin duda muchísimas cavilaciones.

Visitaron luego el jardín, intrincado, variado, tortuoso, donde se alzaban árboles corpulentos; y el periodista, decidido á no ser importuno, agradeciendo al amable maestro sus atenciones, despidiéndose, le obligó á retirarse.

Al salir, los acompañaba un jardinero. Patissot le preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que pertenece al señor Meissonier esta finca?

El jardinero respondió:

—Verá usted: en 1846, adquirió la propiedad; pero la casa... La casa fué derribada y reconstruída cuatro ó cinco veces desde entonces... Hay aquí más de dos millones enterrados.

Y alejándose, Patissot concedía un inmenso prestigio al artista, no por el mérito de sus obras, por su talento, por su fama universal, sino porque gastaba tanto dinero en un capricho, mientras los burgueses ordinarios, por amontonar dinero, renuncian á todos los goces.

*
*
*

Después de atravesar el pueblo de Poissy, tomaron el camino de Medan, á pie.

La carretera sigue la orilla del río, poblado en aquella parte por islas encantadoras; luego asciende hasta el caserío de Villaines, y vuelve á descender penetrando al fin en la tierra que habita el autor de los *Rougon Macquart*.

Una iglesia vetusta y linda, entre dos torres, alzabase á la izquierda.

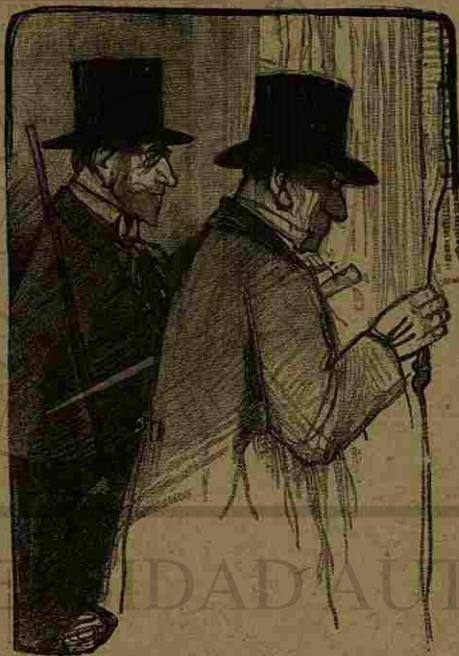
Siguieron avanzando, y un campesino les indicó la casa del famoso novelista.

Antes de llamar observaron el aspecto exterior de la vivienda.

Un edificio sólido, muy alto, de construcción reciente, y como los montes de la fábula, parecía que acababa de dar á luz un ratón, una casita blanqueada y agazapada humildemente á sus pies. Era la mansión del antiguo propietario. El otro edificio lo mandó construir Emilio Zola.

Llamaron. Un enorme perro de Terranova comenzó á ladrar con tanta furia que á Patissot le inspiraba el deseo de retroceder y alejarse; pero un criado apaciguó las iras de *Bertrand* y se fué luego, llevando al señor de la casa la tarjeta del periodista.

—Sólo falta que no esté dispuesto á recibirnos —murmuró Patisot—; me fastidiaría de veras haber hecho una caminata inútil.



Su compañero sonreía.

—Tranquilízate: si no quisiera recibirnos, tengo un recurso para obligarle.

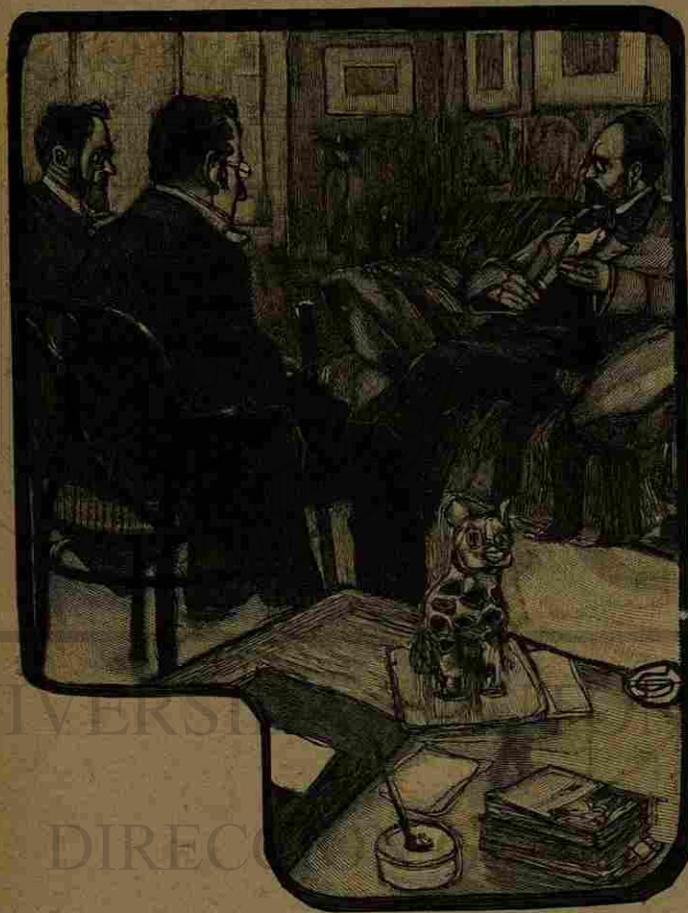
Volviendo el criado les rogó que le siguieran.

Entraron en el edificio de nueva planta y Patisot, profundamente impresionado, fatigoso, comenzó á subir por una escalera de forma antigua.

Subiendo y resoplando, Patisot procuraba imaginarse, adivinar la figura de aquel hombre cuya gloria resonaba en todos los ámbitos del mundo, entre los odios exagerados y feroces de ciertas gentes, la indignación fingida ó verdadera de las clases conservadoras, el desprecio envidioso de algunos publicistas y las admiraciones frenéticas, la veneración de una inmensa muchedumbre. Y se lo representaba como una especie de gigante barbudo, un coloso de aspecto imponente y terrible, de voz atronadora y modales ariscos.

Llegaron al segundo piso y abrióse, para dejarles pasar, la puerta de un salón inmenso, inundado en luz por altos ventanales, desde donde se dominaba la extensa llanura.

Revestían los muros tapices antiguos. Alzábase, á la izquierda, una chimenea monumental cuya campana sostenían dos cariátides de piedra y donde hubiera podido arder entero el tronco de una encina centenaria; una mesa monumental, llena de



libros, de papeles, de periódicos, ocupaba el centro de aquel salón, tan grandioso, que absorbía las miradas y las atenciones del visitante.

Después vieron incorporarse á un hombre que se hallaba recostado sobre un diván oriental, donde pudieran dormir cómodamente veinte personas á un tiempo.

Avanzó hacia ellos, rogóles que tomaran asiento en dos butacas, y volvió á su diván, sentándose al estilo turco. A su lado había un libro abierto y su mano derecha jugueteaba con una plegadera de marfil, en cuyo extremo fijaba de cuando en cuando uno de sus ojos, guiñando el otro con obstinación de miope.

Mientras el periodista explicaba el motivo de su visita, y el escritor famoso le oía en silencio, mirándole á ratos atentamente, Patissot, cada vez más azorado, observaba sin cesar al hombre cuya celebridad era tan discutida y notoria.

Rayaba en los cuarenta, joven aún, de regular estatura, un poco grueso y de bondadosa expresión; su cabeza—muy semejante á las que vemos en las pinturas italianas del siglo XVI—, no siendo hermosa en el sentido plástico de la palabra, ofrecía

los caracteres distintivos de inteligencia y energía; el cabello, corto, erizábase coronando una frente amplia y serena; la nariz, recta, remataba en una superficie plana como en corte brusco, sobre la curvatura del labio superior cubierto de un bigote bastante poblado; tenía la barba muy espesa y la llevaba muy corta. En su mirada poderosa y firme, resplandecían á veces intenciones irónicas: adivinábase á través de sus ojos el funcionamiento continuo de su inteligencia, la observación constante de cuanto le rodeaba, el análisis de las personas, de las frases, de los gestos, de las intenciones, penetrando hasta la medula. Su cabeza redonda y firme correspondía bien á su nombre, rápido y corto, formado por dos sílabas compactas y breves como dos vocales, como dos notas.

Cuando el periodista hubo explanado su proposición, el escritor dijo que no quería comprometerse por de pronto; que tal vez pudiera más adelante; que sus proyectos no estaban aún suficientemente definidos.

Y calló. Era un modo suave de poner término á la entrevista. Los dos visitantes pusieron de pie, algo desconcertados.

Pero á Patisot le invadió un deseo irresistible: deseaba que aquel personaje tan celebrado, tan conocido, se dirigiese á él, sólo á él, para pavonearse luego repitiendo á sus compañeros de oficina las palabras del hombre célebre.

Y, lanzándose, balbució:

—¡Admiro tanto... me seducen tanto sus novelas!

Zola hizo una reverencia, pero no despegó sus labios.

Patisot, enardecido, temerario ya, insistía:

—Es para mí una honra inesperada oír en su propio domicilio á una celebridad universal.

El escritor hizo, ya un poco impaciente, otra reverencia.

Patisot casi derrotado, insistiendo aún, al punto de retirarse, añadió:

—¡Qué finca tan hermosa!

Entonces el orgullo de propietario se hizo sensible al elogio, despertando en el corazón indiferente del novelista, y su mano complaciente abrió una ventana para mostrar la extensión del paisaje. Descubriase desde allí un horizonte desmesurado, en todas direcciones: abarcaba la vista un panora-

ma vastísimo: Triel, Pisse-Fontaine, Chanteloup, las cumbres de Hautrie, el cauce del Sena.

Los dos visitantes, extasiados, prorrumpan de continuo en sinceras alabanzas. Y su gusto les conquistó la voluntad algo uraña del dueño, abriéndoles de par en par todas las puertas. Vieron hasta la cocina, cuyas paredes y cuyo techo, revestidos con azulejos, eran el asombro de los campesinos.

—¿Cómo vino usted á parar aquí?— preguntó el periodista.

Y entonces, el hombre famoso les refirió que buscando un rincón donde guarecerse un verano, encontró la casita blanqueada, que vendían, con un buen terreno, por unos miles de francos, una friole-
ra. Y aprovechando la oportunidad, la compró inmediatamente.

—¿Pero, el edificio nuevo y todas las mejoras implantadas por usted, le habrán costado mucho?

El novelista sonrió:

—¡Bastante me cuestan, bastante!

Se despidieron.

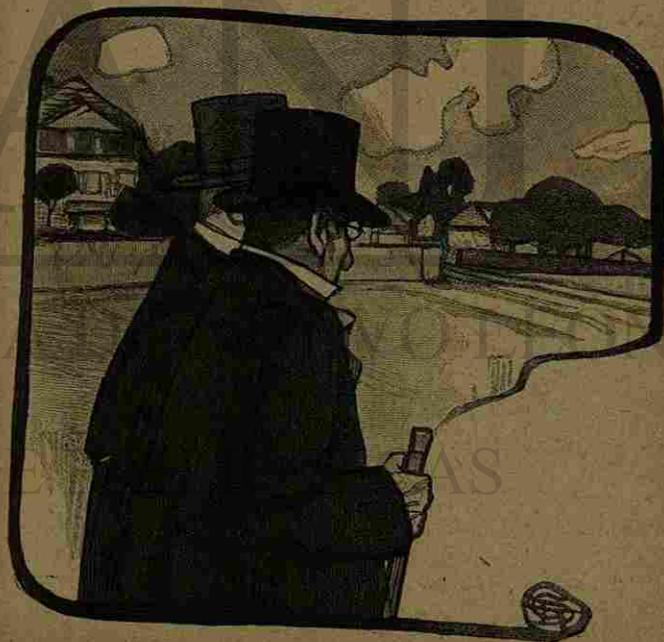
Cuando se alejaban, filosofando tranquilamente, decíale á Patissot el periodista:

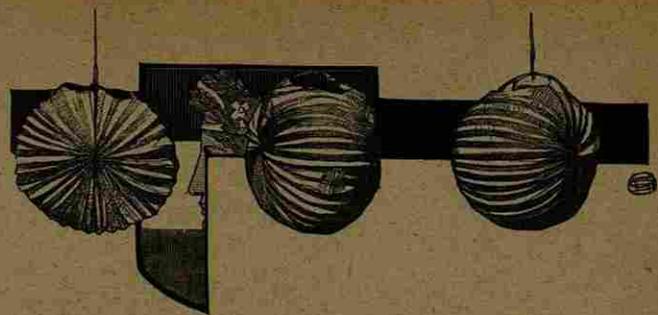
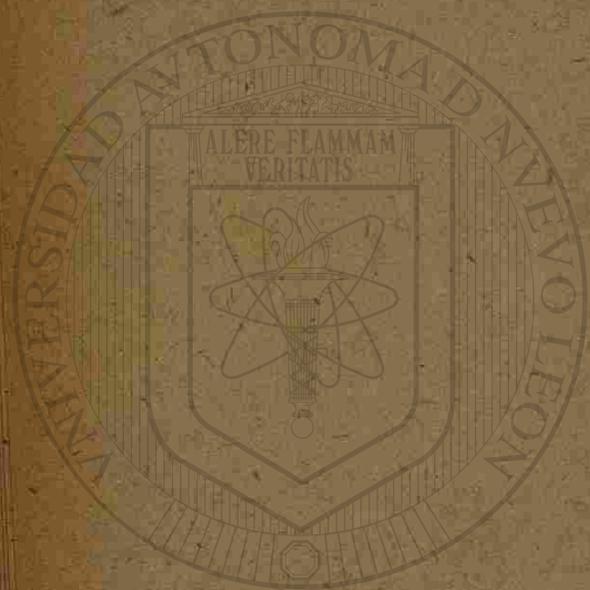
—Cada general tuvo su Waterloo; cada Balzac

tuvo su chifladura; y cada hombre célebre que habita en su propiedad, tiene su orgullo de propietario.

Tomaron el tren en la estación de Villaines, y, sentados en el vagón, Patissot pronunciaba ya los nombres gloriosos del pintor y del novelista como si fueran sus amigos de confianza.

Hizo todo lo posible para dar á entender que habían almorzado en casa de uno y comido en casa del otro.





PREPARATIVOS DE FIESTA

El momento se aproxima; en las calles ya se nota el rebullir de las gentes, un estremecimiento parecido al de la superficie de los mares cuando se prepara la tempestad.

Las tiendas, empavesadas y floridas con banderolas, revisten sus fachadas con los alegres colores nacionales.

Poco á poco exáltanse los corazones. No se habla de otra cosa en todo el día. Las gentes cambian sus impresiones.

—¡Qué fiesta, pero qué fiesta, señores míos!

—¿No sabe usted la noticia? Todos los reyes vendrán de incógnito, en traje de levita, para verlo.

—Aseguran que llegó ya el emperador de Rusia, y dicen que proyecta recorrer todo París con el príncipe de Gales.

—¡Vaya una fiesta! ¡Qué fiesta, pero qué fiesta! Sí, una señora fiesta; lo que Patissot, burgués de París, llama «una señora fiesta».

Un pretexto para que una heterogénea muchedumbre recorra, durante quince días, las calles de la ciudad, luciendo todas las horripilantes y emperifolladas fisonomías; un oleaje de sudorosos cuerpos donde se apiñan, estrujándose, la bruja engalanada con cintajos tricolores, gimiendo en las apreturas porque ha engordado excesivamente detrás del mostrador; el empleado raquífico y anguloso que remolca exánime á su mujer y á su criatura; el obrero que lleva sentado sobre sus hombros á su hijo; el provinciano, que de todo se asombra, poniendo cara de imbécil estupefacto; el mozo de cochera que huele á cuadra, y los extranjeros vestidos con gusto extravagante; las inglesas como jirafas, el aguador con el traje de los domingos, y la falange numerosa de modestos burgueses, rentistas inofensivos que se divierten con todo.

Achuchones, tropiezos, molestias, apreturas, pol-

vo y sudor, gritos desentonados, blanduras de carne humana, exterminio de los callos á fuerza de pisotones, ausencia de todo raciocinio, perfumesapestosos, hedores, forcejeos inútiles, alientos putrefactos: ¡ofrecedle al señor Patissot, burgués de París, todas las alegrías que puedan cautivar su corazón!

Hace sus preparativos desde que leyó en una esquina el bando del Alcalde:

«Apelo á vuestro patriotismo, y no dudo que rivalizaréis, dando á la fiesta el esplendor que merece tan fausto acontecimiento. Poned colgaduras é iluminaciones; reunid, entre los vecinos, la mayor cantidad posible para que ofrezcan vuestras casas, vuestra calle, un aspecto sorprendente; más artístico, más deslumbrante que las casas y las calles contiguas.»

Tal era la prosa de aquel documento. Convencido, entusiasmado Patissot, preocupóse de concebir un proyecto llamativo, de combinar un aspecto artístico para su vivienda.

Ofrecíasele un grave inconveniente. La única ventana de su habitación recibía luces de un patio, de un patio lóbrego, estrecho, profundo, donde so-

lamente los gatos y las ratas hubieran podido admirar sus iluminaciones.

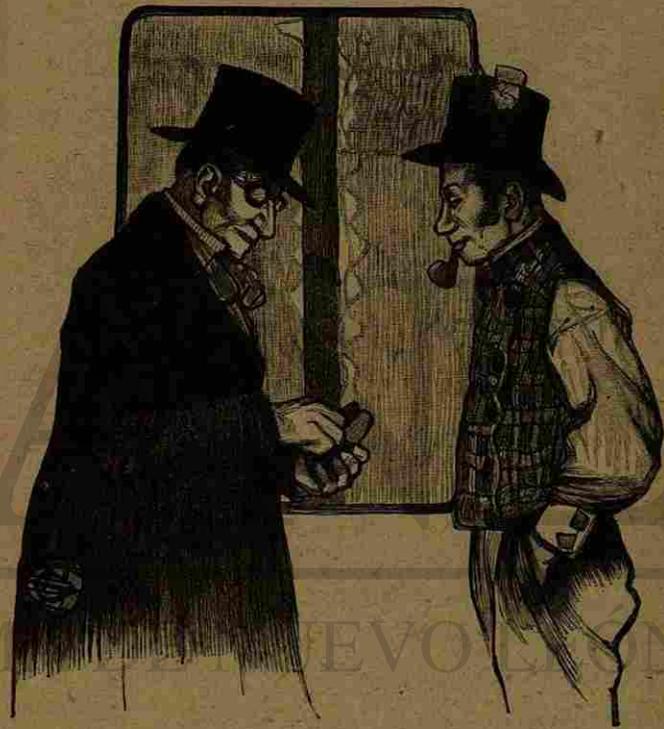
Necesitaba un hueco sobre la calle. Y se lo proporcionó. En el piso principal de la casa vivía un señorón acaudalado, noble, realista, cuyo cochero, reaccionario también, habitaba en el sexto piso, una guardilla exterior. El viejo empleado supuso que toda conciencia se vende, si el precio acomoda, y ofreció diez francos al hombre de la fusta para que le cediera su habitación desde medio día hasta las doce de la noche.

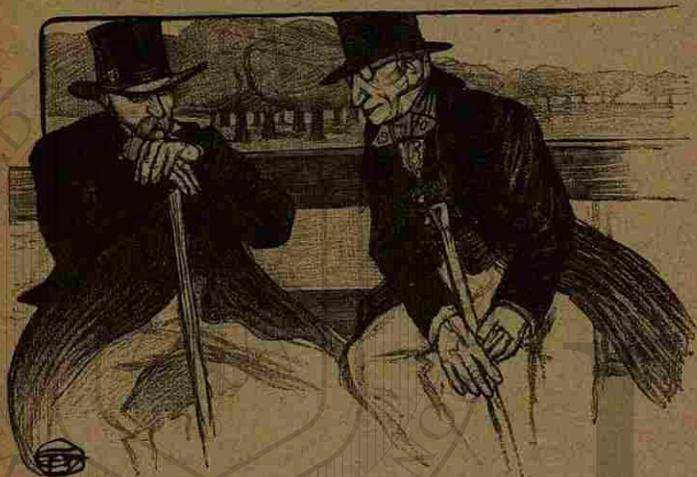
El ofrecimiento fué aceptado.

Faltaba sólo preparar el adorno, la ornamentación.

¿Tres banderas y cuatro farolillos japoneses bastarían para dar al ventano del tabuco apariencias artísticas? ¿bastarían para expresar toda su exaltación patriótica? No; ¡seguramente, no! Pero, á pesar de sus desvelos y de sus investigaciones constantes, al señor Patissot no se le ocurría otra cosa.

Quiso aconsejarse de sus vecinos, á quienes la duda extrañaba; interrogó á sus compañeros de oficina.... Todo el mundo había comprado farolillos y





banderolas, añadiendo, como gala de día, colgaduras tricolores.

Patissot, obstinado, no cesaba en busca de una idea original. Frecuentó los cafés, queriendo sonsacar los proyectos y las ideas de los parroquianos, pero no tenían imaginación. Una mañana encaramóse á la imperial de un ómnibus. Junto á él, un señor de aspecto respetable, chupaba tranquilamente un puro; algo más allá, un obrero llenaba su pipa en la palma de la mano; dos golfos bromeaban detrás del cochero, y algunos empleados de

varias categorías iban á cumplir sus obligaciones, mediante quince céntimos.

Asomando al quicio de las tiendas amontonábase la percalina tricolor, que abrillantaban los oblicuos rayos del sol naciente.

Patissot, dirigiéndose al caballero del puro, insinuó:

—¡Serán unos hermosos festejos!

El caballero le miró de través y limitóse á mascullar, con tono agrio:

—Me importa un pitoche.

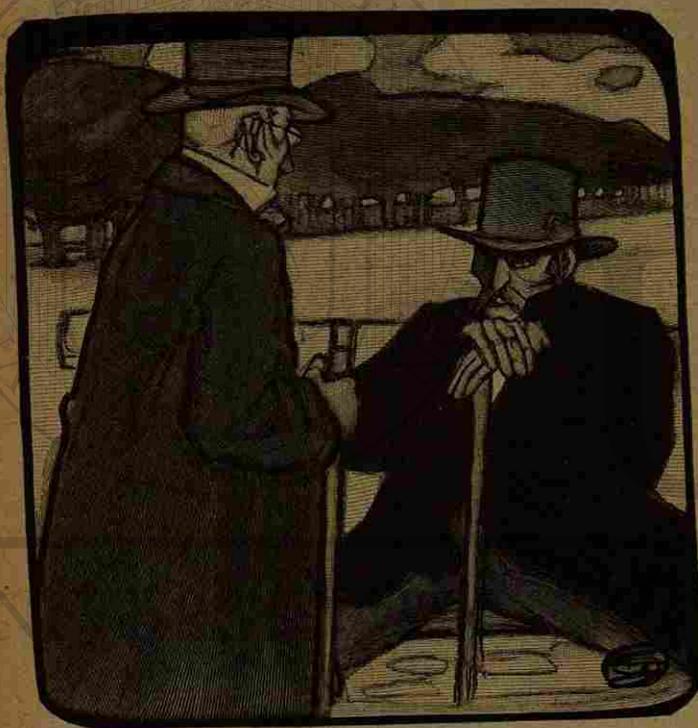
—¿No le interesa una manifestación patriótica tan sonada?— preguntó Patissot asombrado.

El caballero del puro, meneando la cabeza desdenosamente, insistió:

—¡Me parecen dignos de lástima los que se apasionan con tales festejos! ¿Qué festejan? ¿A quién festejan? ¿Al Gobierno?... Señor mío: no tengo por qué festejarle; no conozco al Gobierno.

Patissot, que por su condición de oficinista era un esqueje del Gobierno, sintióse molestado por aquella salida, y quiso dar á su respuesta la mayor solemnidad posible:

—Señor mío: el Gobierno es la República.



El otro no se inmutó, y metiéndose las manos en los bolsillos, dijo tranquilamente:

—¡Ah! ¿Sí? No me opongo. Que sea la República, si á usted le place; pero de todos modos, me importa un pitoche. Yo no sabría respetar un Gobierno que no conozco; necesito conocer al Gobierno para respetarlo. Respeté á Carlos X, porque le conocí; respeté á Luis-Felipe, conociéndole; conocí á Napoleón III y lo respeté. Pero no he visto jamás á la República.

Patissot, en actitud grave y digna, replicó:

—Está representada por el Presidente.

Con un gruñido, el otro insistió:

—¡He de verlo!

Patissot, encogióse de hombros:

—Cualquiera puede verlo; no lo guardan bajo llave, ni escondido en un armario.

De pronto, el caballero del puro se indignó:

—¡Pues repito y auguro que no es posible verlo! Muchas veces lo intenté, inútilmente. De nada me sirvió acechar en torno del Eliseo, que, según dicen, habita. Me aseguraron que jugaba á carambolas en un café, y estuve días enteros en el café, sin que nunca se presentara. Leí que asistiría en

carruaje á las carreras, y no asistió. Harto, al fin, renuncié á verle. Ni siquiera he visto á Gambetta y no me tropiezo nunca ni con un diputado.

Se animaba.

—Un Gobierno, señor mío, debe presentarse al público, procurando que le conozcan. ¿Es posible gobernar de otro modo? ¿Tiene otra razón de ser? El pueblo necesita estar enterado: A tal hora de tal día, el Gobierno pasará por tal calle. Así puede salirle al paso todo el mundo.

Patissot meditaba, tranquilo, esas argumentaciones:

—Mejor sería conocer á los gobernantes.

El caballero del puro se dulcificó.

—¿Sabe usted cómo imagino yo los festejos?

Pues bien, señor mío: construiría unos coches dorados, como las carrozas de gala de los reyes, que recorrieran la población llevando al Presidente, á los ministros, diputados y senadores, durante diez ó doce horas. Así, todos conoceríamos al Gobierno.

Uno de los golfos que iban detrás del cochero, lanzó esta pregunta:

—¿Y por qué no llevar también los gigantones y la tarasca?

Semejante ocurrencia hizo reír á todos los viajeros.

Patissot, haciéndose cargo de la objeción inesperada, murmuró:

—Pasearlos por las calles como usted dice, parecería cosa de Carnaval.

Convencido el caballero del puro, inmediatamente rectificó su idea:

—También podían estar en un sitio visible donde los viéramos y no los zarandeáramos; encima del Arco de Triunfo de la Estrella, por ejemplo. Desfilaría por allí todo el vecindario. Esto me parece más oportuno, y sería de mucho efecto.

El golfo volvió á meter baza:

—Los veríamos... con telescopio.

El caballero del puro continuó sin hacer caso:

—¡Lo mismo que la distribución de banderas! Habría que buscar un pretexto, un simulacro de batalla; y luego se ofrecerían las banderas como premio por el triunfo. Yo tuve una idea, y se la escribí al ministro, pero no me ha contestado. Puesto que se ha elegido la fecha del asalto de la Bastilla, sería oportuno representar al vivo aquel suceso. Una Bastilla de cartón, montada por un es-

cenógrafo, y ocultando entre sus muros el monumento de Julio. El ejército al asalto, lo cual fuera un hermoso espectáculo y al mismo tiempo una enseñanza: «las tropas destruyendo los baluartes de la tiranía». Después, el incendio; y ardería de verdad la Bastilla de cartón, destruyéndose y apareciendo entre las llamas el monumento de Julio, con el genio de la Libertad sobre la columna, símbolo de las ideas libertadoras.

Todos oían con atención y juzgaban la idea excelente.

Un anciano dijo:

—Es una ocurrencia famosa, caballero, y que prueba su patriotismo, al par que su imaginación. Lástima que no se decidiese á realizarla el Gobierno.

Un joven declaró que los actores más famosos deberían recitar por las calles las poesías patrióticas de Barbier, para imbuir al pueblo simultáneamente ideas de arte y de libertad.

Cada proyecto nuevo excitaba el entusiasmo. Todos querían hablar, exaltábanse los cerebros. Cruzáronse con un piano de manubrio que tocaba la Marsellesa; el obrero entonó una estrofa: le hi-

cieron coro. El ritmo del canto popular animó al cochero y éste á los caballos, que galopaban furiosamente.

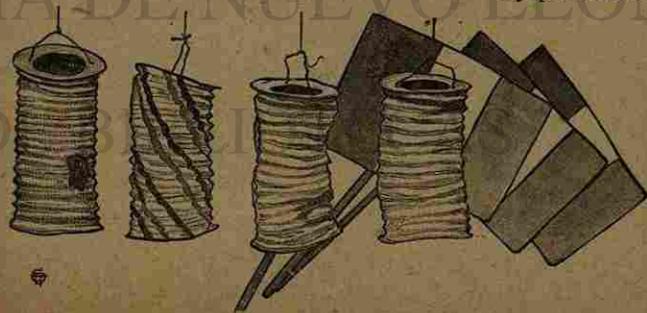
Patissot vociferaba como un energúmeno, golpeándose las rodillas con las palmas de las manos, y los viajeros que iban apiñados en el interior, se intranquilizaban, ensordecidos por aquel estruendo tempestuoso que había estallado sobre sus cabezas.

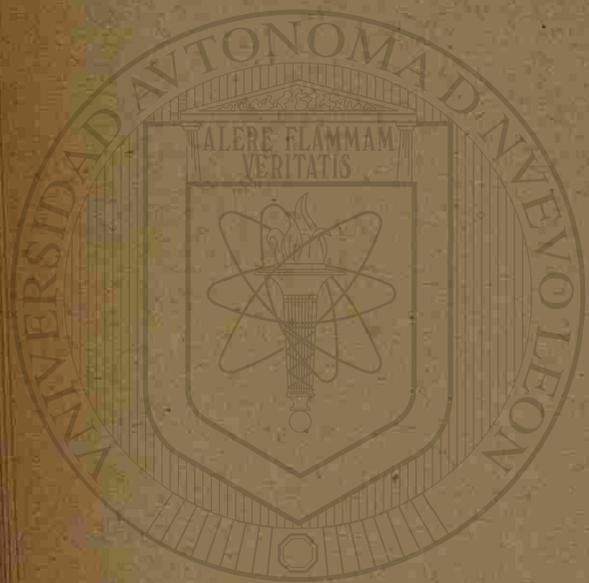
Callaron al fin, y Patissot, creyendo en las iniciativas del caballero del puro, le consultó los preparativos que tenía proyectados:

—Colgaduras y banderas, me parecen imprescindibles; pero me gustaría otra cosa de más lucimiento, algo de novedad.

El caballero del puro, reflexionó largamente, pero sin ocurrírsele nada.

Por eso, Patissot tuvo que limitarse á una colgadura, tres banderolas y cuatro farolillos japoneses.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



UNA HISTORIA TRISTE

PARA descansar de las fatigas ocasionadas por los festejos, el señor Patissot ideó pasar el domingo siguiente, reposado, tranquilo, en algún lugar apacible, donde recreara sus ojos el espectáculo de la naturaleza.

Deseoso de hallarse frente a un panorama vastísimo, eligió la terraza de Saint-Germain. Hasta después de almorzar no se puso en marcha, y, cuando hubo hecho una visita—de cumplido—al Museo prehistórico, sin comprender ni agradarle nada—solamente para tranquilizar su conciencia; quedóse muy admirado ante aquel anchuroso pa-

seo desde donde se descubren á distancia París y sus cercanías, las llanuras, los bosques, los pueblecitos y hasta lejanas ciudades, toda la extensión cortada por las azules y numerosas ondulaciones del río encantador y suave que atraviesa y fecunda el corazón de Francia: *el Sena*.

En las violadas y borrosas lejanías, á distancias incalculables, veíanse diminutos poblados, como blanquecinas calvas luciendo sobre las verdes laderas.

Y, reflexionando que allí, en aquellos hogares apenas perceptibles, hombres como él vivían, padecían y trabajaban, concibió por vez primera la miserable condición del mundo, estrecha cárcel.

Perdidos en el espacio, á distancia infinita, otros universos incubarían acaso razas más poderosas é inteligentes que nuestra raza; y los veíamos lucir como farolitos en la noche, sin comprender su inmensidad...

Se le desvaneció la vista, vagando en la extensión abrumadora, sin límites, y se borraron de su mente aquellas reflexiones que le aguaban el meollo.

Recorriendo con pausado andar la terraza, de un

extremo á otro, iba encorvándose, como si le abastiera el peso de sus filosofías.

Sentóse en un banco, donde se hallaba sentado ya otro caballero; tenía éste ambas manos cruzadas sobre el puño del bastón y apoyaba la barba sobre las manos, en actitud cavilosa y reflexiva.

Pero como Patissot era un hombre incapaz de permanecer cuatro segundos junto á un semejante sin dirigirle alguna pregunta, después de contemplar á su vecino, carraspeó, insinuándose con estas palabras:

—¿Podría usted indicarme, caballero, si no lo ignora como yo, el nombre de aquel pueblecito?

El caballero, meditabundo, levantando tristemente la cabeza, dijo con voz apagada:

—Sartrouville.

Y no dijo más. Patissot, contemplando la inmensa perspectiva del paisaje, sombreado por añosos y gigantescos árboles, mientras respiraba las brisas aromosas del bosque, rejuvenecido por los efluvios primaverales de la campiña, con los ojos encandilados y la boca sonriente, murmuró:

—La espesura del bosqueje ofrecerá escondrijos deleitosos para los enamorados.



El caballero, taciturno, dijo entonces con dolorosa expresión:

—Si yo me sintiera enamorado, me suicidaría inmediatamente.

Patisot, que profesaba otras opiniones acerca del asunto, protestó:

—Supongo que habla usted por hablar. ¿Qué motivos tiene para decir eso?

—¿Motivos? ¡Apenas me costó caro! ¡Cualquier día me pescan otra vez!

El oficinista, prometiéndose una historia interesante, hizo un gesto que demostraba su mucha satisfacción, al decir:

—¡Naturalmente! Haría usted locuras, y las locuras cuestan siempre caras.

El otro suspiró, lleno de melancolía:

—No, señor; no hice locuras; pero las circunstancias me fueron adversas; no hubo más.

Patisot, obstinándose, y temeroso de perder aquel regalo de su curiosidad, insistió:

—No todos los hombres podemos vivir como los clérigos; no es natural ni conveniente; la naturaleza impone su condición.

El otro, alzando los ojos al cielo, con tono plañidero, afirmó:

—Dice usted mucha verdad, señor mío, y si los clérigos fuesen hombres como los demás, no tuviera yo que dolerme de mis desdichas. Soy enemigo acérrimo del celibato eclesiástico, y tengo mis razones; vaya, sí, señor, tengo mis razones.

Patisot cada vez más interesado, balbució:

—¿Sería indiscreto preguntarle...?

—Nada: le contaré puntualmente la historia, para que pueda medir todo el alcance de mi desventura. Yo nací normando, señor mío. Era mi padre molinero en Darnetal, cerca de Rouen, y al morir nos dejó a mi hermano y a mí, bastante niños aún, al amparo de nuestro tío, un sacerdote viejo, que nos educó, enviándonos luego a París en busca de una manera de vivir honrosa. Mi hermano

tenía veinte años; yo veintidós. Nos instalamos, por economía, en el mismo aposento, y vivíamos tranquilamente, cuando se ofreció la triste aventura que voy á referirle:

«Cierta noche, de regreso hacia mi casa, encontré á una mujer, cuya presencia me agradó muchísimo. Lo reunía todo, todo lo que yo deseaba, caballero; buenas carnes, y apariencias de bondad y sencillez. No me atreví á decirle ni una palabra, pero la miré de un modo significativo. A la noche siguiente, como yo era tímido, cuando la vi pasar tampoco supe abordarla, pero la saludé respetuoso, descubriéndome, y ella respondió con una sonrisa complaciente. Al otro día ya me atreví á detenerla y hablarle.

»Llamábase Victoria y trabajaba de costurera en un taller de confecciones. Al punto comprendí que aquella mujer me había enamorado.

»Y le dije: —Señorita: me será muy doloroso continuar viviendo lejos de usted—. Ella bajó los ojos, en silencio. Entonces la cogí una mano, y aquella mano que yo cogí, oprimió suavemente la mía. Fué un apasionamiento loco, señor mío; un entusiasmo delirante; pero como yo

vivía con mi hermano, de momento no supe qué hacer.

»Llegué á casa decidido á contárselo todo, y él se anticipó refiriéndome una historia parecida: también estaba enamorado. Convinimos en separarnos, en tomar otro alojamiento para él, sin hablarle á nuestro tío de la separación. Y el tío continuó dirigiendo á mi casa la correspondencia.

»Todo fué á pedir de boca, y á los ocho días Victoria se instaló en mi casa, decididos ambos á vivir maritalmente. Mi hermano llevó también á su amiga, y cenamos los cuatro alegremente. Cuando se fueron, Victoria me hizo dichoso... Y después nos dormimos.

»Un violento campanillazo nos despertó. Miré la hora: eran las tres de la madrugada. Me puse los pantalones de prisa, y acercándome á la puerta pensé: —No auguro cosa buena; ¿quién puede llamar tan á destiempo?

»¡Mi tío!, mi tío el cura; mi tío, con su maleta, diciéndome:

—Yo soy, muchacho, yo soy. Vengo á pasar algunos días en París con vosotros y he querido sorprenderos. El señor obispo me ha dado una licencia.

»Me abrazó, me besó, entró y cerró la puerta. Yo estaba más muerto que vivo, pero al verle dispuesto á entrar en mi alcoba, le detuve, saltándole al cuello y gritando:

—No, por ahí no; por aquí, por aquí.

»Le conduje al comedor. ¿Ha visto usted á un hombre más comprometido que yo en aquellas circunstancias? ¿Cómo hallar una solución? El me dijo:

—¿Y tu hermano? ¿Duerme? Voy á despertarle.

»Se me ocurrió una mentira:

—No está en casa. Un trabajo extraordinario y urgente le ha obligado á pasar la noche de hoy en la tienda.

»Mi tío se frotaba las manos de gusto, satisfecho:

—¡Ah! caramba, caramba. ¿De manera que trabajáis de lo lindo?

»Tuve una idea luminosa:

—Tendrá usted ganas de tomar algo... Después de un viaje... ¿Verdad?

»Le agradó el ofrecimiento:

—Efectivamente, no me disgustaría tomar un bocado.

»Me precipité hacia el armario, donde quedaban aún sobras de la comida. Mi tío era hombre de

buen diente, capaz de pasarse doce horas comiendo. Le presenté primero unos filetes de vaca, sin otra idea que ganar tiempo, seguro de que le agradaban muy poco. Pero, suponiendo tal vez que no había otra cosa, tranquilamente apechugó con ello. Cuando comprendí que ya no tomaría más, le puse delante los restos de un pollo, media empanada, muy apetitosa, de jamón y ternera, patatas cocidas y aliñadas, una fuente de crema, y vino: todo lo que yo me había reservado para el día siguiente. ¡Oh! señor mío, ¡qué manera de tragar!... Y entre bocado y bocado, murmuraba:

—¡Chico! Tienes buena despensa...

»Yo hacía todo lo posible para obligarle á comer, para que no abandonara la mesa; y él se dejaba obsequiar sin resistencia ni desmayo. (Decían de mi tío en el pueblo que se hubiera comido un buey.)



»A las cinco de la madrugada ya lo había devorado todo. Yo estaba en ascuas. Entretuvimos aún más de una hora con el café y el chupeteo de licores. Pero, al cabo, se levantó y dijo:

—Enséñame tu casa.

»Yo estaba desesperado; le seguí, casi dispuesto á tirarme por una ventana... Entrando en la alcoba, desvanecido, me prometía un dichoso azar, una fortuna imprevista, y mi corazón palpitaba confiado, imbuído por no sé qué ilusoria esperanza.

»Victoria, después de levantarme yo, había cerrado las colgaduras de la cama. ¡Si el viejo sacerdote no fuese curioso, y pasara sin tocarlas!... ¡Ah, señor mío! Acercándose con la bujía en la mano, ¡zas!, de una sacudida las abrió. Habíamos quitado la colcha, y ella se había tapado hasta la cabeza con la sábana; pero se dibujaban, caballero, se dibujaban sus exuberantes curvas. Temblé como un accidentado, y se me hizo un nudo en la garganta. Mi tío se inclinó hacia mí, sofocando su risa, y al verle aquella cara tan risueña, estuve á punto de dar un salto hasta el techo; mi asombro no tenía límites.

»El viejo cura me dijo en voz baja:

—¡Hola! ¡Hola! ¡Qué bromista eres! Me largaste un embuste; no quisiste despertar á tu hermano. Ahora verás de qué manera le despierto yo.

»Y vi cómo se alzaba su dura mano de campesino; la vi caer y rebotar sobre la curva más redonda y saliente... Resonó un ¡ay! lastimoso, y agitóse la sábana como la superficie de un mar alborotado. Apareció, al fin, Victoria, incorporándose, con los ojos encendidos como dos faroles, mirando retroceder á mi tío, que se apartaba, horrorizado, con la boca de par en par, ahogándose... Caballero: el susto le había cortado la respiración.

»Completamente desesperado y aturdido escapé, corrí... Estuve seis días vagabundo y sin atreverme á entrar en casa. Cuando, á fuerza de reflexiones, un poco sereno y animoso, me decidí á volver, ni estaba ya el tío ni supe de Victoria...»

Patissot, muerto de risa, balbució:

—¡Lo creo!

Y el otro permanecía silencioso. Pero al cabo de algunos momentos, prosiguió:

—Aquella desdicha fué causa de que mi tío me desheredase, creyendo que aprovechaba yo las ausencias de mi hermano para correr aventuras.

«No volví á saber de Victoria; el tío no admitió explicaciones; toda la familia se puso de su parte; ni siquiera mi hermano quiso mitigar mi desgracia, y hasta después de la muerte de mi tío, cuya herencia fué sólo para él, me trata con desprecio como á un miserable calavera. Sin embargo, puedo jurar que desde aquella noche, nunca, nunca, nunca he tenido el menor deslíz amoroso. Hay situaciones que no se olvidan...»

—¿Y por qué frecuenta usted este sitio?—preguntó Patissot con sumo interés.

Y el otro, cuando hubo abarcado el horizonte con una escrutadora mirada, como si temiese que alguien le oyera, murmuró aterrado y dolorido:

—¡Huyo de las mujeres, caballero!



INTENTO AMOROSO

IMAGÍANSE muchos poetas que la mujer es el principal ornamento de la vida, y sin duda, por esta razón, la comparan á todo lo florido y perfumado, llamando á nuestra imprescindible compañera, rosa, lirio, clavel, etc., etc.

El ansia de ternura y sentimentalismo que se apodera de nosotros al atardecer, cuando el velo de la noche principia lánguidamente á flotar sobre los horizontes lejanos, y cuando todos los aromas y el vaho de la tierra nos embriagan, se traduce de ordinario en impropias manifestaciones líricas. Y el señor Patissot, como todos los mortales, también sintió ansias devoradoras de ternura, de caricias

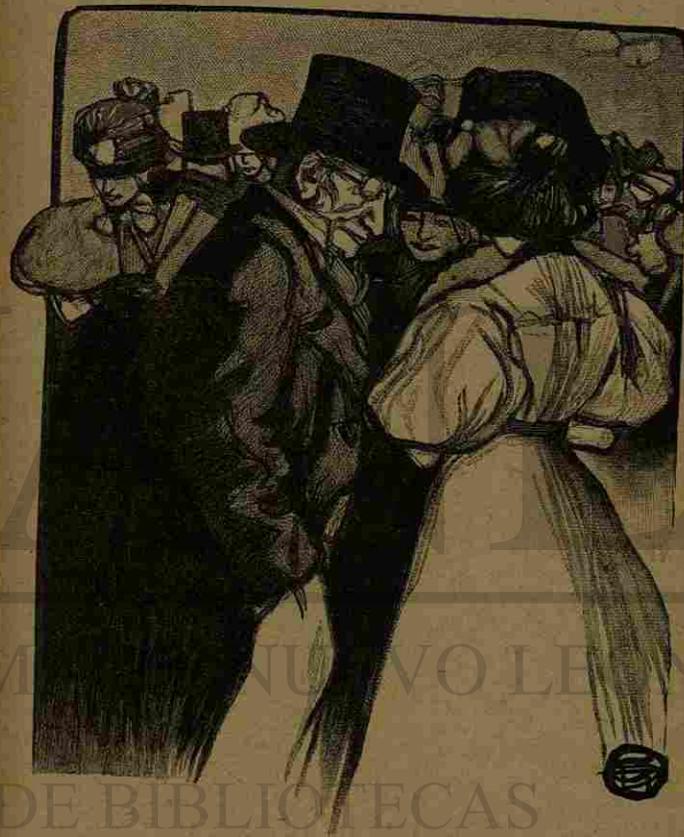
prodigadas y recibidas en las revueltas de los senderos, á los oblicuos rayos del sol, con las manos de una mujer entre sus manos.

Entreviendo el amor como un deleite sin límites, en sus horas de fantasía y ensueños delirantes, consagraba su agradecimiento al Creador, que puso tales encantos en las caricias humanas. Pero, no sabía dónde hallar la compañera indispensable. Aconsejado por un amigo, fué á un café cantante. Allí había muchas, y para todos los gustos; faltaba sólo elegir. Pero, encontrábase algo cohibido para decidirse, porque las ansias de su corazón eran sobre todo arrebatos poéticos, y la poesía no era sin duda la preocupación de tales hembras con los ojos cercados, y que sonreían de una manera perturbadora luciendo la blancura de sus dientes.

Al cabo, se decidió por una joven debutante de aspecto pobre y tímido, cuya mirada triste—síntoma de una enfermiza naturaleza—no estaba en absoluto exenta de poesía melancólica.

La citó para el día siguiente, á las nueve de la mañana, en la estación de Saint-Lazare.

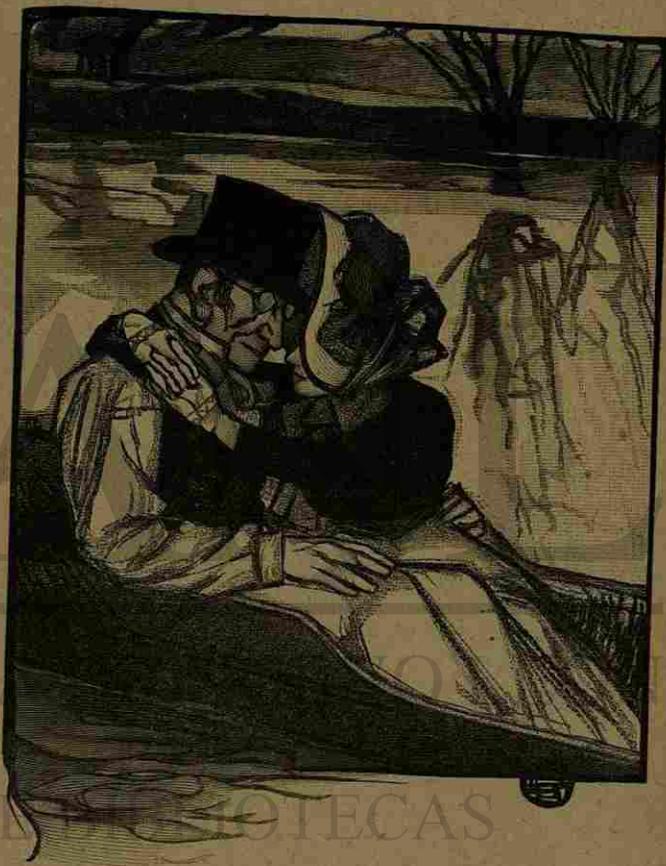
Ella no fué, pero tuvo la delicadeza de hacer que fuera en su lugar una de sus amigas.



Era una moza rubicunda, vestida patrióticamente con un traje tricolor, y llevaba un sombrero-túnel desmesurado, en el cual ocupaba la cabeza el centro. Quedóse Patisot un poco desconcertado, pero aceptó la substituta. Y tomaron billetes para Maisons-Laffitte, acudiendo al anuncio de las regatas y de unas grandes fiestas venecianas.

En cuanto subieron al vagón—ocupado ya por dos caballeros respetables y tres señoras que deberían ser, por lo menos, marquesas, á juzgar por su empaque—la moza rubicunda, que dijo llamarse Octavia, le instruyó á Patisot, con entonaciones de loro, de su mucha bondad y sencillez, de sus aficiones campestres y del goce que sentía correteando por las praderas, donde se cogen florecillas y se comen fiambres; y riendo, con una risa tan aguda que hacía estremecer los cristales, á punto de quebrarlos, le llamaba familiarmente á su compañero: «Chacho mío».

Avergonzábbase Patisot, al cual obligaba mucho á ser decoroso y reservado, su posición oficial. Pero, afortunadamente, Octavia se contuvo, y miraba de reojo á sus compañeras de viaje acometida por el deseo—que sienten con frecuencia las infe-



lices pecadoras—de trabar conversación con las mujeres respetables. A los cinco minutos, creyó haber discurrido un pretexto, y sacando un número del *Gil Blas* que llevaba en su bolsa, lo presentó finamente á una de las viajeras, ofreciéndoselo con mucha cortesía. La señora, estupefacta, negóse á tomarlo, con un gesto duro. Entonces la moza rubicunda, un tanto herida en su amor propio, comenzó á disparar insinuaciones y frases de doble sentido, hablando en alta voz, para que se oyera bien, de las mujeres que *presumen*, que *se dan tono*, y valen menos que *las otras*. De cuando en cuando soltaba una expresión mal sonante, que hacía el efecto de una bomba estallando entre la dignidad glacial de los viajeros.



Al fin llegaron. Patissot, al apearse del tren, quiso dirigirse inmediatamente hacia lo más agreste del parque, suponiendo que la soledad poética del bosque apaciguaria la iracunda exaltación de su compañera, suavizándola. Pero la exaltó en sentido contrario. Al verse á la sombra de las ramas, al pisar la hierba, se puso á cantar desafortadamente pasajes de ópera, archivados en su cabeza de chorlito; trinando, pasaba del *Roberto* á *Dinorah* y retorcia las frases apasionadas con voz estridente, acentuando mucho la nota sentimental.

De pronto, sintiendo apetito, propuso que fueran á almorzar. Patissot, en espera de las ternuras y de las caricias ansiadas, quiso retenerla. Octavia se disparó:

—Supongo que no me has traído para matarme de hambre y aburrirme, ¿verdad?

Se dirigieron hacia la fonda, *Le Petit-Havre*, muy cerca del sitio donde se verificarían las regatas.

Octavia encargó un almuerzo interminable, una serie de platos que no acababa nunca. Y mientras preparaban todo aquello—suficiente para un batallón—hizo que la llevaran una lata de sardinas.

Con tal furia se arrojó sobre los pescaditos en aceite, que parecía dispuesta á devorar hasta el envase; pero en cuanto hubo comido un par de sardinas, advirtió que ya estaba satisfecha, que no probaría ni un bocado más y que sólo deseaba ir á ver los preparativos de las regatas.

Patissot, alterado y sintiendo un hambre canina, se opuso á levantarse de la mesa con el almuerzo encargado y sin almorzar. Ella se fué diciendo que á los postres la esperara; y el oficinista comió solitario, silencioso, preocupándose inútilmente de su pasado ensueño amoroso, cuya realización era muy difícil teniendo que vencer las impetuosidades y las indiferencias de aquella hembra rebelde.

La moza no volvía, y Patissot, aburrido ya de tan larga espera, se decidió á salir en su busca.

Octavia se había incorporado á un grupo de amigos, bateleros de afición, que iban casi desnudos y, sofocados, encendidos, gesticulaban junto á la casa del constructor de botes Fournaire, discutiendo acaloradamente las condiciones del concurso.

Dos caballeros de apariencia respetable — sin duda jueces de las regatas—les oían con agrado.

Al ver llegar á Patissot, la moza, que se apoyaba

en el brazo robusto y negro de un amigo—de un joven que tendría sin duda más desarrollado el bíceps que las circunvoluciones cerebrales—acercan-



do sus labios á la oreja de su acompañante, pronunció algunas palabras.

El batelero limitóse á responder:

—Comprendido.

Y Octavia corrió hacia el oficinista, risueña, con la mirada retozona, casi amante.

—Quisiera dar un paseo en lancha por el río—insinuó.

Muy satisfecho al verla tan amable y asequible, Patissot accedió inmediatamente al nuevo capricho y fué á tomar un bote.

Pero la moza negóse obstinadamente á ir hacia donde se corrían las regatas, á pesar del empeño de Patissot.

—Me agrada más un sitio solitario, sola contigo, ¡mi vida!

Un estremecimiento sacudió todas las fibras del empleado. Quitóse la levita y se puso á remar con alma.

Un molino vetusto, cuyas ruedas carcomidas ya no hundían sus paletas en el agua, cubría con sus dos arcos un estrecho brazo del río. Atravesaron lentamente y descubrieron al otro lado un retiro apacible y encantador, á la sombra de árboles que unían sus copas formando una especie de bóveda. El estrecho brazo de agua revolviéndose, formaba curvas y recodos infinitos y ofrecía sin cesar horizontes nuevos, anchas praderas á un lado, y al otro una colina cubierta de jardines y casas de recreo. Pasaron frente á un balneario casi escondido en la enramada, un delicioso escondrijo campestre, donde algunos caballeros muy enguan-

tados junto á varias señoras primorosamente acicaladas, ofrecían todo el ridículo encogimiento de los elegantes en el campo.



La moza lanzó un grito de alegría.

—¡Nos bañaremos! ¡Ahí nos bañaremos después!

Más adelante quiso hacer alto en una especie de bahía.

—Ven, acércate, chacho mío; acércate mucho á mí.

Echándole al cuello los brazos, apoyó la cabeza en un hombro de Patisot, balbuciendo:

—¡Qué gusto! ¡Qué bien estoy así! ¡Qué alegría siento! ¡Qué deliciosa es el agua!

Patisot hallábase por completo sumergido en un baño de felicidad, y radiante de gozo, pensaba con lástima en los bateleros idiotas que, incapaces de sentir el encanto, la frescura penetrante de los remansos á la sombra de los árboles, van siempre sofocados y sudorosos, embrutecidos por el esfuerzo que realizan, desde la barraca donde almuerzan á la barraca donde comen.

Tan deliciosa placidez le adormeció; y al despertar... estaba solo. Llamó á su compañera; nadie le respondía. Inquieto, azorado, encaramóse á lo más alto de una roca para descubrir un buen trozo del río, queriendo investigar, temeroso de una desdicha.

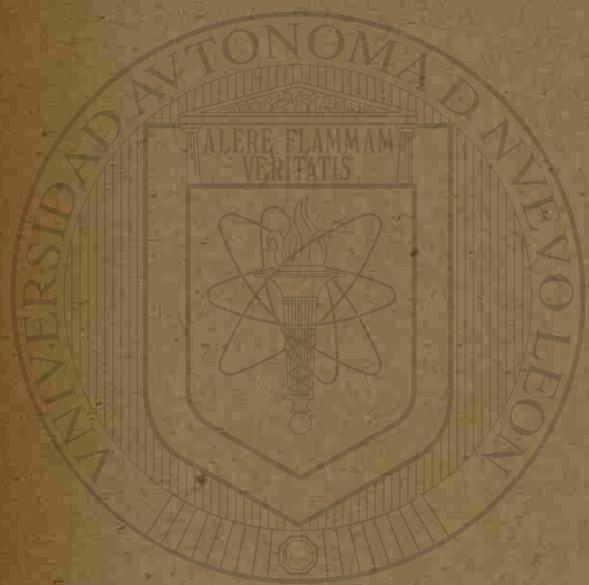
Y, á lo lejos, dirigiéndose hacia él, descubrió un esquife diminuto, que cuatro remeros agita-

dos y enrojecidos hacían avanzar como una flecha.

Luego vió á una mujer que manejaba el timón... ¡Cielos!... Parecía... ¡Ella!

Octavia iba cantando una barcarola con voz desafiada y al compás de los remos. Al pasar cerca de Patisot interrumpió su copla, y tirándole un beso le gritó:

—¡Que te diviertas, mamarracho!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



UN BANQUETE Y ALGUNAS IDEAS

CON motivo de los festejos patrióticos, el señor Perdrix (Antonio), jefe del negociado á que Patissot correspondía, fué agraciado con el título de caballero de la Legión de Honor. Llevaba treinta años de servicios con las formas de gobiernos anteriores y diez de sumisión á la República.

Sus subordinados— aun cuando protestaban de aquella recompensa, deseosos de otra más ventajosa para todos— creyeron conveniente regalarle las insignias, con diamantes al carbono; y el nuevo caballero, para corresponder á la finura, les ofreció una comida: el domingo inmediato, en su residencia de Asnieres.

La casa, decorada conforme al estilo moruno, tenía el aspecto de un café cantante; pero su emplazamiento realzaba su valor, porque la vía férrea, cortando el jardín en toda su extensión, pasaba á 20 metros de la puerta. En el centro del obligatorio ruedo de césped, aparecía el imprescindible estanque de cemento romano, con los inevitables peces de colores, y un surtidor, semejante á una jeringa, reflejaba de vez en cuando microscópicos arcos iris que maravillaban á los visitantes.

El abastecimiento de aquel irrigador, era motivo de muchas cavilaciones para el señor Perdrix, que se levantaba con frecuencia muy de madrugada para llenar el depósito. Dábale á la bomba con ensañamiento, en mangas de camisa, con el abultado vientre rebosante, fuera del pantalón, para tener el gusto, al regresar de la oficina, de abrir las llaves y suponer que un fresco apacible inundaba el jardín. El día del banquete



oficinesco, todos los invitados, uno tras otro, á medida que llegaban, sentían el mismo asombro y las propias admiraciones al considerar el delicioso emplazamiento de la finca. Y cada vez que un tren se aproximaba, el señor de aquellos dominios predecía su ruta y el término de su viaje: Saint-Germain, Havre, Cherbourg, Dieppe. Para divertirse, todos hacían señas y dirigían saludos á los viajeros asomados á las ventanillas. Era una broma de buen género y que á nadie podía molestar.

Hallábase reunido en la mansión del jefe, señor Perdrix, todo el personal de su negociado.

El señor Capitaine, jefe segundo.

El señor Patissot, oficial primero.

Los señores de Sombreterre y Vallin, mozalbetes elegantes que frecuentaban la oficina lo menos posible, oficiales terceros.

El señor Ladé, famoso entre sus camaradas, por sus teorías disolventes, oficial cuarto.

El señor Boivin, auxiliar.

Daban asunto á muchas discusiones las ocurrencias del señor Ladé. Unos le creían *revolucionario* y otros *fantaseador*. Pero todos hallábanse conformes en juzgarle inoportuno. Flaco, de poca esta-

tura, con los ojos encendidos y la melena gris, era ya viejo y había despreciado siempre las funciones administrativas. Muy aficionado á manejar toda clase de libros, cuya lectura devoraba, y hombre de carácter indómito, en rebeldía constante, apóstol de la verdad y enemigo de las preocupaciones arraigadas; tenía una manera clara y paradójica de presentar sus argumentos que desconcertaba de pronto á los imbéciles engreídos y á los desengañados ignorantes.

«Es un viejo loco»—decían algunos.

«Un demoledor»—afirmaban otros.

Y su poca fortuna, su mala carrera, servían de argumento contra el infeliz á los advenedizos de pocos alcances.

La independencia de su criterio y la desenvoltura de sus juicios, le hacían temible, y sus colegas, horrorizados, extrañaban que no se le hubiese dejado cesante cien veces.

Al sentarse á la mesa, el señor Perdrix pronunció algunas frases, muy oportunas, agradeciendo á sus «colaboradores» el interés y la simpatía que le demostraban, y prometiéndoles ayuda, tanto más eficaz, cuanto mayor fuera su encumbramiento; re-

matando con una loa elocuente á los gobernantes que premian el mérito, buscándolo y ensalzándolo entre los humildes.

El señor Capitaine, jefe segundo, tomó la palabra en nombre de los demás, felicitando, congratulándose, y saludó, exaltó, cantó alabanzas de todos. Ambos discursos fueron recibidos con aplausos entusiastas. En seguida comenzaron á comer seriamente.

Aun cuando la conversación languidecía, falta de asuntos interesantes, fué todo bien hasta los postres. Pero, tomando el café, desencadenóse de pronto la elocuencia demoledora del señor Lade.

Hablaron de amor—naturalmente—y un soplo de caballeresco romanticismo estremeció, exaltándolos, aquellos corazones de oficinistas. Alabaron la hermosura femenina, las excelencias de la mujer, la delicadeza de su alma, su aptitud para sentir lo exquisito, su facilidad para comprender lo intrincado, su intuición juiciosa y su adorable delicadeza.

El señor Lade protestó, rechazando con mucha energía el calificativo de «bello sexo» que se aplica—indebidamente, según su opinión—á las muje-

res, y para replicar á las protestas indignadas y ruidosas de sus compañeros, citó algunas autoridades:

—Schopenhauer, caballeros, Schopenhauer; el gran filósofo alemán venerado en Alemania, dice: «Hace falta que la inteligencia del hombre se halle por completo embotada, ciega de amor, para su poner «bello» á un sexo de menguado cuerpo, estrecha espalda, salientes caderas y piernas torcidas. Toda la belleza de la mujer, se reduce al instinto del amor. En vez de llamarlo bello, hase debido llamar al sexo femenino *antiestético*. Las mujeres desconocen el sentimiento y la inteligencia de la música, tanto como el sentimiento y la inteligencia de la poesía y de las artes plásticas; todo es en ellas arte de imitación, pretexto, prurito, afectación explotada por el deseo de agradar.»

—El hombre que ha dicho eso, es un imbécil— afirmó el señor de Sombreterre

Sonriendo, el señor Lade, continuó:

—El juicio que merecieron á Rousseau, no es más favorable; vedlo, señores: «Las mujeres, en general, desconocen las artes, no tienen apego á lo artístico y carecen de inteligencia».

El señor de Sombreterre, haciendo un gesto desdenoso, dijo:

—Rousseau es tan estúpido como el otro; no prueba usted nada.

El señor Lade sonreía y prosiguió:

—Lord Byron, amante de las mujeres, las trata mucho peor: «Es justo que se las alimente y se las vista bien; pero no debieran intervenir en negocios de los hombres; que se las instruya en religión, pero no en política ni en arte, que no entienden; para su capacidad, bastan devocionarios y libros de cocina.» Eso dijo el famoso poeta que las amaba. Y, ciertamente, apoya la experiencia sus reflexiones. Todas las mujeres aprenden música y pintura, y entre todas no han hecho un buen cuadro ni una ópera. ¿Por qué, señores? Porque las mujeres forman el *sexus sequior*, el sexo secundario en todos conceptos, auxiliar solamente del otro.

El señor Patissot, exaltándose, dijo:

—¿Y Jorge Sand, caballero?

—Excepcional, en absoluto excepcional; no es un ejemplo, es un caso único. Veamos ahora las opiniones de un gran filósofo inglés, Herbert Spencer, el cual dice: «Cada sexo, bajo la influencia de es-

timulos determinados, puede manifestar facultades reservadas generalmente al otro. Así, para citar sólo una experiencia extraordinaria, con una excitación especial, se puede conseguir que los pechos de un hombre produzcan leche. Se dió el caso, en tiempos de ruda escasez, de salvar por semejante procedimiento á una criatura huérfana de madre. Sin embargo, no incluiremos en los atributos del macho atender á la lactancia de sus hijos. De igual modo la inteligencia de la mujer, que puede proporcionar en ciertas ocasiones frutos muy bien sazonados, no se toma en cuenta, como factor social, cuando se define la naturaleza femenina...»

El señor Patissof, herido por estas frases en todas las fibras de su corazón caballeresco, declaró:

—Usted, caballero, ha debido renunciar sus derechos de ciudadano francés. La galantería francesa es una de las formas del patriotismo.

El señor Lade aprovechó la oportunidad para decir:

—El patriotismo no es cosa indispensable. Yo tengo el menor posible.

Un escalofrío corrió entre los comensales, mientras el señor Lade proseguía tranquilamente:

—¿Consideráis que la guerra es una monstruosidad, y la costumbre de hacer matanzas de hombres, por todos los pueblos conservada, un estado permanente de salvajismo? Teniendo un solo bien efectivo, *la vida*, ¿consideráis odioso que los gobiernos, en lugar de proteger la existencia de los ciudadanos, la sacrifiquen obstinadamente? Lo condenáis como yo lo condeno, ¿verdad? Pues bien; si la guerra es algo abominable y odiosa, ¿qué será el patriotismo que provoca y protege la guerra contra la piedad y la razón de los hombres? Cuando un ladrón asesina, su crimen tiene por objeto el robo. ¿Pero qué objeto se propone un soldado al ensartar con la bayoneta ó abrir el cráneo de un tiro á otro soldado?

Corrió en torno de la mesa un malestar, una inquietud visible.

Uno dijo:

—Hay cosas que pueden pensarse, pero no decirse.

Patissof añadió:

—Todos los razonamientos van á estrellarse contra los principios respetados por las gentes honradas.

—¿Cuáles?—preguntó el señor Lade.

Y el señor Patisot, dando á sus palabras un tono solemne, dijo:

—La moral, caballero.

El señor Lade, radiante de gozo por el giro que tomaba la polémica, insistió:

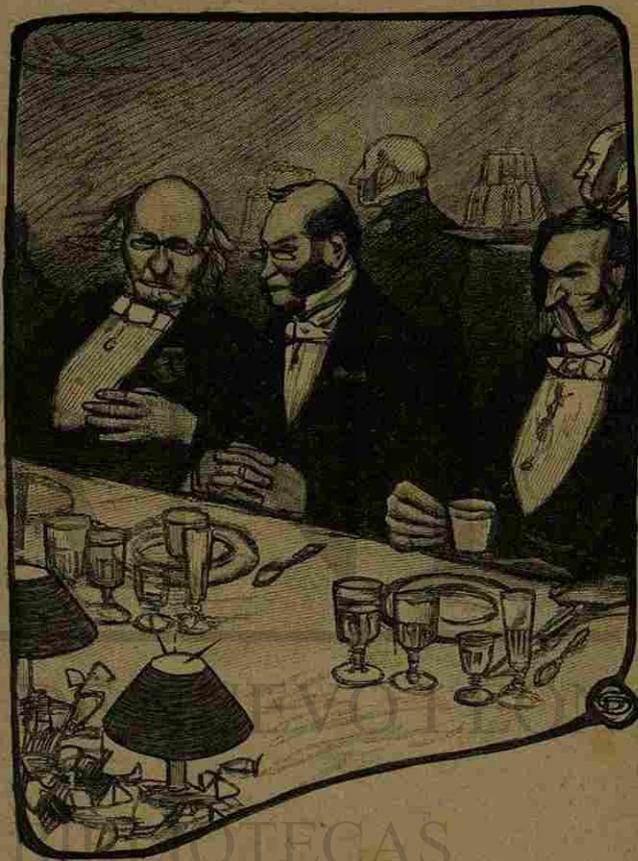
—Un ejemplo, uno solo; permítanme citar un solo ejemplo. ¿Qué opinión les merece un hombre que vive á expensas del cariño de una mujer, un chulo?

Esta pregunta hizo deplorable impresión.

—Les parece asqueroso, ¿verdad? ¡Lo comprendo! Pues bien: hace un siglo, nada más un siglo, que un caballero muypreciado y sutil en asuntos de honor, estando en relaciones amorosas con una dama noble y rica, no se avergonzaba de vivir á sus expensas ni de sacarle todo el dinero posible; al contrario, era para él un orgullo y nadie lo suponía un exceso deshonoroso. Queda probado que los principios de moral cambian con las épocas, y por lo tanto...

Visiblemente contrariado el señor Perdrix, le interrumpió:

—Toda sociedad necesita, para existir, una base,



reglas de conducta, *principios*. Vea usted en política, por ejemplo: el señor Sombreterre, legitimista; el señor Vallin, orleanista; el señor Patissot y yo, republicanos: opiniones bien distintas; pero como cada uno atiende á la propia con arreglo á sus principios, todos nos entendemos perfectamente.

Al oír esto el señor Lade, advirtió:

—Caballero: también yo tengo mis *principios* arraigados.

Patissot, levantando la cabeza desdeñoso, dijo fríamente:

—Me agrada conocerlos.

El señor Lade, no se hizo rogar.

—Ahí van, señores. Primer principio: el gobierno en manos de un hombre solo es una monstruosidad. Segundo principio: restringir el sufragio, es una injusticia. Tercer principio: el sufragio universal, es una estupidez. Voy á demostrarlo todo. En efecto: entregar millones de hombres, entre los cuales habrá inteligencias privilegiadas, artistas y sabios, á la voluntad, al capricho de uno que puede sacrificarlo todo en un momento de alegría, de locura, de odio; uno, árbitro de malgastar las rique-

zas ganadas por todos y de comprometer millares de vidas en un combate... No es preciso discurrir mucho para ver en esto una intolerable aberración. Y admitiendo que los pueblos deban gobernarse por sí mismos, también es una injusticia notoria excluir á una parte de los ciudadanos con un pretexto cualquiera. Esto es claro; no admite duda. Queda el sufragio universal; á nadie se le quitan derechos, todos los ciudadanos los disfrutan. Sabido es que los hombres de genio escasean, ¿verdad? Vamos á correrlos un poco, á suponer que actualmente haya cinco en Francia. Supongamos también que hay 100 hombres de talento excepcional, 1.000 entre varias clases de talentos; y 10.000 superiores al vulgo, por su cultura, por algo que los distinga. Tenemos un Estado Mayor de 11.105 individuos, á los cuales acompaña un ejército de medianías y sigue una muchedumbre de imbéciles. Como el número de medianías y de imbéciles (casi toda la humanidad) es aplastante, resulta un absurdo que puedan elegir un gobierno inteligente. Razonando con lógica me vería precisado á considerar el sufragio universal como el único principio admisible... si no fuera inaplicable. Que á la for-

mación del gobierno concurren todas las fuerzas vivas de un país, que se hallen representados en el gobierno todos los intereses, que sean atendidos todos los derechos: es un ideal, sólo un ideal; porque la única fuerza que se puede medir, el número, es precisamente lo más torpe y lo más inútil. Yendo cada hombre al sufragio con un voto, los ignorantes derrotarán á los inteligentes. Para que un sufragio fuera expresión de la verdad, cada hombre debería tener cierto número de votos proporcional á sus facultades. Cuando el voto de un artista valiera como el de cien traperos, y el de un agricultor ilustrado como el de mil destripaterrones, equilibrándose las fuerzas, podría obtenerse una digna representación nacional. Pero á eso no puede llegarse. Termino, formulando mis conclusiones: antes, el hombre sin oficio ni beneficio, se hacía fotógrafo; ahora se hace diputado. En tales circunstancias, el poder incapaz y desmayado, será impotente para todo; ni pena ni gloria. En cambio, un rey absoluto, si es torpe, daña; pero si es inteligente, hace bien. Lo difícil es que sea inteligente. De tal modo estimo las tres formas de gobierno intentadas, que...

me declaro anarquista, es decir, partidario de la menor autoridad posible, enemigo irreconciliable del poder, que siempre y en todas formas resulta odioso.

En torno de la mesa se alzaban clamores indignados; todos á una voz, republicanos, legitimistas y orleanistas, protestaban. Sobre todo, el señor Pattissot, furioso, encendido, lanzó á la cara del refractario este apóstrofe:

—¡No tiene usted creencia ninguna!

Y el otro respondió tan fresco.

—Ninguna.

La cólera de todos manifestóse ruidosamente, y al señor Lade le fué imposible continuar.

El señor Perdrix, revestido con su carácter de jefe, puso término á la discusión.

—¡Basta, caballeros, basta! Cada cual tiene sus opiniones, y nadie puede admitir las ajenas en menoscabo de las propias.

Pareció muy atinado el juicio; pero el señor Lade, impertérrito, quiso dar la nota final:

—Mi ley única, se compendia en una frase: *No quieras para otro, lo que no quieres para ti.* A ver quién es capaz de rebatírmela.

Nadie le contestó; pero, hablando entre dientes de dos en dos, algunos afirmaban:

—Este hombre discurre. A veces da en el clavo. Merecería que lo ascendieran y lo trasladasen... á una casa de locos.



SESIÓN PÚBLICA

A uno y otro lado de una puerta, sobre la cual decía un letrero SALA DE BAILE, dos carteles rojos anunciaban, el domingo, cosa muy distinta de un recreo juvenil.

Quando iba de paseo tranquilamente hacia la estación, después de almorzar, el señor Patissot, atraído por la nota deslumbrante de aquellas dos tiras de papel, se detuvo y leyó:

Asociación General Internacional

PARA LA

Reivindicación de los derechos de la Mujer,

COMITÉ CENTRAL

SOLEMNE SESIÓN PÚBLICA

bajo la presidencia de la ciudadana librepensadora Zoé Lamour, y de la ciudadana nihilista rusa Eva Schourine, con el concurso de una comisión de ciudadanas, representantes del Círculo Independiente del Pensamiento Libre, y de un grupo de ciudadanos adheridos.

La ciudadana Cesarine Brau y el ciudadano Sapiencia Cornut—que acaba de cumplir una condena—tomarán la palabra.

Precio: UN FRANCO la entrada.

Una señora de cierta edad, con gafas, gravemente apostada junto á una mesa cubierta con un tapete, recibía el dinero.

Patissot entró.

En la sala, ya casi llena, sentíase un cierto he-



dor, como de perro mojado, que despiden las ropas de las solteras, y reminiscencias de los perfumes canallescós é incitantes usados por las mozas que asisten de ordinario á los bailes públicos.

Buscando cuidadosamente, halló el oficinista un asiento vacío en segunda fila, entre un señor viejo, condecorado, y una joven obrera de mirada vivaz y con los mofletes jaspeados.

La mesa estaba ya constituida.

La ciudadana Zoé Lamour, una maciza y hermosa morena, lucía sobre su pelo negro flores rojas, compartiendo la presidencia con una rubia insignificante, la ciudadana Eva Schourine, nihilista rusa.

Más abajo, la ilustre ciudadana Cesarina Brau, apodada *Vuelca-hombres*, una buena moza, estaba junto al ciudadano Sapiencia Cornut—que acababa de cumplir una condena—un viejo fornido, con largas crines y aspecto feroz, cuyos ojos iban de uno á otro extremo de la sala, como los de un gato frente á una pajarera.

A la derecha, una comisión de antiguas ciudadanas, ignorantes de la dicha matrimonial, consumidas en el celibato forzoso, exaltadas por una espera interminable, hallábase frente á frente de un grupo de ciudadanos reformadores de la humanidad, colocado á la izquierda. Estos no se habían recortado jamás las barbas ni el cabello, para indicar, sin duda, lo infinito de sus aspiraciones.

El público era muy vario.

Las mujeres, en su mayoría, pertenecían á la raza de porteras y de vendedoras. Abundaba el

tipo de la solterona inconsolable, destacando su enjuta palidez entre los rostros colorados y robustos de las burguesas. Tres colegiales, que fueron allí sólo para ver mujeres, cuchicheaban en un rincón. Algunas familias habían entrado por curiosidad.

En primera fila, un negro, con traje de hilo crudo, un negro rizado, magnífico, miraba obstinadamente á la presidencia, riendo, con la boca extendida de oreja á oreja, y con su risa constante y silenciosa, lucía sus dientes blancos y brillantes. Reía, sin ruido, sin agitación, como un hombre satisfecho, encantado. ¿A qué fué? Se ignora. ¿Creyó tal vez que aquello era un teatro? Tal vez su inteligencia obscura, bajo su agreste cabellera negra, meditó: «Es graciosa, muy graciosa esta farsa. En el Ecuador no se divierte la gente como aquí.»

La ciudadana Zoé Lamour, abrió la sesión pronunciando un discursito.

Recordó la esclavitud constante de las mujeres desde los orígenes de la humanidad, su destino siempre obscuro y heroico. La comparó al pueblo antiguo, al pueblo que sufría la opresión de reyes y aristocracia, llamándola *eterna mártir*, porque no

hay un hombre que no sea un *amo*; y en un arranque lírico, exclamó: «El pueblo tuvo su 89: que la mujer tenga también el suyo; el hombre oprimido, trama la *Revolución*, el cautivo rompe su cadena, el esclavo conquista su libertad. ¿Por qué no imita la mujer el ejemplo de su tirano? ¡Rebelémos también! ¡Rompamos las duras cadenas del matrimonio y de la servidumbre! ¡A la conquista de nuestros derechos! ¡A la revolución! ¡Un movimiento general se impone!»

Al terminar hubo aplausos tempestuosos. El negro, delirante de alegría, perdió la serenidad de su goce tranquilo y dió tales cabezadas, hizo tales contorsiones, que su frente golpeaba en sus rodillas.

La ciudadana nihilista rusa, Eva Schourine, se puso en pie, y dijo con voz penetrante y destemplada:

—Soy rusa. Enarbolé una bandera de rebeldía; esta mano abofeteó á los opresores de mi patria, y os declaro aquí, mujeres francesas, que bajo todos los climas, y en todas las tierras, me hallo preparada siempre á combatir contra la tiranía del hombre, á vengar el sacrificio de la mujer, odiosamente oprimida.



Estalló un tumulto de aprobación, y el ciudadano Sapiencia Cornut, levantándose, acarició con su mano vengadora sus barbas amarillas.

Desde aquel momento la ceremonia tomó un carácter verdaderamente internacional.

Una tras otra se levantaron las ciudadanas re-



presentantes de todas las naciones. Habló primero una alemana, obesa, con una vegetación craniana semejante al cáñamo sin cardar, y dijo confusamente:

—Quisiera poder expresar todo el goce que ha experimentado Alemania cuando ha sentido el rudo movimiento de las mujeres francesas. Nuestros pechos—y golpeaba el suyo—se han estremecido, y

nuestra, nuestro... No sé cómo expresarme; pero siempre nos tendréis con vosotras.

Una italiana, una española, una sueca, dijeron algo parecido con palabras incoherentes; y al fin, una inglesa desmesurada, cuyos dientes eran semejantes á herramientas de jardinería, dijo:

—He corrido á traerlos las adhesiones de la libre Inglaterra, que admira y aplaude vuestro heroico intento de rebeldía y emancipación. ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurrah!

El negro dió tales gritos de loco entusiasmo, hizo tales contorsiones (pataleando sobre los respaldos de las butacas y golpeándose los muslos con las manos furiosamente), que dos comisarios de la sesión tuvieron que intervenir para calmarle.

—¡Histéricas! ¡Todo histerismo!—balbució el viejo que se hallaba sentado junto á Patissot.

Patissot, creyendo que había motivo para pegar la hebra, preguntó:

—¿Qué dice usted?

El viejo repuso:

—Nada; fué una exclamación, caballero. Esas mujeres que se reunen aquí, son histéricas.

Patissot, agradablemente sorprendido, insistió:

—¿Las conoce usted?

—¡Algo! Zoé Lamour estuvo en un convento, de novicia. Y va una. Eva Schourine, fué perseguida como incendiaria y los médicos forenses la declararon loca. Y van dos. Cesarina Brau, es una intrigantuela que se propone dar que decir y darse á conocer. Allí veo tres más, que yo he asistido en mi Clínica. En cuanto á las desesperadas solteronas que nos rodean, y són aquí mayoría, no hay que decir.

Hubo siseos precursores de un silencio profundo. El ciudadano Sapiencia Cornut—que acababa de cumplir una condena—se levantó, paseando por la sala sus ojos feroces. Luego, con una voz cavernosa y terrible, dijo:

—Hay palabras poderosas como leyes naturales, resplandecientes como el sol, resonantes como el trueno: ¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad! Esas palabras, sirven á los pueblos de bandera. A su sombra los hombres combatimos las tiranías. Ahora, mujeres, debéis imitarnos, esgrimiendo esas palabras, correr á la conquista de la independencia. Sed libres; libres en el amor, en el hogar, en la patria. Hacednos iguales á nosotros en la familia, iguales en

sociedad; sobre todo, iguales en los asuntos políticos y ante la Ley. ¡Fraternidad! Sed nuestras hermanas, las confidentes de nuestros proyectos grandiosos, nuestras compañeras valerosas. Haced lo posible para que se os considere como á media humanidad, y no como á una parte inferior y mezuquina de la humanidad.

Por ese camino, metióse luego en la política trascendental, desarrollando planes vastos como el mundo, hablando del alma de las sociedades y prediciendo la República Universal, cimentada en tres columnas incommovibles: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Cuando terminó, el entusiasmo hizo estremecer el edificio. El señor Patisot, dirigióse al viejo para decirle:

—Debe ser algo loco.

El viejo contestó:

—Nada. Como ese, hay millones de ciudadanos en todo el mundo. No están locos. Están *instruidos*.

Patisot no comprendía bien.

—¿Instruidos?

—La instrucción popular es la causa. En cuanto

saben leer y escribir, la estupidez latente los invade.

—¿Usted supone, caballero, que la instrucción?.....

—Verá lo que me propuse decir. ¿Tiene usted un reloj? ¡Pues bien: rómpale una pieza y llévelo al ciudadano Cornut para que se lo componga. El ciudadano Cornut le dirá que no es relojero. Pero, si algo se rompe ó se descentra en la máquina social, mucho más complicada que la del reloj, el ciudadano Cornut y otros muchos ciudadanos que no son relojeros ni tienen oficio, se consideran aptos para echarle un remiendo y hacer de pronto la compostura. Creo, señor mío, que aún carecemos de una clase directora, formada por hombres capaces de manejar el poder, hombres instruidos por otros hombres que supieran manejarlo. Hace falta un colegio de gobernantes, como hay un colegio militar y un colegio de medicina...

Otra vez los siseos impusieron silencio.

Un joven de apariencia melancólica ocupó la tribuna, y dijo:

—Señoras: he pedido la palabra para combatir vuestras teorías. Reclamar para la mujer derechos



civiles iguales á los del hombre, me parece lo mismo que poner término á toda influencia femenina. El aspecto de la mujer acredita que no vino al mundo para realizar rudos trabajos físicos ni prolongados esfuerzos intelectuales. Su misión es otra, no menos interesante: poetiza la existencia. El atractivo de su gracia, la tentación de sus ojos, el encanto de su sonrisa, bastan para dominar al hombre, dueño del mundo. Todo es del hombre, y el hombre, por vosotras apasionado, es vuestro. ¿De qué os quejáis? Desde un principio la mujer fué soberana y dominadora. En todo interviene. Para ella se hace todo: en ella se cifran los triunfos y las hazañas. Pero, en cuanto seáis política y civilmente iguales al hombre, os mirará como á un rival, deshaciéndose de pronto el encanto que ahora constituye vuestro poder. Y, como somos indudablemente más vigorosos, mejor dotados para toda clase de luchas y estudios, vuestra inferioridad ha de convertirnos entonces en verdaderas oprimidas. Ahora, tenéis la mejor parte; sois el ensueño, la ilusión, el encanto, la recompensa. No seáis ambiciosas en vuestro daño. Además: nada conseguiríais.

Le interrumpieron silbidos feroces.

El viejo le dijo á Patisot, levantándose para irse:

—Un poco romántico es el mozo; pero discurre bien. ¿Quiere usted que salgamos á tomar un vaso de cerveza?

—Con mucho gusto.

Y salieron, mientras la ciudadana Cesarina Brau iniciaba una réplica terrible.





U A N L

VERSOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*A Gustavo Flaubert,
al ilustre y paternal amigo,
al irreprochable maestro.*

Guy de Maupassant. 



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL MURO

Las ventanas se abrieron. Alumbrado
el salón dejó ver sus resplandores;
gran claridad con paso apresurado
se extendió por el césped y las flores.
El jardín, allí abajo, parecía
de la orquesta del baile á los rumores
unir su inextinguible melodía.
La tibia brisa nocturnal, cargada
de olor á hojas y á heno, suavemente
rozó los hombros; se sintió mezclada
al aroma del campo floreciente
la esencia de la carne perfumada.
De las luces temblaron los destellos.
A un tiempo aspiró el alma embelesada
flores en el jardín y en los cabellos.
Del cielo, herido por mil luces bellas,
al través de la sombra prolongada
bajó á nosotros un olor á estrellas.
Las mujeres, sentadas muellemente,
veían agitarse las cortinas,
cual hincha el vendaval velas marinas,

y pasaba el ensueño por su frente
 —al contemplar del celestial tesoro
 de sombra y luz los peregrinos rastros—,
 de un largo viaje por el cielo de oro,
 cruzando el Océano de los astros.
 Un tierno afán su corazón henchía;
 un ansia de querer más todavía
 y decir en voz baja arrulladora
 cuanta dulzura el ánimo atesora
 La música, aromada parecía;
 era la brisa nocturnal sonora,
 y de los ciervos el bramar se oía.
 De súbito un ligero calofrío
 pasó á las damas por su blanco traje;
 calló la orquesta y se esparció el gentío.
 Tras negro bosque y en ribazo agudo,
 la luna, como fuego entre el ramaje,
 mostró su rostro enorme, rojo y mudo,
 para alzarse después sola y redonda
 á remontarse en el lejano cielo,
 como pálida faz que el mundo ronda.
 Por los senderos del jardín sombrío,
 donde agua mansa parecía el suelo,
 perdióse cada cual á su albedrío.
 Las damas, pensativas, avanzaban,
 sin que atinase á bromear ninguna;
 que algo en el fondo de su ser llevaban
 de aquella triste claridad de luna.

La noche le hace al hombre enamorado...
 Las brisas de la noche acarreaban
 todas las languideces del pecado.
 Yo, que vestí mi corazón de fiesta,
 iba al azar, cuando una alegre risa
 interrumpió mi marcha en la floresta.
 Era la hermosa, imán de mi deseo,
 nunca á las preces de mi amor sumisa.
 —Deme el brazo—me dijo amablemente—.
 Por el jardín daremos un paseo—.
 Y á los acordes de su risa aguda,
 añadió, con travieso discreteo,
 que la luna en el cielo es una viuda.
 «No llegaremos al final—decía—,
 que del jardín muy largo es el camino
 y traigo yo, la fiesta lo exigía,
 el traje nuevo y el calzado fino.
 Volvamos, pues.» Con dulce atrevimiento
 su brazo enlazó al mío. La hojarasca
 y su falda á la vez agitó el viento,
 y el aire entonces se tornó borrasca.
 Por sombría alameda proseguimos;
 bajábamos la voz hasta el exceso
 y entre los ecos de la sombra oímos
 alguna vez como el rumor de un beso.
 Entonces su sonora carcajada
 se dejaba escuchar; luego, un instante,
 yo ensimismado y ella ensimismada,

veíamos pasar á algún amante
buscando entre las sombras á su amada.
En la arboleda el ruiseñor gemía;
lejos la codorniz le respondía.

Blanca muralla, alzándose arrogante,
paró con brusquedad nuestro andar lento,
cual se eleva un palacio de diamante
á lo mejor, en la mitad de un cuento.
Acechar nuestro paso parecía.

Ella dijo: «Este muro me seduce.
Es la arboleda demasiado umbría.
Sentémonos aquí; la tapia luce.»

¡Y se sentó! ¡Yo, en tanto, maldecía!

¡La luna, en el azul del firmamento,
dijérase también que se reía
y con ella de acuerdo se ponía
para burlarse de mi audaz intento!

Sentados ya bajo el maldito muro,
yo reprimía mis impulsos vanos

y pensé que iba á ahogarme, os lo aseguro,
pero es lo cierto que cogí sus manos.

No abrí en su corazón la menor brecha
y me miró cual cazador que acecha.

Veíase pasar entre el follaje,
de los senderos en el fondo obscuro,
á las mujeres con su blanco traje.

Con pálido fulgor la luna hermosa
en láctea claridad nos envolvía,

y desde el cielo, plácida y dichosa,
en nuestra carne languidez vertía.
Yo espiaba á mi dulce compañera
y en lo más hondo de mi ser sentía
el deseo febril que nos altera
cuando soñamos cada noche un beso,
un «sí» dicho con ojos entornados,
de lo desconocido el dulce acceso,
los brazos á los brazos enlazados...
y luego en triste realidad la dama
nada concede al corazón que ama.
Estaba seca mi garganta; ardían
los estremecimientos en mis venas,
y mis protestas el furor tenían
de esclavo rebelado á sus cadenas,
y mis fuerzas capaces se sentían
de dominar á la orgullosa ingrata,
y los agravios que al desdén debían
trocar en tempestad que se desata.

Ella reía sin cesar; su aliento
abrasador me hacía más sediento.

Mi corazón latía; estuve loco.

Y la cogí en mis brazos. Miedo tuvo.

Se puso en pie para esquivarme un poco.

Volví al asalto; nada me detuvo.

Y ya impulsado por mi furia loca
quise á mis brazos anudar su cuello,
le besaba los ojos y la boca,

le besaba la frente y el cabello.

Y la luna triunfal resplandecía.

Cuando impetuoso á la mujer ceñía,

consiguió desasirse de mi lazo,

y el muro, como un lienzo que caía,

nos vió luchar de nuevo brazo á brazo.

Cuando el combate hacíase más diestro,

nos volvimos y vimos en la sombra

cuán cómico espectáculo era el nuestro.

De aquel jardín sobre la clara alfombra,

dos cuerpos al luchar desordenados

dejaban sus contornos retratados.

¡Y á fe que era una mimica bien rara!

¡Una sombra á otra análoga se arrima

y ésta luego de aquélla se separa!

Semejaban graciosa pantomima:

dos sombras que se daban coscorrones,

dos cabezas á ratos separadas

de dos cuerpos de enormes proporciones,

ó cual grandes pilares asentadas.

Eran ya cuatro brazos gigantescos

luchando negros sobre el muro blanco,

ya dos polichinelas que grotescos

se entusiasmaban con su beso franco.

Fué aquella escena burla inesperada,

y sin querer rompió á reír mi amada.

¿Cómo reír y defenderse luego?

Boca risueña al beso nos convida;

y para el triunfo del amante ciego,

si puede mucho un alma echando fuego,

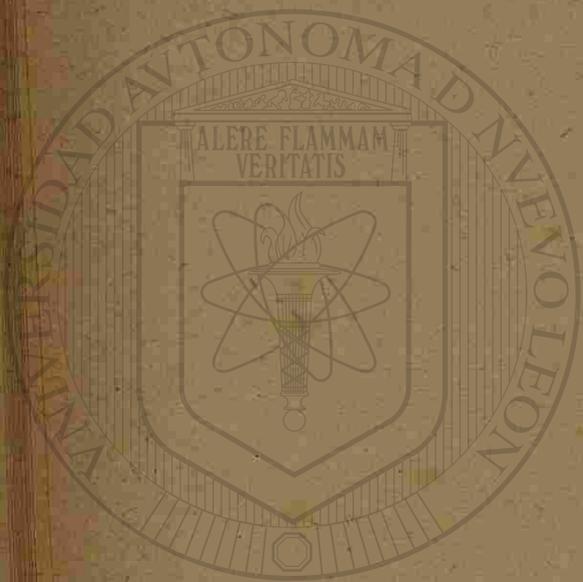
le ayuda aún más la seriedad perdida.

En la arboleda el ruiseñor cantaba.

Y desde el cielo azul la blanca luna,

vanamente dos sombras acechaba

en el muro. Veía sólo una.



RAYO DE SOL

Era en junio. Todo se vistió de fiesta,
y la muchedumbre jubilosa andaba.

También me sentía yo alegre y dichoso.
El bullicio ajeno me embriagaba el alma

El sol excitaba mis sentidos. Viva
su luz hasta el fondo de mi ser llegaba,
y sentí los éxtasis que Adán gozaría
cuando el primer rayo del sol le alumbrara.

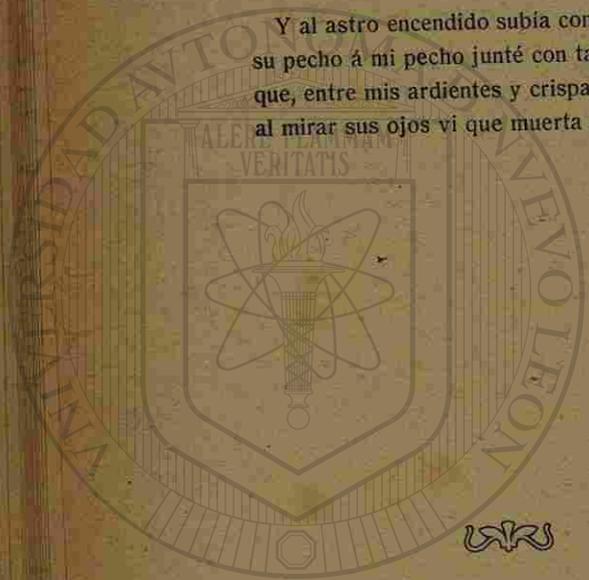
Y pasó una hermosa mujer, que al mirarme
encendió mi espíritu con sus llamaradas;
tuve loco impulso de lanzarme á ella,
de besar su boca, de ceñir su espalda.

Veló roja nube de sangre mis ojos
y en un beso fiero creí sujetarla.

La oprimí frenético, la vi doblegarse,
rendida á mi ataque la vi derribada.

La cogí, y en tierra mi pie golpeando,
de sol chorreante me alcé, y la llevaba
sujeta en mi vuelo, y al cielo ascendíamos,
su cuerpo en mi cuerpo, su cara en mi cara.

Y al astro encendido subía con ella;
 su pecho á mi pecho junté con tal ansia
 que, entre mis ardientes y crispados brazos,
 al mirar sus ojos vi que muerta estaba...



MENSAJE DE AMOR

EN EL JARDÍN DE LAS TULLERÍAS

Ven aquí, hermoso niño, á cuya madre adoro,
 que á ver tus juegos viene á este banco á sentarse,
 y le dieron los astros sus reflejos de oro
 para el rubio cabello que vi en sueños soltarse.

Ven aquí, hermoso niño, dame tus labios rosa,
 el azul de tus ojos, tu cabello rizado;
 de mis besos en ellos pondré carga preciosa,
 para que se los lleves al volver á su lado.

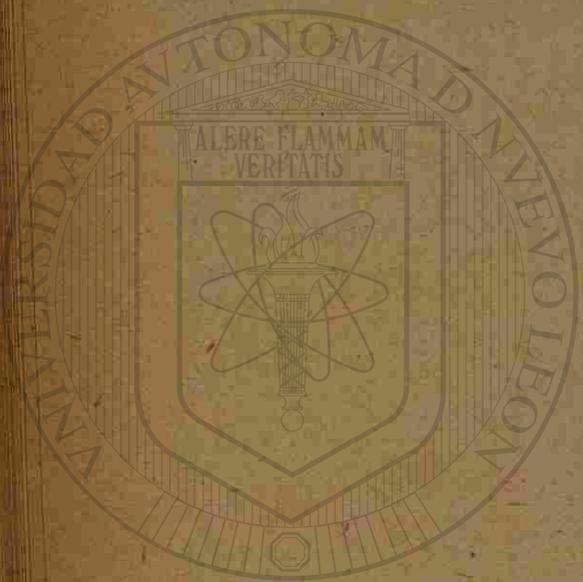
¡Cuando á su cuello anudes tus brazos con ternura,
 en tus ojos de estrellas y en tus labios de flores
 sentirá ella algo ardiente como una quemadura,
 sentirá ella algo dulce como un ansia de amores!

Y ella se dirá entonces, sus sentidos turbados
 por este llamamiento de mi inútil cariño,
 recogiendo mis besos en tus rizos dorados:

—¿Qué es esto que ahora siento en la frente del niño?

UNIVERSIDAD DE LEÓN
 BIBLIOTECA

COLECCIÓN
 1984



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EN LA ORILLA

I

Cayendo el sol á plomo, iluminaba
el lavadero con alegres rayos,
y dormir á los patos se veía,
en la fangosa tierra abotagados.
Tan cálido era el aire, que los árboles
temieron incendiarse á su contacto.
Tendido estaba yo sobre la yerba
en la proximidad del viejo barco
donde lavaban ropa las mujeres,
con el jabón las aguas enturbiando,
y las burbujas de jabón huían
borrándose la huella de su paso.
Me iba el sueño á rendir, cuando de súbito
vi á una muchacha con andar gallardo
acercarse; los brazos levantaba,
con las manos el bulto sujetando
de ropa que llevaba en la cabeza.
Su talle fino y los contornos anchos
de sus caderas dábanle el aspecto

de una Venus sensual, tallada en mármol.
Al avanzar, sus lomos se agitaban
con un gracioso balanceo. Tanto
me interesó que la seguí, y el puente
pasé tras ella, hasta el umbral llegando
del lavadero, y luego entré.

Su puesto
eligió, descargando el bulto blanco
en la cubeta, y á lavar se puso,
y á cada movimiento de sus brazos
y de sus ancas, la sutil camisa
y la crujiente enagua, señalando
iban la redondez de su amplia grupa,
las redondeces de sus pechos amplios.
Trabajaba de firme, y al cansarse
graciosa alzaba los soberbios brazos,
y su talle flexible iba y venía
en sus recios riñones apoyado.
Del sol el fuego hizo crujir las tablas;
cual para respirar abrióse el barco.
Veíase á las hembras jadeantes
los brazos sudorosos agitando,
y la rubicundez de su garganta
revelaba el esfuerzo del trabajo.
Fijó ella en mí sus ojos atrevidos;
desabrochó su cuello; el seno blanco
surgió desnudo, esplendoroso y libre;
después, la nivea ropa golpeando,

á cada golpe que en la ropa daba
temblaban con ligero sobresalto
las dos flores de carne que se erguían
del duro pecho al término gallardo.
Como si fuera el soplo de una fragua
sentía que me ahogaba el aire cálido.
Era en mi propio corazón en donde
sonaban de la pala los golpazos.
Ella en tanto mirábame burlona;
yo tembloroso me llegué, acechando
aquel pecho tan húmedo, tan fresco,
que convidaba al beso por lo blanco.
De mí tuvo ella lástima, y al verme
tan tímido, mis ansias endulzando
fué en hablar la primera. Sus palabras
á mí llegaban cual rumores vagos
de una música suave. Se dijera
que no la oía por mirarla tanto.
Por su traje entreabierto me internaba,
la belleza escondida adivinando.
Y en la conversación me dió una cita
para la noche, al término del prado.
Cuanto mi ser henchía fué alejándose
como el agua que corre. Sin embargo,
yo estaba alegre, pues en mí sentía
las embriagueces del amor cantando.
Miré al cielo, y la noche que cerraba
le pareció una aurora á mi entusiasmo.

II

Fué la primera que acudió á la cita.
 Yo de rodillas me lancé á sus plantas.
 Paseando mis manos por su cuerpo,
 á mi la atraje, pero alzóse brava
 y por los prados que bañó la luna
 huyó de mí con esquivez ingrata.
 Pude cogerla, al atajarle el paso
 una imprevista y bienhechora zarza.
 Entonces, abrazándola con ímpetu,
 la llevé al pie de un árbol junto al agua.
 A ella, antes tan audaz y tan impúdica,
 la vi llorosa, temblorosa y pálida.
 Sentí yo en tanto una embriaguez de fuerza
 que su infantil debilidad me daba.
 ¿Qué es y de dónde viene ese fermento
 que del amor en la hora soberana
 siente en sí mismo despertarse el hombre
 y remueve hasta el fondo sus entrañas?
 Como un día clarísimo, la luna
 los campos con su luz iluminaba.
 Las ranas bulliciosas sus rumores
 dejaban escuchar entre las cañas,
 y apoyando á lo lejos su murmullo
 la codorniz su doble grito daba;
 despertaban los pájaros cantando

el preludio de tierna serenata;
 de lejanos fantásticos amores
 cargado el viento al sitio aquel llegaba,
 plétórico de besos y de alientos
 que como incendios destructores pasan.
 Era la brisa un celo poderoso.
 Y yo entre tanto para mí pensaba:
 —¡Cuantos en esta noche de verano,
 bajo ese cielo sentirán las ansias
 que nos llenan de angustia, y que el instinto
 funde, uniendo al amante con su amada! —
 ¡Hubiera yo querido en mis caricias
 con el amor de todos abrassarla!
 Cogí sus dedos, los besé, sintiéndola
 bajo el beso temblar. Sus manos blancas
 tenían el olor de la limpieza
 de blancos lienzos al salir del agua.
 Halló en su pecho mi sediente boca
 sabor de almendra y leche perfumada
 como podemos en el monte sólo
 beberla en la tetilla de la cabra.
 ¡Se defendió, pero encontré sus labios!
 Fué una caricia voluptuosa y larga
 que á mis deseos la rindió. Su pecho
 jadeante y oprimido palpitaba;
 sus mejillas ardientes y sus ojos
 entornados cedían a mis ansias
 Y en la serenidad de aquella noche,

que el campo con sus sombras abrigaba,
 subió un grito de amor fuerte y terrible
 que hizo huir á las aves espantadas.
 Callaron los rumores y las voces;
 hubo un momento de silencio y calma;
 y detrás de nosotros aulló un perro,
 como lanzando al viento una amenaza.

Después amaneció y ella ausentóse.
 Yo por los campos al azar vagaba,
 aspirando el aroma de su cuerpo
 y sintiendo á la vez que su mirada
 me sujetaba poderosamente,
 cual si me echase al corazón un ancla.
 Eramos compañeros de cadena.
 Los lazos de la carne nos ligaban.

III

Durante cinco meses cada noche,
 sin que disminuyera mi ardimiento,
 acariciaba á la sensual muchacha
 sobre la yerba que sirvió de lecho.
 Sintiendo aún los besos de la víspera,
 nuestras mañanas endulzó el recuerdo,
 y hasta el anochecer sólo vivíamos
 por el afán de renovar los besos.
 A veces olvidábamos que el día

iba á empezar y en un abrazo estrecho
 nos sorprendió la aurora. Al advertirlo
 recorriamos juntos el sendero;
 mis ojos se miraban en sus ojos,
 mis dedos se enlazaban á sus dedos.
 Veía luminosos los vallados,
 rojos los troncos á la luz despiertos,
 y apenas si pasaba por mi mente
 que el sol tuviera parte en todo aquélllo,
 creyendo á veces que sus ojos eran
 los que de luz vestían los objetos.
 Yo la acechaba cotidianamente
 al ir con las demás al lavadero,
 y allí de pie quedaba contemplándola,
 henchido de impacencias y deseos,
 prisionero en mi amor como en la cárcel
 y sin otro horizonte que su cuerpo.
 Todas mis esperanzas se encerraban
 en el contorno de su talle esbelto,
 aguardando el instante de estar solos
 para gozarnos con furtivos besos.
 A veces me llamaba con un signo
 y yo la iba á buscar en un viñedo
 donde algún matorral nos resguardaba
 de los peligros del mirar ajeno.
 Veíamos vagar dos mariposas,
 que parecían ser un doble insecto;
 cogiendo á los minúsculos amantes,

ella les regalaba con un beso.
 Los pájaros se daban picotazos
 y volaban besándose sin miedo.
 Los animales ya no nos temían,
 pues nosotros seguíamos su ejemplo.
 Al llegar el instante codiciado,
 de la orilla buscando los rodeos,
 cuando ella aparecía entre los árboles
 con las pupilas exhalando fuego,
 bañados por los rayos de la luna
 los pliegues de su humilde zagalejo,
 yo recordaba las mujeres bíblicas,
 las más hermosas de lejanos tiempos,
 y en sus formas impúdicas dijérase
 que pasaban los ángeles en sueños.

IV

Al mediodía estaba despoblado
 el lavadero, enfrente de la puerta
 dormía el amo; y humeaba el piso
 como un buey fatigado en su faena.
 Al fuego ardiente que del sol caía
 le superaba el fuego de mis venas.
 Saltaba á veces una gota de agua
 del viejo barco, cuyos bordes eran
 como rojos carbones; otras veces
 en él hicieron explosión violenta

los besos, que al soltarlos nuestros labios
 se esparcían cual chispas de una hoguera,
 hasta que se extenuaban nuestros cuerpos.
 Los grillos crepitaban en la tierra
 de los prados marchitos. Nos mirábamos
 ella y yo con afán; dábamos pena;
 tan pálidos estábamos, tan tristes.
 nuestras miradas tan febriles eran.
 Podíamos los dos en nuestros ojos
 leer la gravedad de la dolencia;
 enfermos del amor de que se muere,
 nuestra vida escurriase ligera;
 y un día al separarnos, prometimos
 no volver por la noche á la arboleda.

A la hora acostumbrada, un invencible
 anhelo me guió á la orilla fresca.
 Pensé ir solo y soñar en sus caricias;
 pero ¡también había ido ella!

Arrebatados por extraña fiebre,
 nos entregamos con la vida entera
 á ese amor indomable que devora
 y nuestra sangre á confundir nos fuerza.
 Nuestro amor no es prudente ó temeroso,
 ni nuestros besos el peligro veda;
 muere por mí, si yo por ella muero;
 y nuestros pechos, que el placer enferma,
 gustosos cambian por presentes besos
 los días que el futuro nos reserva;

pues con esa mujer no hay más amores
 que el del ciervo que brama. Yo en mis venas
 siento de su contacto el calofrío
 que de deseos ásperos me llena,
 y mi ser por su ser vive impaciente,
 mi boca por su boca está sedienta.
 Y así con ella, como en un combate,
 la cópula mortal rinde mis fuerzas.
 Ya el césped que de lecho nos servía
 no florece alegrando la pradera,
 y quedan nuestros cuerpos señalados
 en la aridez de la desnuda tierra.
 El amor ha de darnos sepultura,
 y allí terminará nuestra existencia.
 Pero si es cierto que las sombras vuelven,
 volveremos tal vez a la arboleda;
 y al vernos, los medrosos campesinos
 dirán, haciendo cruces con la diestra:
 «Son los muertos de amor, que todavía
 después de muertos, se aman y se besan.»

LOS PATOS SILVESTRES

Todo mudo. Los pájaros no gritan.
 Bajo un cielo nublado, la llanura
 tiende su melancólica blancura,
 y sólo el aire con su vuelo agitan
 los negros cuervos que, al buscar su presa,
 huyen en triste silencioso bando,
 y en la nieve escarbando,
 dejan la huella de su pico impresa.
 Vago rumor, cual música indecisa,
 se oye a lo lejos, que se acerca y viene.
 Los patos son, que llegan tan aprisa
 cual flecha que en el aire se sostiene.
 Tendido el cuello, las etéreas salas
 atraviesan con raudo movimiento,
 y sus vibrantes alas
 van dando latigazos en el viento.

Los patos son, del aire peregrinos;
 y el guía, que les muestra de océanos
 y bosques y desiertos los caminos
 ignotos y lejanos,
 siempre volando infatigable y rudo
 turba el silencio con su grito agudo.

Como una cinta en su ondulante vuelo,
 la caravana, que se acerca y llega,
 brillante y rumorosa se despliega,
 y parece un triángulo en el cielo.

Mientras vuelan los patos fugitivos
 en la serena atmósfera lanzados
 con murmullo continuo y estridente,
 otros patos cautivos,
 por el frío engordados,
 en la tierra caminan gravemente.
 Un muchacho andrajoso los pasea,
 como pesadas naves
 que el mar en sus vaivenes balancea.
 Y los patos cautivos, siempre graves,
 de la tribu que pasa oyen los gritos,
 y, alzando para verlos, la cabeza,
 la miran con anhelos infinitos.
 Las alas agitando con presteza,
 prepáranse á seguir á sus hermanos
 por las altas regiones esplendentes,
 y al fin se rinden entre esfuerzos vanos
 al peso de sus alas impotentes.
 Y, en sus débiles patas sostenidos,
 alzando al firmamento la mirada,
 sueñan otros espacios y otra vida,
 y, oyendo la llamada
 de sus hermanos á volar nacidos,
 lloran la antigua libertad perdida,
 y, por los campos que vistió la nieve
 vagando aletargados,
 dejan que el viento á sus hermanos lleve
 sus gritos de dolor desesperados...



DESCUBRIMIENTO

Yo era niño y amaba los guerreros;
 sus armaduras, que pesaban tanto;
 la muerte de los nobles caballeros
 por el rescate del Sepulcro Santo.

El rey inglés Ricardo me asombraba;
 leía embelesado sus proezas
 y regresar triunfante le admiraba,
 cansado el brazo de segar cabezas.

Adopté de una hermosa los colores;
 por cimitarra una varilla tuve;
 partí para la guerra de las flores
 y heroico entre los árboles anduve.

Por trono, bajo cielos luminosos,
 tomé un banco á que el musgo se eslabona;
 despreciando á los reyes ambiciosos
 tejí con ramos verdes mi corona.

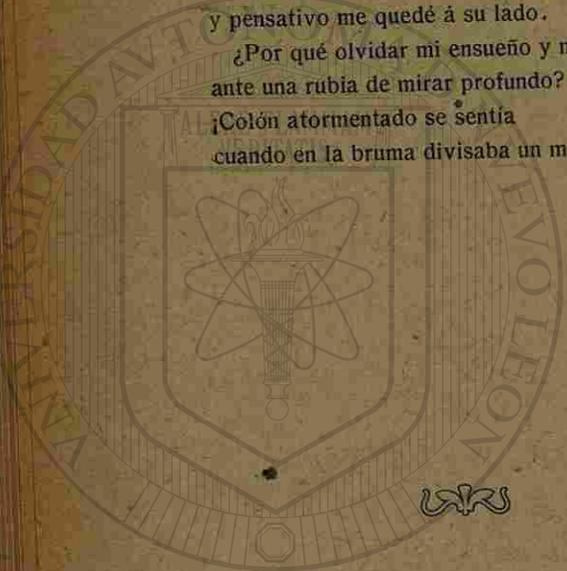
Así era yo dichoso. Hasta que un día
 vi llegar á una joven compañera;
 corazón, reino y corte le ofrecía
 y los castillos que soñado hubiera.

La adoré entre los árboles de hinojos,
 pues su hermosura me dejó extasiado;

otro universo descubrí en sus ojos
y pensativo me quedé á su lado.

¿Por qué olvidar mi ensueño y mi alegría
ante una rubia de mirar profundo?

¡Colón atormentado se sentía
cuando en la bruma divisaba un mundo!



EL ABUELO

Á los noventa moría
frío y rígido el abuelo.
Más blanca su frente estaba
que las sábanas del lecho.
Entreabrió sus ojos débiles
y su voz, que era un remedo
del viento errante en el bosque,
así habló con triste acento:

—¿Lo recuerdo ó lo he soñado?
De la aurora á los reflejos,
llenos de savia los árboles
y mi corazón de fuego.

¡Qué dulce y breve es la vida!
Recuerdo ha sido y no ensueño.
¡Aquellos tiempos alegres!
¡Yo era joven! ¡Bien me acuerdo!

—¿Lo recuerdo ó lo he soñado?
Sentía estremecimientos
la tierra al pasar la brisa
y yo al pasar los deseos.

La idea de aquellas ansias
 recuerdo ha sido y no ensueño.
 ¡Fuerza y juventud, qué dicha!
 ¡Bien me acuerdo! ¡Bien me acuerdo!
 ¿Lo recuerdo ó lo he soñado?
 Sonó un rumor en mi pecho
 cual las olas en la arena
 y escapó mi pensamiento.
 ¡Cómo empieza y cómo acaba!
 ¿Reuerdo ha sido ó ensueño?...
 Me echaron junto á los míos.
 ¡Fué la muerte! ¡Bien me acuerdo!



DESEOS

Será el ensueño de algunos tener alas peregrinas,
 ascender en el espacio dando gritos estruendosos,
 sujetar entre sus dedos á las leves golondrinas
 y perderse por las noches en los cielos tenebrosos.

Será de otros el ensueño aplastar pechos feroces
 y hacer chocar por encima los dos brazos separados,
 ó sin oprimir sus lomos saber detener veloces,
 en mitad de su carrera, á los potros desbocados.

Yo á todo preferiría tener la belleza externa;
 como los dioses antiguos, yo quisiera ser hermoso;
 que en todos los corazones quedara una llama eterna
 ante el recuerdo lejano de mi cuerpo esplendoroso.

Yo quisiera que, conmigo, toda mujer acatara
 —hoy una, mañana otra— mi capricho soberano,
 y así el amor ir cogiendo por do quiera qué pasara,
 como se coge la fruta con sólo alargar la mano.

Se hallan mordiendo las frutas, sabores desemejantes,
 y sus aromas diversos acrecientan sus hechizos;
 yo pasearme quisiera, con mis caricias errantes,
 de frentes de rizos rubios á frentes de negros rizos.

Amaría especialmente los encuentros callejeros,
 los ardores de la carne que una mirada despierta,
 las conquistas fugitivas, los amores volanderos
 y los besos que se cambian al azar sin causa cierta.

Á una morena quisiera encontrar al despertarme
 y verla ahogarme en sus brazos cifrando en mí su fortuna,
 y oír de noche á una rubia de amor dulcemente hablarme,
 viendo argentada su frente por los rayos de la luna.

Sin tristezas ni emociones, y á todas indiferente,
 lanzarme después quisiera á otro quimérico amor.
 Mas sólo en la superficie conviene clavar el diente;
 que esas frutas en el fondo tienen amargo sabor.



LA ÚLTIMA ESCAPATORIA

I

Es un castillo secular Alcanza
 su viejo muro singular altura.
 En trémula gastada gradería
 sobre cada escalón la yerba avanza,
 de las piedras entrando en la hendidura.
 Levántanse dos torres todavía.
 Es una puntiaguda y se alza osada.
 La otra torre ya está decapitada;
 llevóse el viento su cabeza fiera,
 y aún la yedra revuelta y encrespada,
 parece allí flotante cabellera.
 Filtrándose en el flanco de la torre,
 la lluvia audaz que se desliza y corre
 el muro hendió de arriba abajo. Crece
 un árbol gigantesco al pie del muro.
 Cada ventana abierta nos ofrece
 la sombra densa de un salón obscuro
 cual ojos que no ven. Aquel pesado
 edificio, marchito y arrugado,

que débil contra el tiempo se resiste,
muestra al cielo sus tejas devastadas
y tiene en todo su conjunto el triste
aspecto de las cosas olvidadas.

El parque en torno extiéndese nutrido
y bajo el sol dormita: en la arboleda
se oye un suave rumor de ola en la playa.
Los árboles sus ramas han corrido
y el misterio del bosque en él se queda
sin que ni el sol á penetrarlo vaya.
La bóveda del bosque se ha cerrado
debajo de la bóveda infinita;
odo allí de humedad se halla impregnado,
como un lugar que el hombre no visita,
y todo tiene aroma del pasado.
Sobre los escalones que dominan
el césped, hasta el bosque prolongado,
su débil pie dos viejos han posado.
Ambos la frente con dolor inclinan.
Se apoyan en dos pajes y caminan
con triste aspecto y con andar pausado.
Hombre y mujer son esos viejos; tienen
tan visibles del tiempo los ultrajes
que es en verdad problema complicado
saber cómo en la vida se sostienen.
En dos sillones siéntanles los pajes
y allí les dejan. Clavan en la tierra
los dos ancianos su mirar afento.

¿Qué pensamiento su mirar encierra?
Acaso ya ni tienen pensamiento.
La hora del fin tan rauda se aproxima
que sólo el tiritar su vida anima.
Si aún viven, es por la costumbre añeja
de hallarse juntos incesantemente
compartiendo dolores y alegrías.
La vida en ellos ya no se refleja
ni en un soplo fugaz. ¡Seguramente
ni se hablarán desde hace muchos días!

I

De súbito percíbese un aliento
de fuego que despide la llanura
y trae hasta los árboles el viento.
Lejos los horizontes resplandecen.
Los árboles, sintiendo la caricia,
pletóricos de savia se estremecen.
Sube el calor cual sube la marea
y es aquél un momento de delicia
que el cuerpo y el espíritu recrea.
Se oye á lo lejos vívidos rumores,
la tierra se despierta alborozada
y se desentumece y desembota
con el beso del sol; se abren las flores

y sobre el campo multitud dorada
de mariposas amarillas flota.
Todo es color, esencias, armonías,
todo es fiebre de vida, todo es brillo;
cobra el ardor de sus mejores días
la sonrisa de piedra del castillo.

Al recibir el baño aquel de fuego,
parecen ambos viejos reanimados;
sus pulmones el sol respiran luego
y aflójense sus miembros disecados
Como al salir de un sueño, por su frente
pasan tantos rumores vagamente.
Los viejos se enderezan apoyados
en su bastón. El dice: — ¡Hace un gran día!
Alza ella la cabeza, que aún dormía,
y le contesta: — ¡Vuelve el tiempo hermoso! —
Y su voz, más que voz es un balido.
La primavera que gloriosa empieza
bruscamente su ser ha sacudido
con el vigor profundo é impetuoso
de un vino que se sube á la cabeza.
Y como en una súplica infinita
ambos alzan la frente. Sollozante
dice el viejo: — Era un día semejante
cuando acudiste á mi primera cita . . .
Y ambos siguen callados un instante.
En su perdida juventud pensaron
y á ambos de nuevo igual recuerdo vino.

Eran dos naves que la mar cruzaron
y luego tornan por igual camino.
El prosiguió: — ¡No volverán los días
de aquellas venturosas alegrías!
¿Y aquel banco de piedra tan querido,
seguirá en el jardín, allí... escondido? —
Al oirlo sintióse emocionada,
pasó como un delirio por su frente,
«Vamos á verlo», murmuró angustiada,
y ambos se alzaron trabajosamente,
con grande afán, si con vigor exiguo.
Llevaba aquella lívida pareja,
él un traje de caza muy antiguo
y ella una capa horriblemente vieja.

III

Caminaban á tientas, cuidadosos
de no ser vistos. Iban encorvados,
de ser viejos sintiéndose humillados
entre tantos impulsos vigorosos
por el fuego del sol resucitados.
Cogidos de la mano, á tropezones,
á trapiés, como en una borrachera,
avanzaban despacio, y sus bastones
eran para ella y él pies de madera.

Andando y descansando vacilantes
 el parque y luego la alameda hallaron.
 Por la senda el pasado les guiaba.
 La huella de sus pasos cuando amantes
 alguna vez reconocer soñaron.
 ¡Oh, sí! ¡El camino aquel les esperaba!
 Y así entre olmos y encinas avanzaron.
 Y del bosque la boveda sombría,
 que los rayos del sol no atravesaron,
 como noche perpetua les cubría.

Cual hojeando un libro ya leído
 y al hallar cierta página, él decía:
 —¡Es aquí!— Y con acento enardecido:
 —¡Aquí!— su compañera respondía.
 —¡Aquí besé tu mano!— Sí. Aquí era —
 Y despertaban amorosamente
 la evocación de su pasión primera,
 cuando ellos, con las manos oprimidas,
 la mirada febril y el pecho ardiente,
 recorrieron las mismas avenidas.

IV

Siguieron y llegaron al musgoso
 banco, ya envejecido como ellos.
 «¡Es él!» «¡Es él!» con júbilo exclamaron.
 Y al resplandor de aquel recuerdo hermoso,

de su amor resurgiendo los destellos
 la negrura del bosque iluminaron.
 Luego en la hierba vieron lentamente
 que un sapo centenario se acercaba.
 Con sus patas abiertas remedaba
 á un niño caminando torpemente.
 Entonces un sollozo convulsivo
 el aliento turbó de ambos ancianos.
 ¡Era aquél! ¡El testigo primitivo
 de aquellos tiempos de su amor lejanos!
 ¡El que sus amorosos juramentos
 todas las tardes escuchar solía!
 ¡El que vió su belleza y su alegría!
 ¡El que ahora, destruidos, macilentos,
 aún les buscaba y aún les conocía!
 ¡Aún, con sus perezosos movimientos,
 tiernos sus ojos y su vientre hinchado,
 buscaba á los amantes confiado
 y al dulce arrimo de sus pies venía!
 ¡Lloraron! . Luego oyeron el lirismo
 del ruiseñor cantando en la arboleda.
 —¡Es el mismo!— pensaron—. ¡Es el mismo!
 ¡Hace ochenta años y su canto queda!

.....
 Como un torrente se desborda y crece,
 desbordóse del fondo del pasado
 todo lo que arrebató y enardece:
 toda su vida, todas sus delicias,

días de amor y noches de caricias,
 sus locos entusiasmos, sus excesos,
 los alientos del bosque en las flotantes
 sombras trayendo savias excitantes
 para encender y prolongar sus besos.

Sintieronse impregnados de ternura,
 y de súbito abrióse la alameda
 para dejar pasar la brisa pura,
 y el soplo juvenil de la arboleda
 su sangre despertó. Juntas sus manos,
 fueron á darse el beso los ancianos,
 pero, en vez de los rostros juveniles,
 vieron sus caras pálidas y secas
 y en lugar de los éxtasis febriles
 vieron sonrisas como horribles muecas.
 Y cerraron los ojos, y sintieron
 formidable terror, terror tan fuerte
 cual si fuera la angustia de la muerte.

«Vamonos», dijo él. No se movieron.

En el banco creyéronse incrustados.
 De estar solos temblaron espantados.
 ¡Tan viejos y tan débiles se vieron!
 De piedra la pareja parecía.
 Después, en un arranque, á un tiempo huyeron.
 El frío, gota á gota les caía.
 Rendiales el aire y los olores
 cerrados en el bosque tantos años
 y enfriaba en su pecho los ardores

su carga de experiencia y desengaños,
 mientras su paso vacilante y lento
 iba perdiendo fuerza y movimiento.

V

La vieja se inclinó, cual si se hubiera
 roto el resorte que su andar moviera.
 El viejo, suponiéndola cansada,
 quiso acercarse. Fué un instante horrible
 A modo de borrasca desatada.
 acometióle espanto indescriptible.
 Se llegó á levantarla; hallóla fría,
 la estrechó contra sí, vió que moría.
 Corrió después, para buscar socorro,
 dando saltos menudos y grotescos
 y el bastón mismo le sirvió de engorro.
 Saltando vacilante, describía
 caminos complicados de arabescos.
 En las ramas del suelo tropezaba;
 si á un árbol agarrarse pretendía,
 contra el árbol de enfrente le lanzaba,
 y toda la arboleda semejaba
 gozar cobardemente en su agonía.
 Cansado al fin de aquella inútil guerra,
 náufrago que á las olas se confía,
 abrió los brazos y rodó por tierra.

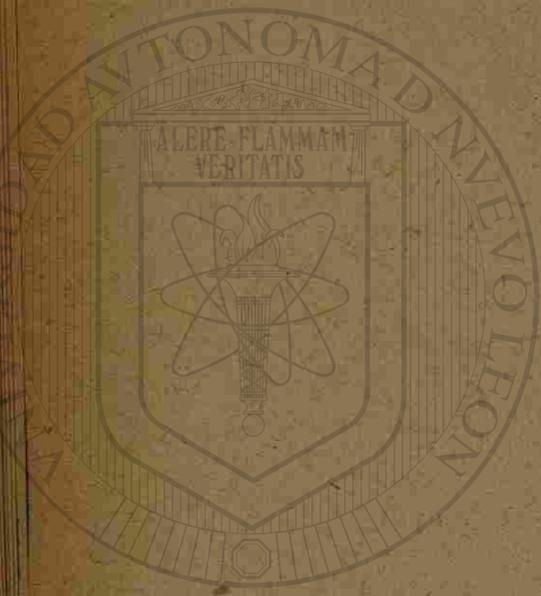
Al dar de su canción la última nota,
oyó de un cuervo el lúgubre graznido
mezclado al son de una campana rota.

Todo rumor parece ya dormido,
y cayendo la sombra, helada, espesa,
la faz de los cadáveres azota;
sobre ella y él, como una tumba, pesa.

VI

Y allí siguieron. Era ya el ocaso.
Abrió la luz á las tinieblas paso.
Entre montones de hojas sepultadas
aquellas dos figuras derribadas,
víctimas tristes que inmoló el destino,
sirvieron sólo en medio del camino
de obstáculo á las bestias asustadas,
que algunas al llegar se detenían
y otras les husmeaban y seguían.
Los insectos mirábanles voraces
ó se acercaban otros más audaces.
Por el bosque pasó viento ligero,
y luego descargó fuerte aguacero.
Los árboles sus ramas agitaban,
de la lluvia el rumor se percibía
y sobre los dos viejos, que aún temblaban,
cayó toda la noche el agua fría.

Brilló de nuevo el sol. Abandonados,
los viejos no lloraban sus pesares.
Por la lluvia sus trajes empapados,
les recogieron como á dos ahogados
dormidos en el fondo de los mares



PASEO

A LOS DIECISEIS AÑOS

Al cielo azul la tierra sonreía.
La yerba, que los prados esmaltaba,
de gotas de rocío se cubría.
Todo en el mundo y en mí ser cantaba.
Un mirlo, oculto en el zarzal, silbaba.
¿Tal vez de mi inocencia se reja?
No lo sé y, en verdad, no me importaba...
Estaban nuestros padres distanciados.
¿Por qué? Lo ignoro. Ella cogiendo flores
marchaba junto a mí, Sus delicados
pies, al andar, iban sembrando amores.
Yo me senté a sus plantas un instante.
Ante ella y yo se alzaba una colina
que el sol bañaba con su luz radiante.
Y ella me dijo con su voz divina:
—¡Mira el monte y la yerba deleitosa
y esa cuesta rebelde al caminante!—
Yo no lo vi. ¡Vi que era muy hermosa!
Después cantó. ¡Qué alegre voz vibrante!

Fué preciso volver por la arboleda
 y un olmo derribado en el camino
 á ser estorbó de su marcha vino.
 ¡Que nadie pase sin que alzarlo pueda!
 Yo lo cogí y en alto lo sostuve,
 y bajo aquella cúpula florida
 que yo la suerte de formarle tuve,
 pasó risueña derramando vida.
 Conmovidos y tímidos de hallarnos
 tan juntos, ni atinamos á mirarnos.
 Nuestra mirada en tierra se ponía.
 El campo en torno silencioso estaba.
 Luego ella, sin hablar, la vista alzaba.
 Me pareció—no sé si acertaría—
 que en nuestros corazones despertaba
 algo que para siempre nos unía
 y que en voz baja el uno al otro hablaba
 lo que el labio á decir no se atrevía.



CANCIÓN DEL RAYO DE LA LUNA

Sabes quién soy? El rayo de la luna.
 ¿Sabes de dónde vengo? Mira arriba.
 Es mi madre brillante cual ninguna;
 trepo al árbol, me extendo por la duna
 y corro por el agua fugitiva.
 Como un ladrón que busca la fortuna
 las tapias escalando me verás.
 No tengo frío ni calor jamás.
 Soy tan pequeño, que paso
 por los sitios más pequeños,
 me filtro por los cristales,
 voy á sorprender los sueños.
 Los animales del bosque,
 y los galanes y bellas,
 para amarse más á gusto
 marchan siguiendo mis huellas.
 Después, cuando en el espacio
 entre las sombras me pierdo,
 dejo dentro de las almas
 de mi tristeza el recuerdo.

De olmos y pinos
 en los verdores
 para mi cantan
 los ruiseñores,
 y yo visito
 con mis reflejos
 las madrigueras
 de los conejos,
 que abandonándolas
 al verme á mí
 en saltos rápidos
 huyen de allí.

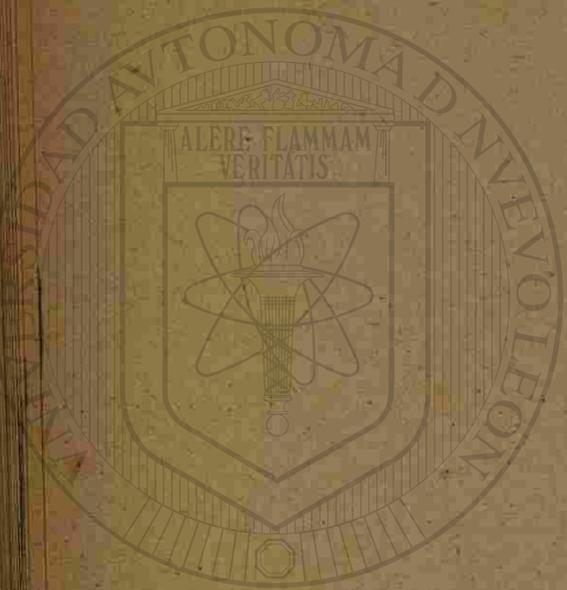
En las barrancas
 á entrar acierto
 y á los dormidos
 gamos despierto.
 La cierva absorta
 su calma deja
 y sorprendida
 corre y se aleja,
 como si huyese
 del cazador,
 adonde el ciervo
 le brinda amor.

Mi madre las olas
 de espuma levanta;
 yo me alzo, en la arena
 fijando la planta.

Yo velo los sueños
 del bosque sombrío;
 por oscuras sendas
 corro á mi albedrío.
 Yo parezco á veces
 un puñal brillante,
 y medroso entonces
 tiembla el caminante.
 A un alma dichosa
 la invito á soñar,
 y en los desgraciados
 doy tregua al pesar.

¿Sabes quién soy? El rayo de la luna.
 ¿Y sabes por qué vengo de allá arriba?
 Era oscura la noche cual ninguna
 y podías perderte por la duna
 ó caer en el agua fugitiva.
 Para hacerte seguir senda oportuna
 entre la oscuridad que te envolvió,
 por tí desciendo de mi altura yo.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



AMOR QUE ACABA

La luz del sol llenaba de alegría
y de calor el llano. La espesura,
impregnada de aromas, ofrecía
su perfumado cáliz al deseo.
La flor, por los insectos cortejada,
brindábales su esencia regalada
que esparciase al aire en su aleteo;
errantes las pintadas mariposas
rozaban con el borde de las rosas
ó, al posarse en sus cálices templados:
viendo de flor é insecto los colores
los hombres preguntaban asombrados
cuáles eran los seres animados,
si eran las mariposas ó las flores.
Al deslizarse por la tierra el viento
era su voz amante llamamiento,
y todo bajo el sol rezaba amores;
la bruma rosa con que nace el día,
las alondras volando emparejadas,
los potros en su alegre correría,
moviéndose á saltitos los conejos
que el bosque en sus rincones escondía.

En el ténue horizonte, allá á lo lejos,
 el amor sus ensueños esparcía,
 tomando mil acentos diferentes;
 las voces de los seres y las cosas,
 para turbar las almas candorosas
 con amorosas fiebres impacientes.
 Y bajo las cerradas espesuras,
 breves seres que pueblan el misterio
 —y que ven una flor como un imperio—
 mezclaban sus atómicas ternuras.

Dos jóvenes seguían su camino
 cubierto por las mieses del verano.
 No se daban el brazo ni la mano.
 Ella iba triste y él indiferente.
 En un declive ella á sentarse vino
 y con voz balbuciente y faz sombría
 —Ya no me quieres— dijo tristemente.
 El quedó silencioso é hizo un gesto
 cual queriendo expresar: —¿Es culpa mía? —
 y pensativo se sentó á su lado.
 Y ella siguió: —¿Cómo rendirse á esto?
 ¡Un año nada más y ya ha volado
 aquel amor que eterno se decía!
 ¡Estremece mi alma todavía
 tu dulce voz y tu caricia local!
 ¿Quién pudo así cambiarte en sólo un día?
 Aún ayer me besabas, amor mio,
 y hoy mi mano á la tuya en vano toca;

la esquivas tú cual si te diera frío.
 ¿Por qué no tiene ya besos tu boca?
 Respóndeme. ¿Por qué? —¿Lo sé yo acaso?—
 Ella, sin ocultarle su martirio,
 siguió diciendo: —¡Cómo me engañabas!
 ¿Ya no recuerdas cómo me besabas,
 ni de nuestros abrazos el delirio?—
 El se alzó entonces, distraídamente,
 liando un cigarrillo, al insinuante
 recuerdo tierno de sus dulces noches
 sólo objetó con voz de indiferente:
 —No. Se acabó. Dejemos los reproches.
 A olvidar el pasado y adelante.
 ¿Quién resucita lo que ha muerto?...—

Luego

partieron juntos Iban lentamente.
 Ella sintió sollozos que la ahogaban
 y su llanto quemaba como el fuego.
 Después en otro campo penetraban
 y juntas dos palomas advertían;
 dos palomas que amantes se arrullaban
 y que al mirarles acercarse huían
 y en torno de ellos y á sus pies giraban
 y volando hacia el cielo se perdían.
 Pasó un robusto mocetón cantando
 y á su canción mostróse en el camino
 la escondida zagala, que temblando
 á recibirle y abrazarle vino.

Los antiguos amantes proseguían
andando sin hablar. El, de ira roja,
á veces la miraba de reojo.

Y llegaron á un bosque, en él entraron
y de la luz del sol se resguardaron.

Ella triste, angustiada, jadeante,
viendo nublarse su amoroso encanto,
á un árbol viejo se abrazó un instante
y dió rienda á sus quejas y á su llanto.

El aguardaba inmóvil, sorprendido,
mirando al humo azul que desprendía
el cigarro en sus labios oprimido.

Al fin, en un arranque de energía,
golpeó el suelo con el pie, diciendo:

—Basta ya de reproches y de quejas.

—Déjame sufrir sola—ella decía—.

¿Por qué ya no te vas y no me dejas?—

Clavando en él sus ojos arrasados
de lágrimas, seguía sin consuelo:

—¡Ayer el alma llena de alegría!

¡Y hoy tanto desengaño y tanto duelo!

¿Por qué estos cambios bruscos é impensados?

¿Por qué la vida los amores trunca?

¡Como en tiempos felices y pasados,
yo que riéndote sigó enloquecida,

y tú ya nunca me querrás! ¡Ya nunca!—

Y él:—¡Que le hemos de hacer! ¡Así es la vida!

No existe dicha alguna duradera.

Lo que se quiso ayer, hoy no se quiere.

No te ofrecí en mi amor mi vida entera.

El amor, como todo, nace y muere.

Todo el tiempo lo agota y aniquila;

de ello somos tu y yo nuevos testigos.

Los arrebatos del amor pasaron,

pero aún podemos ser buenos amigos

y consagrarnos la bondad tranquila

con que se ven dos seres que se amaron.—

La cogió por un brazo suavemente

y ella le rechazó diciendo triste:

—Bien veo ya que no me comprendiste.

Y atacada de súbito extravió,

se retorció las manos y rugiente

—¡Dios mío!—dijo en su dolor—, ¡Dios mío!—

Y él, á aquel gran pesar indiferente,

viendo que convencerla no podría,

dijo: —Me marchó.—

Y se apartó inclemente.

¡Y huyó de allí! ¡Ya nunca volvería!

Ella alzó la mirada y se vió sola,

de su dolor envuelta en la aureola.

Y bandadas de pájaros pasaron

dando gritos continuos jubilosos,

y con dulces acentos melodiosos

al sol los ruiseñores saludaron.

Los mirlos, los jilgueros, los pinzones,

los árboles poblaban de canciones,

y abierto el pico, el ala temblorosa,
se amaban en la hierba. Ella sentía
reverdecer el bosque y percibía
una palpitación maravillosa,
un soplo ardiente y tierno que corría
por la tierra despierta y luminosa.
Y alzó los ojos como en dulce ensueño,
al cielo azul diciendo de esta suerte:
—¡Oh, amor! ¡Amor! ¡El hombre es muy pequeño
para que nunca alcance á comprenderte!



ECOS DE LA CALLE

Si por el bulevar voy de paseo,
ocurre muchas veces que oigo y veo
á dos hombres hablar afablemente;
correctos, elegantes, estirados;
dos personajes indudablemente,
porque los dos están condecorados.

—¡Cómo! ¡Es usted!

—¡Casualidad dichosa!

—¿Y de salud, qué tal?

—Perfectamente

¿Y usted?

—Bien... ¡Qué mañana deliciosa!

—Si el tiempo sigue así, será excelente
el verano.

—Es verdad.

—Bueno. A otra cosa.

Me voy mañana al campo.

—Bien pensado.

—Las lilas vienen algo retrasadas;

pero en mi finca hay frutas sazonadas.
 El aire es sano allí, la noche es fresca..
 —¿Ha visto usted qué luna tan hermosa?..
 ¡Ah! ¿Por supuesto que tendrá usted pesca?
 —No falta.
 —¿Y qué hay de nuevo?
 —¿Nuevo? Nada.
 —¿Y la señora?
 —Un poco acatarrada.
 —Ahora ¿quién no lo está?... ¿Ya habrá usted visto
 el drama de Machín?
 —¿Yo? No por cierto.
 —Se hace pesado. El, dicen que es muy listo.
 ¡No es Sardou! Con Sardou, yo me divierto.
 —¡Ese es bueno!
 —Machín es estudioso
 y de meditación todo lo llena;
 es para el libro, no para la escena
 Eso en el libro es menos fatigoso
 y el estudio está allí perfectamente..
 Pero ya en el teatro es otra cosa;
 hay que escribir según habla la gente.
 —Me quedo con Feuillet. ¡Vaya una prosa!
 Los que hoy producen libros, no los cuento.
 A mi edad la lectura es sacrificio.
 Yo con leer la prensa me contento;
 basta para endulzar mi aburrimiento.
 —¿Y el bello sexo?

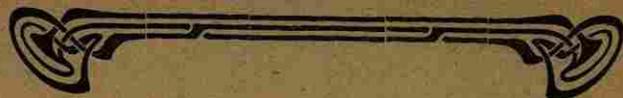
(Recordando el vicio,
 aquí sonríen ambos personajes.)

—¿Y la mesa?
 —¡Si acaso los viajes!
 —¿Y siempre la política?
 —¡Es mi encanto!
 —¡Noble ambición! ¡Sacrificarse tanto!
 La verdad es que ahora, por lo menos,
 tenemos buenos oradores.
 —¡Buenos!
 —¡Qué lástima que Thiers ya se muriera!..
 ¿Lee usted a Zola?
 —¡Qué asco! ¡Bueno fuera!
 —Y luego nos dirán que todo es caro,
 que el rico explota al pobre y no le auxilia,
 que la injusticia es general.. ¡Pues claro!
 ¡Destruyen la moral y la familia!
 Y hasta no faltará quien se lo alabe.
 ¿Adónde vamos a parar? ¡Dios sabe!
 —En fin, adiós; tengo que hacer ahora.
 —Adiós. Salude usted a su señora.
 —Y usted a su hija.

E inmediatamente
 ambos se van, á cual más sonriente.
 ¡Y nos dirán los sacerdotes luego
 que esos señores tienen alma, y prueba
 de que Dios quiso colocar al hombre
 sobre las bestias y su instinto ciego,

es que le dió el espíritu que lleva
para que su progreso al mundo asombre.
Pero transcurre un día, y otro día,
y persiste la humana tontería.

Si al buey ó al hombre que elegir tuviera,
cuando mi corazón dudar me hiciera
disiparía mi razón las dudas...
No comprendi jamás que alguien prefiera
las bestias que hablan á las bestias mudas



VENUS RÚSTICA

Los dioses son eternos. Ahora nacen
como nacían en la Italia antigua,
pero siendo imposible que los hombres
estén siglos y siglos de rodillas,
los dioses pasan é inmediatamente
el pueblo cuando mueren les olvida.
Y siempre nacerán; siempre á los últimos
la muchedumbre adorará cautiva.
Todos los héroes son de raza de Hércules.
La vieja tierra nuevas Venus cría.

I

Un día al sol, sobre una playa inmensa,
un pescador que con su red pasaba
por la línea de espuma en que principia
el mar, oyó á sus pies débiles lágrimas.
Expuesta á los embates de las olas,
una niña yacía abandonada,
tal vez nacida del eterno beso
que da el mar á la arena de la playa.

Enjugando aquel cuerpo húmedo y frío
metióla el pescador en su banasta
y en sus espaldas se meció la niña
como se mece sobre el mar la lancha.

Pronto fué como un punto imperceptible
que el horizonte apenas dibujaba,
y en la orilla del mar se iban borrando
las huellas que dejaron sus pisadas.
Todos amaron á la niña aquella
y nadie de otra cosa se cuidaba
que de besar su cuerpo diminuto
y sus pies breves y sus manos blancas.
Al besarla, tendía sus manitas
y su alegría en risas estallaba.

Cuando ya por las calles andar pudo,
no sin grandes tropiezos en su marcha,
apoyando en el suelo uno tras otro
los pies en que su cuerpo sustentaba,
las mujeres salían á su paso
con estruendoso júbilo aclamándola.
Después, vestida con harapos cortos,
enseñaba sus piernas delicadas,
atravesando la crecida hierba,
que de sus labios al nivel llegaba.

En el campo cazó las mariposas
Todas venían á besar su cara
y, como perfumada flor, sedujo
de los insectos á la turba alada.

Cuando la hallaban en mitad del campo,
los muchachos de besos la llenaban,
sintiendo tal ardor y calofríos
cual si en el cuello á una mujer besaran.

Brindábanle los viejos las rodillas,
donde los niños á su gusto bailan,
y aquel talle tan breve y delicado
acariciaban con sus manos flacas,
ó recordando sus felices tiempos,
con sus marchitos labios la rozaban.

Cuando vagaba por las calles, iba
un rebaño infantil á sus espaldas,
pues por seguirla todos los chiquillos
huían del colegio ó de la casa.
Con sólo un gesto la inocente niña
á grandes y pequeños dominaba,
y desde la mañana hasta la noche,
por sus enamorados acechada,
ellos por seducirla no cesarón
de demostrar solicitud y audacia.

Alguno se lanzaba al merodeo,
saltando cada noche por las tapias
de los jardines á robar la fruta
para mejor servirla y regalarla.
Otros, los cardenales y los mirlos
buscábanle trepando por las ramas.
Otros, en fin, pescaban los cangrejos
para pasarlos á sus manos blancas.

Cuando ella recibía los regalos,
 los chicos orgullosos la miraban
 viendo el perfil de sus desnudas piernas
 que reflejaba en su cristal el agua.
 Ya por las noches, al volver al pueblo,
 deteníanse á veces en la playa,
 y llegando á la niña conmovidos
 daban un beso en su mejilla pálida,
 que ella les ofrecía muda y grave,
 sin miedo á nadie y sin temor de nada.

II

Crecía y cada vez en su hermosura
 se descubrían otras gracias nuevas.
 El olor de la fruta sazónada
 parecía emanar de su belleza.
 Rubia su cabellera, casi roja.
 Tostada por el sol su tez morena.
 El seno, por su blusa, mal velado,
 temblaba hinchando la dichosa tela.
 Todos los trajes eran el más lindo
 en el momento de llevarlos ella,
 su boca dientes de marfil lucía
 y sus azules ojos luz intensa.
 Los hombres morirían por gustarla;
 todos corrían á su encuentro al verla.

De sus pupilas el ardiente fuego
 ella sentía, más después ligera
 seguía su camino, levantando
 el vuelo de su falda las tremendas
 pasiones de la carne, y su andrajosa
 gracia era un reto desdeñoso y eran
 sus gestos tan sencillos y adecuados
 que todo lo llenaban de nobleza;
 cuanto ella hacia parecía augusto
 por muy humildes que los hechos fueran.

Quien su mano tocara, se decía
 que era su esclavo por la vida entera.

En esos días rudos del invierno
 en que el frío es muy áspero, y penetra
 los muros de las chozas, y en el lecho
 despierta á los dormidos su aspereza,
 cuando todos los huecos del camino
 se borran con la nieve que los llena,
 las sombras se acercaban á su casa,
 y así, al trincar la palidez siniestra
 del horizonte, semejaban lobos
 rondando en torno á la morada aquella.

En estío después, cuando á las mieses
 los soleados segadores llegan,
 y los linos en flor, que el viento agita,
 ola movible de la mar semejan,
 y al moverse murmuran: ella iba
 á recoger la derribada hierba.

Casi amarillo el cielo, el sol vertía
 calor mortal en la llanura inmensa
 y los trabajadores jadeantes
 inclinaban rendida la cabeza;
 las hoces, abatiendo las espigas,
 sonaban como un ritmo; pero ella,
 siempre ceñida con su falda roja,
 y abrochada hasta el cuello, se dijera
 ser insensible á aquel calor, que hacía
 á la hierba secarse en las praderas.
 Ella cruzaba diligente, al hombro
 llevando el peso de la verde hierba.
 ¡Alzábanse los hombres á mirarla,
 sintiendo del deseo la violencia,
 y aspirar parecían sus pulmones
 el aroma de amor venido de ella
 cual de una flor humana! Luego, al término
 de un prolongado día de la siega,
 cuando en el horizonte se escondía
 del sol la roja luz, se vió en la tierra
 como gigantes negros esgrimiendo
 dos segadores su guadaña fiera.

Las sombras envolvieron la campiña,
 sudó rocío la cortada hierba,
 extinguióse el crepúsculo; en Oriente
 como un punto de luz brilló una estrella.
 Los últimos rumores se acallaron,
 el ladrido del perro, de la oveja

la esquila; con descanso perezoso
 al sueño obscuro se entregó la tierra,
 y en la negrura de los amplios cielos
 de los astros la luz surgió serena.
 Ella corriendo se internó en el bosque,
 sintiendo que le entraba por las venas
 el olor de las hojas, y mirando
 con afán á través de la alameda.
 El reflejo del cielo se empolvaba
 de fuego. Se cernía en su cabeza
 como un silencio azul, algo muy dulce,
 como caricia de la noche densa,
 la sutil languidez de sombras tibias,
 que el corazón de soledad nos llenan.
 Oíanse los pasos temerosos
 que dan los animales por la tierra
 en el silencio de la noche; el pájaro
 el vuelo suspendía en la arboleda.

Ella sentóse. Vago enervamiento
 subióle de los pies á las caderas,
 necesidad de desceñirse el traje
 y reclinarse en la aromosa hierba
 como para esperar un tierno beso
 que el aire misterioso condujera.
 Sintió temblores rápidos, ardores
 que de la piel pasaban á las venas.
 Cual de astros un rebaño, en torno suyo
 brillaban en el campo las luciérnagas.

De súbito, en su cuerpo da otro cuerpo
 con otros labios que sus labios queman,
 y sobre el césped, como el lecho blando,
 dos brazos de hombre con furor la estrechan;
 y luego, sobre aquel desconocido,
 otro hombre cae y le derriba en tierra
 y le pone en el pecho la rodilla
 y la garganta sin piedad le aprieta;
 luego es él quien se halla sometido
 y en su rostro unos puños martillean.
 A través de los densos matorrales
 se oye rumor de pasos que se acercan...
 Entonces fué cuando en la sombra vióse
 de aquellos hombres la terrible mezcla,
 hombres en celo, peleando bravos
 como los ciervos por la rubia cierva.
 Aullidos de furor, pechos crujientes,
 puños macizos, ayés y blasfemias.
 Ella, en un árbol reclinada, en tanto
 esperaba el final de la pelea.
 Cuando ya en pie sólo quedaba un hombre,
 teñido en sangre se lanzó hasta ella,
 que á la sombra del árbol más frondoso
 recibió las caricias de la fiera.

III

Cuando hay un fuego en una aldea, pronto
 extiende al campo sus voraces llamas
 y todo el horizonte se ilumina
 como si á sus confines alcanzara.
 Así el fuego de amor, los corazones
 quemó, y después los cuerpos devoraba
 y de hombre en hombre se iba difundiendo
 hasta hacer suya toda la comarca.
 Por los senderos de la verde selva,
 del monte por las cuestas empinadas,
 donde aquella mujer iba pasando,
 su pie caminos al amor trazaba,
 y siempre que tenía dos amantes
 luchaban ambos por su amor con rabia.
 Ella se abandonaba débilmente
 á todos ellos, para amar creada,
 y sin mostrar felicidad ni hastio,
 recibía los besos que la daban.
 Ojos ó labios que una vez siguieran
 de aquel cuerpo las sendas ignoradas,
 recogiendo esa fruta embriagadora
 que siembra la Belleza en quienes ama,

memoria del contacto eternamente
 en lo más hondo de su ser guardaran
 y, temblando de amor como se tiembla
 de fiebre, persiguiéranla con ansia,
 vertiendo encarnizados en su oído
 de la pasión las íntimas palabras.

IV

Para los animales sus caricias
 tuvo también; los pobres animales
 la quisieron también, y junto á ella
 tomaron el aspecto de un amante,
 y su lana ó su piel se les veía
 venir enamorados á frotarse
 contra aquel cuerpo hermoso. Los caballos
 relinchaban al verla, encabritándose;
 cual si se aproximara la becerria,
 los toros recibíanla; agitábanse
 las alas de los gallos, y los machos
 cabríos redoblaban sus ataques.
 Por su piel paseaban las abejas
 sin picarla jamás, y los errantes
 pajarillos del bosque la cantaban
 ó acariciaban, al pasar, su carne.

Al pasar, en amor á los rebaños
 enardecía. Los carneros graves
 burlaban al pastor, y las ovejas
 la iban siguiendo desde el monte al valle.

V

Algunas veces por la noche, huyendo
 de todos, hacia el mar se encaminaba.
 Subía la marea, y la alta luna
 iluminaba la arenosa playa.
 Mientras la hermosa apresuraba el paso,
 su sombra por la arena se arrastraba.
 Ella en tierra dejaba sus vestidos,
 avanzaba desnuda y en el agua
 mojaba el blanco pie, que mansas olas
 acariciaban con espumas pálidas.
 Los brazos luego abría y presurosa
 hundíase en el mar. Después tornaba
 á salir seductora y chorreante,
 y de su cuerpo la infinita gracia
 se tendía en la arena. Ya en las olas
 su figura dijérase incrustada,
 ó ya en la playa á veces parecía
 ser su hermosura derribada estatua.

El cielo, aquel prodigio de belleza,
con sus millares de ojos contemplaba;
y alcanzando su pie la ola furtiva,
iba y venía en la arenosa playa.

VI

Era el Ser absoluto, el ser creado
según las leyes primitivas, tipo
eterno de la raza que en el curso
del tiempo reaparece, que domina
todas las voluntades y que engendra
el Arte santo. Cual antiguamente
amaron á Friné y á Cleopatra
los hombres, así fué como la amaron.
Su corazón de diosa su ternura
pródigaba serena y abundante
Sólo hubo un ser á quien odió en el mundo:
era un viejo pastor á quien los lobos
obedecían y á quien dió la vida
una gitana y luego en un barranco
abandonado le olvidó. Allí en tierra
le halló un pastor que le educó á su lado
y al morir le dejó como heredero
de su odio á los felices y á los ricos
y de algunos secretos tenebrosos.

El niño creció solo, sin familia
y sin calor de nadie, apacientando
al azar á los patos y á las cabras,
soportando los vientos y las lluvias.
Envuelto en su capote se dormía
soñando en los que duermen en su lecho,
y cuando el sol bañaba el horizonte
comía su pan negro contemplando
el humo de las altas chimeneas
que en las granjas distantes parecían
hablarle de la sopa que del fuego
sale sabrosa despidiendo humo.

Envejeció. Las gentes le miraban
con terror y tenía por las noches
en vela á las mujeres, el recuerdo
de los relatos á su nombre unidos.
Gozaba fama de lanzar conjuros,
de hacer caer encima del humilde
techo del enemigo, los desastres,
descifrar de los astros el enigma
y adivinar el porvenir lejano.
Andaba eternamente vagabundo
huyendo de los hombres; se decía
que alguna vez cuando á los vientos daba
gritos extraños, voces respondíanle
que no eran de este mundo, y en los ojos
le suponían un poder secreto.
A los toros furiosos dominaba.

Y las gentes, en fin, otros rumores
no menos alarmantes referían.
Cierta vez una joven, como hallara
al viejo aquel en la mitad del campo,
sintió profunda turbación al verle.
El no la habló, y á la siguiente noche
la joven despertó sobrecogida
oyendo su lejano llamamiento
con fuerza tal que resistir no pudo,
y la profunda obscuridad cruzando
marchó, con él á compartir su lecho
de paja humilde en la escondida choza.
Después, llevado del capricho impuro,
llamaba á dos mujeres cada noche
y todas ellas, jóvenes y lindas,
se le entregaban sin pudor rebelde,
abandonaban el virgíneo seno
á la invencible voluntad del sátiro,
y, viejo y feo, de él se enamoraban.

Sus labios y su frente eran velludos,
sus cejas largas crines parecían.
Como el tosco sayal que por vestido
sólo llevaba, el repugnante rostro
asemejaba ser pelo de cabra.
Cuando las tristes sombras del ocaso
envolvían la tierra, él en la cumbre
sus pies grotescos apoyaba y era
su andar, siniestro salto de demonio.

Era un viejo Satán, obsceno y rústico.

De Abril una mañana, en un ribazo
desnudo de verdura, halló á la hermosa
á quien las gentes adoraban. Vivo
rayo de sol iluminóle al verla.

La vió tan bella que, al mirarla, pronto
su carne vil estremecié el deseo.
Fué aquel encuentro de enemigos Dioses.
Sintió el asombro que sentir podría
un cazador buscando una gacela
y hallando una pantera. Presurosa
pasó la joven; sus cabellos rubios
como formando un ramo, confundieronse
con las silvestres flores amarillas.
Estremeciése al recordar la fama
del viejo, y temerosa de su influjo
huyó fugaz. Pero al entrar la noche
sintió el espanto por la vez primera
al ver cómo la sombra se extendía
en todo el campo. Se internó medrosa
por un largo sendero que bordean
gigantescas encinas, y allí inmóvil
creyó ver al pastor. En su confusa
turbación, nunca responder podría
de si en efecto era el pastor ó el tronco
de un árbol muerto en medio del camino.
Pasaron días y pasaron meses.
Su mente como un pájaro alcanzado

que lleva el plomo que le hirió en el ala
 femblaba sin cesar de angustia y miedo.
 Ni á salir de su casa se atrevía,
 pues al llegar al campo estaba cierta
 de ver al viejo aquel salirle al paso
 anunciándole audaz:—¡Caerás mañana!—,
 y en la herida clavarle un hierro ardiente.

Pronto su voluntad rindióse al peso
 de una necesidad imprescindible
 de ceder á la fuerza del destino,
 y ya resuelta á abandonarse al dueño,
 una noche invernal, salió á buscarle.

La nieve el suelo sin cesar cubría,
 luciendo bella su blancura: inerte.
 La brisa que dijérase llegada
 del extremo del mundo, glacial era,
 y á su paso los árboles crujían
 estremecidos en sus formas grises,
 que desde el cielo apenas perfilaba
 el rayo de la luna. El sufrimiento
 del frío se mostraba hasta en las piedras.

Ella seguía, con los pies helados,
 siempre avanzando sin saber á dónde,
 pero segura de encontrar al viejo.
 De pronto se detuvo. — «Allí» — le dijo
 una voz interior; y ante sus ojos
 cruzaron por la nieve, horrorizándola,

dos bestias cuyo andar apresurado
 agigantó la sombra. Ya de cerca
 los perros del pastor la parecieron.
 fatigosos, vencidos por la furia
 del hambre, llameando la mirada
 bajo el revuelto pelo que cubría
 la cabeza monstruosa. Se agitaban
 ante ella dando saltos, como en fiesta,
 y descubriendo los terribles dientes.
 Como dos cortesanos que á una hermosa
 escoltasen, llevándola á su Príncipe,
 mensajeros de amor, aquellas bestias
 del pastor al encuentro la guiaron.

Pero el hombre acechaba y raudamente
 salió á su encuentro, la cogió con impetu
 del brazo y arrastrándola á la puerta
 de la cabaña, la hizo entrar de golpe
 desnudándola ya con la mirada
 y estremecido de placer, sabueso
 que husmeaba su presa. Cuando ella
 la caricia sintió del repugnante
 viejo, que olía á su rebaño, un punto
 tembló de espanto, pero el viejo pronto
 se apoderó del cuerpo aquel, tan dulce
 y de tantos mancebos conocido,
 para las dichas del amor formado.
 El corazón del viejo repugnante
 sintió el tormento de los celos, fiera

que no perdona, y tuvo imprescindible
necesidad de una venganza bárbara.
Ella empezó siguiendo á aquel amante
flaco y velludo; pretendiendo luego
de sus abrazos desasirse, vióle
caer sobre su cuerpo, magullándolo
para que los castigos la vencieran.
El opaco silencio de la nieve
los gritos extinguió, que resonaban
como gemidos de inmolada víctima.
Después los perros del pastor vagaron
por la llanura aullando tristemente.
Corrían calófríos por su lomo.

En la cabaña, era el combate horrible.
De la mujer el cuerpo codiciado
batió los muros del recinto estrecho;
oyéronse gemidos y sollozos
Volvió á empezar la lucha, duró mucho,
mas cesó al fin, y aquella voz tan débil,
que pedía socorro, ya sin eco
murió en la triste soledad del campo.

Pálido el día, silenciosamente
del cielo gris cayó sobre la tierra.
Viento helado silbó como un ronquido;
la escarcha dejó rígidos los árboles,
que muertos parecían, y dijérase
tocaban á su fin todas las cosas.
Mas, como un velo se levanta, pronto

descorrióse una nube, derramando
sobre la nieve claridad rosada;
el cielo apareció teñido en sangre,
y el ribazo desierto, la llanura
blanca, la choza del pastor, cubriéndose
de rojos resplandores, parecía
que un espantoso crimen pregonaban.
Asomóse á la puerta de su choza
el pastor, aun más rojo que los cielos.
Y cuando el carmesí del horizonte
se fué borrando, abriendo á la blancura
del sol naciente su rasgado seno,
aún estaba el pastor enrojecido.
Se inclinó, cogió nieve y de sus manos
quedó la huella cual sangriento surco.
Se arrodilló para lavar su rostro,
vió el agua ensangrentada deslizándose
y la miró con ojos espantados.
Huyó después, corrió por la montaña,
en lodo sumergiéndose, internándose
en la espesa maleza, en giros locos,
como si fuese un lobo perseguido.
Se detuvo. Sus ojos, dilatados
por el terror, errantes se perdían,
y en la cóncava mano un poco de agua
cogió para lavar manchas de sangre.
Volvió á partir, de angustia tembloroso
sin encontrar á nadie bajo el cielo

tan frío y en la nieve tan extensa.
 Escuchó. Oyó sonar una campana
 y fué hacia el pueblo, apresurando el paso.
 Los hombres en las puertas se agrupaban.
 Él les gritó al pasar: — ¡Venid! ¡Ha muerto! —
 Y llamó hasta en las casas más distantes
 repitiendo: — ¡Venid! ¡Yo la he matado! —
 Se oyó inmenso rumor, rumor continuo
 que llegó á todas partes y siguieron
 los hombres al pastor, como un rebaño.
 Y cuanto más andaban, más nutrido
 iba haciéndose el grupo y á la cumbre
 todos seguían al pastor siniestro,
 Todos adivinaron al instante
 quién era la mujer asesinada,
 y nadie preguntó por qué ni cómo
 fué muerta. Es que sentían vagamente
 pesando sobre aquella desventura
 la fuerza del Destino. La Belleza
 y la Astucia, dos ídolos rivales,
 no pueden ocupar el mismo trono:
 y el más fiero, venció.

Sobre la cumbre
 se detuvo el cortejo, y en la choza
 entró el pastor; sus brazos vigorosos
 alzaron el cadáver, que yacía
 desnudo, y lo arrojó con insolencia
 cual si dijese: — «¡Ved! ¡os lo devuelvo!»

Después, rugiendo se encerró en la choza,
 y en ella le dejaron entregado
 á su rabioso celo.

El cuerpo hermoso
 deslumbrador yacía entre la nieve,
 no advirtiéndose en él gota de sangre,
 pues los perros, hallándola tendida,
 á la muerta lamieron con ternura.
 Parecía dormir. Brilló en su frente
 reflejo de belleza soberana.
 Aún clavado el cuchillo se veía
 entre los blancos senos, y era el rostro
 como una mancha de oro entre la nieve.

Los hombres la miraban cual si fuera
 algo sagrado. Sus cabellos sueltos
 semejaban la cola de un cometa,
 un sol del cielo desprendido en rayos,
 aureola en la frente de una diosa.

Algunos aldeanos pudorosos,
 y viejos, se quitaron las zamarras
 y aquella suave desnudez cubrieron,
 mientras cortando ramas de los árboles
 los jóvenes hicieron parihuelas
 sobre las cuales la escultura hermosa
 llevada fué por veinte brazos trémulos.
 La muchedumbre, sin hablar, seguía
 hasta el lejano término del monte.
 ¡Y quedó todo despoblado y mudo!

El pastor, en su choza guarecido,
 siente una horrible soledad en torno,
 como si huyera el Universo entero.
 ¡Sale y ve sólo la campiña helada!
 Le vence la zozobra; sus guardianes
 le faltan; silba. ¡Nada le responde!
 No se acercan los perros, y se asombra
 de no verlos correr por la llanura.
 ¡Grita, y la nieve ahoga su voz! Pregonan
 sus aullidos en vano á la desierta
 claridad, su miseria y su locura.
 Los perros le abandonan... Le abandonan
 por seguir el cortejo de la muerta.



ÍNDICE

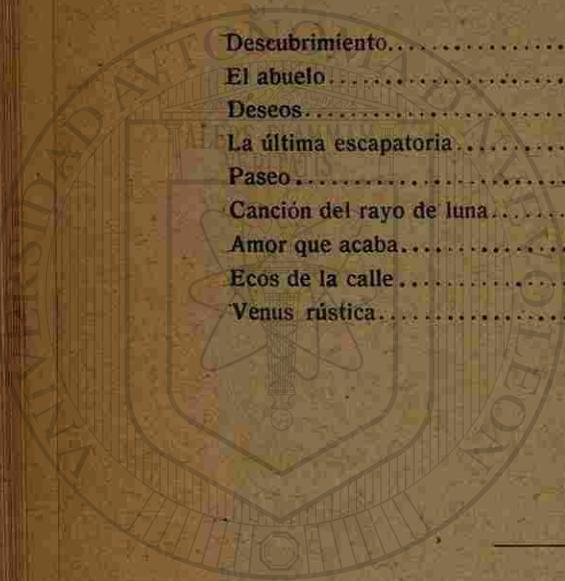
Los domingos de un burgués de París.

	Págs.
Preparativos de viaje.....	9
Primera salida	25
En casa de un amigo.....	45
Pescadores de caña.....	59
Dos hombres célebres.....	77
Preparativos de fiesta.....	95
Una historia triste.....	109
Intento amoroso.....	121
Un banquete y algunas ideas.....	135
Sesión pública.....	151

Versos.

El muro.....	169
Rayo de sol.....	177
Mensaje de amor.....	179
En la orilla.....	181
Los patos silvestres.....	191

	<u>Págs.</u>
Descubrimiento.....	193
El abuelo.....	195
Deseos.....	197
La última escapatoria.....	199
Paseo.....	211
Canción del rayo de luna.....	213
Amor que acaba.....	217
Ecos de la calle.....	223
Venus rústica.....	227



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TEC